
V. BLASCO IBAÑEZ
EL FANTASMA DE LAS ALAS
DE ORO
NOVELA
PROMETEO
VALENCIA
ARTURO BALLESTER

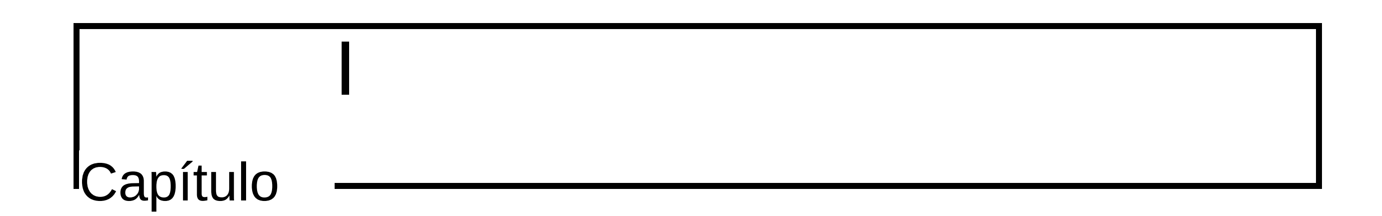
# EL FANTASMA DE LAS ALAS DE ORO

**El fantasma de las alas de oro, la Quimera del azar, duerme en los sótanos del Casino de Montecarlo, y sale de tanto en tanto para perturbar a los seres humanos con el veneno de la codicia desordenada y la mentira de la salvación mágica**

Colección: Biblioteca Valenciana
UUID: a6f108be-c8c5-45c9-b176-e24abc43cf92
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: ramón Hortelano, 09/11/2018

# PARTE PRIMERA

## LA MARQUESA DE ATONILCO



# Capítulo I

## La familia del coronel Tavera

CUANDO don Arturo Tavera, llamado «el Coronel» por muchos de los asistentes al Casino de Monte-Carlo, entró en el comedor de su casa, pasada la una de la tarde, su mujer doña Rosa y su hija Jazmina, que le esperaban impacientes para almorzar, quedaron sorprendidas ante las voces y exagerados gestos con que el recién llegado justificaba su tardanza.

Abrazó a su cónyuge, luego a su hija, y finalmente arrojó su sombrero varias veces, corriendo alrededor de la mesa para alcanzarlo y hacerle emprender un nuevo vuelo.

—La cosa está hecha—dijo alborozado, prosiguiendo este ejercicio con el que daba expansión a su alegría—. Acabo de hablar con Espinosa. Al fin se ha decidido a lanzar la petición esperada… Somos felices. ¡Me río de Pierpont Morgan!

Esta última frase la había oído Jasmine muchas veces como optimista resumen de todos los negocios planeados por su padre y de todas sus combinaciones de jugador para arruinar al Casino de Monte-Carlo. Quería decir con tales palabras que se iba a ver más rico que el célebre multimillonario de los Estados Unidos, y todo lo que éste había atesorado en vida era poca cosa comparado con lo que esperaba ganar. El célebre banquero había muerto ya, pero don Arturo insistía en dicha exclamación, que había iluminado con los resplandores áureos de la Quimera los años aventureros de su juventud.

Comprendió inmediatamente Jazmina lo que pretendía expresar su padre con sus palabras incoherentes y sus regocijados juegos con el sombrero, impropios en un hombre cuya edad iba ya aproximándose a medio siglo.

Esta joven, tímida de carácter y parca en palabras, obedecía siempre a su padre con un respeto silencioso, pero sin admiración alguna. Era su madre la que veneraba a Tavera como uno de los hombres más superiores y peor comprendidos de su época.

Jazmina apreciaba por instinto, de un modo más equitativo, los méritos y los defectos de su padre. Esto no impedía que doña Rosa ensalzase con razón las virtudes domésticas de su cónyuge y su facilidad para ponerse al servicio de toda persona a la que había visto dos veces, llamándola inmediata- monto *querido amigo*.

—Todos reconocen—seguía diciendo la buena señora—que es el hombre más simpático del mundo. No hay quien le aventaje en inteligencia. Las personas que saben apreciar su valer pasan horas y horas escuchándolo con la boca abierta. Su cabeza trabaja día y noche para traer dinero a casa. Lástima que la fortuna huya de él para proteger a tantos otros que no lo merecen.

Don Arturo había nacido en Cuba de padres españoles, pero sólo guardaba vagos recuerdos de su país natal, abandonado antes de los veinte años. Para corregirlo de ciertas aventuras juveniles y que se acostumbrase a vivir por su propia cuenta, su padre le había buscado un modesto empleo en la Habana poco antes de que la isla se hiciese independiente. Cuando su familia volvióse a España, el joven Tavera se trasladó a una de las repúblicas de la América del Sur más inmediatas a las Antillas.

—Yo soy del Nuevo infundo—decía con arrogancia teatral recordando ciertas lecturas históricas—. Debo llevar en mis venas mucha sangre de los antiguos conquistadores de América.

Sus *conquistas* se limitaron a figurar en dos de las frecuentes y periódicas revoluciones a que vivía sometido el país que le servía de refugio. Esta doble campaña le valió el título de «Coronel», que no valía gran cosa en un país donde sus amigos de aquella época, blancos, mulatos o francamente negros, eran generales.

Esta ingratitud y el haberse visto cierta vez próximo a ser fusilado, le hicieron dar fin a su vida militar. El amor regularizó y tranquilizó su existencia al conocer a Rosita, su actual esposa, una señorita hija de dicho país, gran aficionada a recitar versos con acompañamiento de piano y a cantar romanzas.

Doña Rosa, pasados veinte años, veía aún a Tavera como en los tiempos que le conoció.

—Reconocerás—decía a su hija—que papá es un buen mozo. A nadie lo sienta la ropa como a él. Lástima que nuestra situación actual no le permita vestir como merece. Si él quisiera, ¡qué de mujeres! Gracias que Arturo ha sido siempre un hombre serio y fiel.

Jazmina, a pesar del optimismo ciego que toda mujer siente por su padre, no podía ver en él aquella majestad varonil tan ensalzada por la buena señora.

Indudablemente habría sido de buen aspecto en aquella época que doña Rosa llamaba «los años poéticos de mi vida», pero en el presente hasta lo juzgaba la joven algo avejentado, con un aspecto decadente, impropio de su edad. Mostrábase ágil y vigoroso, con un estómago de excelente funcionamiento que le hacía vivir en perpetuo apetito, pero tenía en torno a sus ojos una aureola de arrugas y los enhiestos y engomados bigotes disimulaban otras arrugas más profundas alrededor de su boca.

—Son las emociones—decía su admiradora conyugal—, los disgustos que ha sufrido en esta vida, por culpa de la mala suerte.

En los primeros años de su matrimonio se habla considerado rico, a estilo del país en que vivía, magnate de aquella pequeña ciudad rodeada de llanuras y abundante en rebaños donde había nacido su mujer; capitalista a modo patriarcal, poseedor de muchas tierras y muchos animales, pero con poco dinero.

Él era un hombre moderno, un «yanqui». Sus iniciativas y su audacia le hacían digno de otros países más grandes y modernos. Y repitiendo tales afirmaciones, hizo que su esposa fuese firmando con él la venta de muchos campos y rebaños, herencia de sus difuntos padres.

Tavera pensaba cada seis meses un negocio de su invención, descontando por adelantado las enormes ganancias que le iba a proporcionar.

—Me río de Pierpont Morgan—decía a su mujer después de sumar los millones que podía producir el nuevo negocio.

Y de risa en risa para expresar su futura superioridad sobre el gran caudillo del dinero, fué perdiendo el matrimonio una gran parte de sus bienes.

Las combinaciones financieras y los inventos del antiguo «Coronel» les habían hecho vivir, sucesivamente, en Nueva Orleáns y en Nueva York, acabando por trasladarse a Londres y finalmente a Paris.

—En Europa me escuchan mejor—decía a su mujer—. En los Estados Unidos hay demasiados hombres iguales a mí.

Finalmente, cuando sólo les quedaba una cuarta parte de su antigua fortuna, viviendo con estrechez de las retas que llegaban de allá, cuando no había revolución, descubrió repentinamente Tavera la verdadera dualidad de su vida.

Él había nacido para ser un jugador célebre. Ya en su primera juventud, viviendo en Cuba, había apuntado su genio para esto arte, interpretando su pudre, hombre a la antigua, como viciosas manifestaciones lo que eran chispazos precursores de su talento,

Jazmina empezó a salir del limbo de su infancia cuando el padre iniciaba su vida de «jugador científico». Después de pasar por algunas playas de Francia y Bélgica dotadas de casinos célebres, el matrimonio y su hija única habían venido a instalarse en Monte-Carlo, quedando para siempre en esta ciudad, a la sombra del palacio multicolor dedicado al juego.

Tavera pasaba el día y la noche en el Casino, y la vida de madre e hija se regularizaba con arreglo a las salidas y entradas del jefe de la casa. El Casino servía de reloj para esta breve familia.

—Haremos eso—contestaba doña Rosa a una petición de su hija—cuando papá vuelva del laboratorio.

Esto último era un eufemismo alegre de la madre, por considerar el juego altísima ciencia de la que era su admirado esposo el mayor de los sabios.

En las primeras horas de la mañana, antes de que se abriesen las salas del Casino, o a altas horas de la noche, cuando aquéllas estaban ya cerradas, Tavera, con una pequeña ruleta colocada sobre la mesa del comedor, hacía estudios prácticos, anotándolos a continuación en hojas de papel que iba coleccionando hasta formar cuaderno.

—¡Lo que lleva escrito Arturo! ¡Qué de números!…

Esta admiración de la esposa la sentían otros jugadores en el Casino al ver al «Coronel» siempre con un lápiz en la diestra, apuntando los resultados de cada jugada.

Algunos maniáticos del juego lo respetaban como erudito admirable. Su casa era el archivo de la historia de la ruleta en los últimos diez años. Podía decir, sin equivocarse, que color y que número había salido tal día de tal año y a qué hora, con solo una equivocación probable de pocos minutos. Y tan tenaces esfuerzos de observación, unidos a sus inducciones de «jugador científico» en el comedor de su casa, sólo servían para mantenerle en una pobreza disimulada que únicamente parecía dulcificarse con las mediocres remesas de dinero llegadas de América. Por algo decía doña Rosa que la fortuna era ingrata y cruel con «su

grande hombre».

En realidad, Tavera no era un jugador; más bien un visionario que se dedicaba al juego. En vez de protestar contra la suerte, como muchos, él la defendía, justificando su inconstancia é ingratitud.

—He perdido porque no jugué bien—decía—. Faltaba un pequeño detalle en mi combinación… pero ya lo tengo.

Jazmina escuchaba todas las semanas estas rectificaciones de su padre, seguidas de un nuevo descubrimiento que le inspiraba renovados entusiasmos. Muchas veces, al principio de su adolescencia, había despertado a altas horas de la noche oyendo la entrada de su padre—el último que salía del Casino a las dos de la mañana—y su conversación en voz baja con la esposa, que también acababa de despertarse. El «jugador científico», al meterse entre las sábanas, necesitaba confiar el reciente descubrimiento a su admirativa compañera, expresándose con una fe de inventor,

—Rosita, ¡vida mía!… Ahora sí que he encontrado el verdadero secreto. Es jugada segura. Mañana, apenas abran el Casino, la ensayo, y después me rio de…

Mientras seguía exponiendo con todos sus detalles el próximo triunfo, la adormecida esposa hacia esfuerzos por admirar una vez más u su grande hombre, y esta conferencia «científica» acababa casi siempre en besos y otros ruidos que obligaban a la jovencita a ocultar la cabeza bajo el embozo de su cama, deseando reanudar el sueño.

Al examinar Jazmina sus sentimientos de familia, reconocíase con más predilección hacia su padre. Un obscuro instinto la avisaba el segundo lugar ocupado por ella en la afectividad maternal.

No era que la señora de Tavera mostrase poco amor a su hija. Al nacer ésta la había dado el raro nombre de Jazmina, tal vez por parentesco floral con el suyo propio de Rosa o por haberlo encontrado en alguna de las poesías o romanzas de su juventud. La vistió como una muñeca de lujo en sus primeros años matrimoniales de abundancia y derroche, gastando tanto en ella como en su propia persona. Hasta la había embadurnado el rostro con coloretes y cremas traídos de París, a la edad en que las otras niñas juegan casi a gatas bajo la vigilancia de una vieja criada. Para no compartir su cariño maternal con otro vástago, habla jurado limitar su fecundidad a esta hija única. Más por encima de este amor materno ascendía el entusiasmo que le inspiraba su esposo, igual, después de veinte años, al de la época de su noviazgo.

Se engañaban muchos concurrentes al Casino viendo entrar a esta mujer de cuarenta años vestida como las que aún no tenían veinte y acicalado el rostro con una brillantez escandalosa. Había sido en su juventud una criollita pálida, los ojos negros de un brillo picante, la cabellera color de azabache con tonos azulados. Ahora, brazos, cuello y frente eran de un blanco de alabastro, las mejillas escandalosamente rojas, dos ojivas de carbón en torno a los ojos, y la cabellera de un rubio oro tan inverosímil que los pelos llegaba a parecer de metal hilado.

Jazmina, fresca naturalmente y con la simplicidad de sus pocos años, admiraba sonriendo la energía de su madre para marchar sobre unos tacones desmesuradamente altos y mantenerse el día entero bajo la opresión del corsé-coraza, que la daba una esbeltez juvenil. Todo lo hacía la buena señora por su Arturo. Jamás la menor sombra de pecaminoso aprovechamiento de tanto adorno de su cuerpo venía a entenebrecer la fidelidad admirativa de doña Rosa. Vivía para su «jugador científico». En plena tarde no podía contener su impaciencia, y buscaba un pretexto para librarse de su hija.

—Necesito ver qué hace Arturo. Tengo que decirlo una cosa importante.

Y como Jazmina no tenía edad aun para que la dejasen entrar en las salas de juego, ni convenía a su prestigio de niña soltera que la viesen en el Casino, la madre ensalzaba las ventajas de quedarse sola en casa leyendo una de las novelas que traía papá, o contemplar desde el balcón del comedor la llanura azul del Mediterráneo. Otras veces procuraba convencerla para que fuese en busca de algunas amiguitas que tenía en la ciudad, paseando juntas por la plaza del Casino o los jardines inmediatos. Y doña Rosa, con el mismo apresuramiento emocionado que si acudiese a una cita de amor, corría hacia las salas de juego, más rubia y más pintada que de ordinario, manteniéndose sobre sus tacones agudos y altísimos, haciendo incurrir en lamentables errores a muchos extranjeros que intentaban hablarla, y a los que ella ahuyentaba mirándolos iracunda con solo un ojo, el único que dejaba visible su perfil altivo de Medea irritada.

Resistía de pie horas enteras detrás del «Coronel», siguiendo sus lentos juegos, intercalados de numerosas anotaciones.

—Eso de poner a todas las jugadas—decía Tavera—es de ignorantes que desean perder el dinero. El que sabe verdaderamente, sólo juega cuando adivina que va a ganar.

Así se expresaba «el Coronel» cuando el dinero era escaso en su vivienda y llegaba al Casino llevando por toda «herramienta de trabajo», como él decía, un

billete de cien francos. En las contadas épocas que le enviaban dinero de América, sus teorías cambiaban radicalmente,

—Para ganar es preciso un verdadero capital. El dinero llama al dinero. Sólo los que jugamos fuerte podemos contar con ganancias seguras.

Realmente, la primera teoría era la que proclamaba con más frecuencia, haciendo números y más números en una mesa del Casino para arriesgar una pieza cada hora, temiendo, a pesar de todas las combinaciones de su sabiduría, que le fallase su operación, Después de una mañana, una tarde y gran parte de la noche dedicadas al trabajo, se veía ganador de diez «luises», como él decía, diez redondeles rojos que no eran más que doscientos francos; y si doña Rosa estaba junto a él, con su cuerpo gentil y su cara pintada, en el momento de este balance final, contaba con orgullo dichas piezas y ella misma iba a cambiarlas en una de las cajas. Algún día serían millones. De todos modos, estas pequeñas ganancias aumentaban el bienestar de la familia, representaban lo superfino, el lujo de ella y de la niña, completando las rentas de su mermada fortuna en América.

Después de cada una de estas ganancias sentía un nuevo recrudecimiento amoroso, que la hacía mirar a su hombre con ojos lagrimeantes de emoción. Para él no existían las otras mujeres que frecuentaban el Casino, deseosas de hacer el más deshonroso de los comercios. Todos sus amores eran la ciencia del juego y su Rosita. Ni siquiera intentaba guardarse una de aquellas piezas, y se la pedía francamente para tabaco y para café, lo mismo que un niño implorando la largueza maternal.

Este eterno enamoramiento de sus padres hacía pasar a Jazmina la mayor parte de sus días en meditativa soledad. Además, al hacerse mujer, empezó a encontrar poco grato salir con su madre por las calles de Monte-Carlo. Los hombres miraban a doña Rosa antes que a ella, unos con escándalo, otros excitados por su juventud artificial.

Jazmina, cuando aún no tenía quince años, marchaba al lado de doña Rosa como si fuese de más edad que ella. Sólo los que miraban con insistencia a esta pareja de mujeres acababan por fijarse en la fresca hermosura de la joven, limpia de los adobos que embellecían rabiosamente el rostro maternal. Era naturalmente blanca, con los ojos de pupilas claras y un polo castaño, casi de un rubio ceniciento. No había nada en ella del origen criollo de la madre. Tavera hablaba de sus ascendientes al fijarse en Jazmina. Su belleza hacía recordar el color suavemente dorado de las hojas del maíz. «El Coronel» se la imaginaba semejante a remotas abuelas suyas que nunca había visto.

—En España—decía—abundan más las personas rubias de lo que cree el

vulgo. No todas las españolas son morenas o cetrinas, como suponen los ignorantes.

Se había educado al azar de los viajes de sus padres, cambiando con frecuencia de colegio y do idioma, adquiriendo una parte de sus conocimientos en Inglaterra, en Francia, en Italia y hasta en España, donde había pasado su padre un año, atraído por la ruleta que funcionaba en San Sebastián.

Hablaba varios idiomas, y su madre le había enseñado a tocar el piano mediocremente. Su mayor afición era la lectura, devorando con los ojos cuantos libros traía Tavera a casa, sin que éste le impusiera restricciones. Su tendencia al silencio servía para que sus padres no se enterasen del resultado de tales lecturas.

Una inocencia pasiva, que era el verdadero fondo de su carácter, parecía hacerla resbalar sobre las lecturas más peligrosas para una joven. Entendía perfectamente su verdadero significado, pero no le inspiraba interés, considerándolo como particularidades y aficiones de un mundo en el que no entraría ella nunca.

La entretenían los libros, pero no dejaban huella en su recuerdo. Sólo las novelas «que hacen llorar» merecían su predilección, repitiendo algunas veces su lectura.

Mostrábase resignada de antemano con la mediocridad del resto de su existencia. Su madre la amaba, pero era sin saberlo, muy parecida a los árboles arrogantes que achican o anulan con su exuberancia a los otros vegetales nacidos a su sombra.

Algunas veces mostraba una tendencia a encogerse y ocultarse, adivinando que estorbaba a sus padres. Cada vez que se le ocurría a Tavera un negocio semejante a los de sus tiempos juveniles, que forzosamente debía desarrollarse en lejanos países, en África, en Java o en Nueva Zelandia, veíase obligado a desistir de él, renunciando a una enorme cantidad de millones.

—Tendríamos que llevar allá a Jazmina, y ¿cómo casarla en tales países?… ¡Los sacrificios que tiene que hacer un padre!…

Doña Rosa, por su parte, raro era el día que no se sacrificaba igualmente por su hija. Su gusto era vivir en el Casino en continuo trato con su hombre, y tenía que estar separada de él las más de las horas, para no abandonar a su hija.

—Cuando tú te cases—decía muchas veces—podré hacer mi verdadera vida, atendiendo a tu padre como él se merece. ¡Los sacrificios que hago yo por ti!…

A partir de sus catorce años habían empezado a hablar de su casamiento, como algo inmediato que debía ocurrir fatalmente, sin intervención alguna de la

voluntad de la joven. Luego acabaron por mencionar este casamiento como si fuese una liberación para los dos. Doña Rosa pensaba en una segunda luna de miel al verse sin Jazmina en la casa. Podría dedicarse en absoluto a su Arturo, creyendo que se casaba con él una vez más. Y lo inexplicable del caso para Jazmina era oír cómo sus padres, que sólo podían vivir en Monte-Carlo, mostrábanse incrédulos de que ella consiguiese casarse en esta ciudad.

—Mal sitio para encontrar marido—afirmaba el padre—. Los hombres sólo piensan aquí en el juego.

Pero en este visionario la imaginación vencía siempre a los más sólidos razonamientos, y añadía poco después, mirando a Jazmina con ojos ensoñadores:

—¡Si se enamorase de ti uno de esos millonarios que viven abajo en el puerto, en su yate blanco!…

La madre levantaba los hombros para expresar su duda. Ni yate blanco, ni siquiera «villa» de gran lujo en las cercanías de Monte-Carlo.

—Los millonarios—decía—siempre vienen aquí acompañados de mujeres.

Ella las había visto en el Casino, con honesta envidia. Eran artistas célebres por su belleza, o «cocotas» de fama mundial, todas con grandes collares de perlas y pulseras de brillantes hasta los codos, joyas que sólo envidiaba doña Rosa para poder infundir nuevos fervores amorosos a su marido.

Necesitaba Tavera una ilusión permanente, aunque fuese mediocre, para que la esperanza embelleciese su vida.

—Todos debemos tener—declaraba—una ventana abierta para que entre volando la Fortuna cuando se acuerda de nosotros. ¡Ay del que la deja cerrada!

Por el momento, mientras no ganase millones en el juego, «su ventana» era una tía de su esposa que nunca había salido de aquel lejano país de América y se mantenía célibe, siendo poseedora de una fortuna semejante a la que ellos habían derrochado en gran parte.

Como doña Rosa era su única heredera, *el Coronel* deseaba con una franqueza cínica, parecida a la de los niños, la pronta muerte de esta pobre señora que algunas veces les había sacado de apuros con envíos de dinero. Tavera la consideraba de pura sangre indígena, apodándola «la india inmortal» En los meses que se retardaba el envío de América y fallaban completamente sus combinaciones de «jugador científico», los deseos de Tavera atravesaban el Océano con una velocidad homicida.

—¡Ay! ¿Cuándo recibiremos el cablegrama con la noticia de que ya no existe la india inmortal?

—¡Arturo!—clamaba la esposa con escandalizada protesta.

Pero Arturo era tan gracioso en sus palabras y tan cálido en sus caricias, que la esposa acababa por sonreír.

Teniendo Jazmina diez y seis años, su existencia, hasta entonces pasiva y monótona, sin otros episodios que repentinas tristezas que la hacían dudar de su porvenir, se animó por obra de una curiosidad inesperada.

Sufría las melancolías de la adolescencia. Estando sola rompía a llorar, sin poder explicarse la causa de su llanto. El desarrollo de su juventud la agitaba con anhelos inexplicables. Sentíase unas veces abrumada de tristeza, cual si presintiese la

Proximidad de una desgracia. Otros días marchaba como si sus pies no tocasen el suelo, como si hubiesen surgido de sus espaldas unas alas invisibles que la permitían volar.

Gustaba ahora de que su madre se fuese al Casino, dejándola sola en el balcón del comedor. Tenía a sus pies un escalonamiento de casas y pequeñas huertas que descendía hasta el mar. A un lado Monte-Carlo, con las torres y templetes de sus numerosos hoteles, las cúpulas del Casino y el saliente promontorio de Mónaco, cubierto de edificios del príncipe. En el costado opuesto el lomo verde de Cap Martin, las montañas de Mentón y la lejana costa de Italia.

Esperaba la hora del crepúsculo. El sol, al desaparecer por la parte de Niza, se reflejaba en las nubes del horizonte marítimo, tiñéndolas de jugoso bermellón. El Mediterráneo temblaba durante algunos minutos con reflejos rosados, como si transparentasen inmensos bancos de coral rojo. Sobre las cumbres de los Alpes empezaban a parpadear las primeras estrellas.

Mientras aguardaba este espectáculo vespertino, que muchas veces la hacía cantar en voz baja, divertíase explorando con unos gemelos de teatro las particularidades de aquel mundo medio urbano y medio campestre tendido debajo de su balcón. Conocía ya a las mujeres que todas las tardes tornaban a sus casas, entre las tapias de los huertecitos; a los viejos que remaban en sus barcas de pesca, siguiendo el contorno de la costa; a ciertas parejas de enamorados que iban lentamente, cogidos de la cintura, por el camino inmediato al mar, en espera de que los envolviese la noche.

Un extranjero alteró repentinamente con su presencia este mundo vesperal. Vio a un pintor que había instalado su caballete sobre unas rocas y de espaldas al mar tomaba como modelo una vieja casa, de arquitectura italiana, con las tapias

del jardín desbordantes de enredaderas. Su curiosidad la impulsó a valerse en seguida de sus gemelos, viendo al artista considerablemente agrandado y cerca de sus ojos, a posar de la enorme distancia.

La hija de doña Rosa, que había adquirido de ésta ciertas ideas especiales sobre la personalidad de un artista y la de un hombre de mundo, sintió extrañeza al examinar a este pintor. Ella sólo podía imaginarse a los pintores con la cabellera muy larga, vestidos de pana, usando gran chambergo y corbata de lazo suelto, y éste que aparecía en el redondel cristalino de sus gemelos era muy joven, no tenía más que un ligero bigote e iba vestido con la misma elegancia de los extranjeros que ella veía salir y entrar en el Hotel de París o en el Casino, las noches de ópera.

Era moreno, alto y delgado—como a ella le gustaban los hombres—, y al verlo de pie admiró la esbeltez gimnástica de su cuerpo.

—Debe ser algún inglés—se dijo Jazmina.

La tercera tarde, el pintor, a pesar de la distancia, se dio cuenta de que allá en lo alto de la ciudad, en uno de los numerosos balcones de una casa enorme como un cuartel, que se alquilaba por pequeños apartamientos, había una joven que le miraba tenazmente. Tal vez le había avisado el brillo del doble redondel de cristal.

Tuvo Jazmina que desistir de su observación. El pintor la saludaba desde abajo, agitando una mano y haciendo galantes reverencias iguales a las que ella había visto en las comedias.

—¡Ah, fatuo!—murmuró dejando de mirarle.

Al día siguiente fue el pintor quien tomó la iniciativa, abandonando su trabajo para mirar hacia lo alto con unos gemelos. Jazmina, falsamente enfadada por tal curiosidad, acabó por retirarse del balcón, pero fue para seguir mirando por las persianas entornadas de una ventana próxima.

Este inglés no podía ser inglés. Demasiado vivo y exuberante en sus saludos y gesticulaciones; demasiado tenaz en mirarla.

Ya no lo vio más. Ella empezó a creer firmemente que no era pintor de profesión, ni tampoco inglés. Luego, otras preocupaciones hicieron pasar a último término este pequeño episodio de su vida solitaria.

Un nuevo entusiasmo de su padre, participado en seguida por doña Rosa, acabó por atraer la curiosidad de Jazmina. Tavera sólo sabía hablar de su riquísimo amigo, de su amigo de la infancia Juan Espinosa, que él titulaba con su admiración hiperbólica «uno de los primeros millonarios del mundo». Nunca

había oído su mujer hasta entonces el nombre del tal Espinosa, pero creía firmemente en lo íntimo y lo antiguo de tal amistad, como en todo lo que afirmaba Tavera.

En realidad, el «jugador científico» había hecho conocimiento con este Espinosa una tarde en el Casino, atraídos ambos por la comunidad del idioma. Luego, Tavera, que estaba dotado de una memoria extraordinaria, recordó haber visto una vez en la Habana a este español, que había hecho una fortuna enorme explotando minas de plata en Méjico.

Era de su misma edad, o tal vez tenía dos o tres años más que él. Tavera, de mediana estatura, delgado y vivaracho, sentíase empequeñecido al lado de su nuevo amigo, alto y corpulento, de facciones vigorosas, con una barba luenga y algo entrecana que parecía contrastar con la tersura fresca de su rostro.

Había trabajado y sufrido mucho; pero como ora de sanas costumbres, guardaba exteriormente un aspecto juvenil. Su mujer, una mejicana, había muerto años antes. Él vivía en Europa, después de realizar una parte de su fortuna, pero aún conservaba allá valiosas participaciones en la explotación de varias minas famosas.

Acababa de comprar en Monte-Carlo una «villa» célebre por sus jardines y la magnificencia de su edificación, que muchos llamaban palacio.

—Como los buenos negocios son siempre para los ricos—dijo Tavera a su familia—, mi poderoso amigo ha comprado por millón y medio, a un duque arruinado, ese palacio, que vale cuatro o cinco veces más.

A los pocos días de amistad se había creído autorizado para visitar a Espinosa en su residencia. Esta visita bastó para que empezase a hablar a todos de las magnificencias del palacio de las Esfinges, pues así se llamaba a causa de una doble fila de esfinges de piedra que orlaba su avenida central. Pero se expresaba como si la propiedad fuese suya, llamándola unas veces castillo y otras palacio.

Hablando con las dos mujeres en el comedor de su casa, perdíase en interminables descripciones sobre las grandezas de la vivienda de su poderoso amigo.

Ya no citaba a Pierpont Morgan para ensalzar la magnitud de uno de sus negocios imaginativos. Al describir a la hora del almuerzo una nueva jugada que había estudiado durante la noche, su hija le oyó decir con asombro:

—Y si me sale tal como la tengo combinada, me va a dar tantos millones que me río de Juanito Espinosa.

Una tarde volvió inesperadamente a casa para pedir a su Rosita y ú la niña que se vistiesen apresuradamente con lo mejor que tuvieran.

—Mi incomparable amigo nos espera en su palacio; vamos a tomar el té con él. Daos prisa.

Jazmina creyó vivir en realidad durante una hora aquellos cuentos de hadas benéficas, reyes bondadosos y palacios mágicos que había leído en su niñez.

Al bajar con sus padres de un carruaje de alquiler, no tuvo tiempo para fijarse en la doble fila de esfinges. Toda su atención, lo mismo que la de doña Rosa, fue para un señor que venía hacia ellas y a cada paso parecía hacerse más alto, más corpulento.

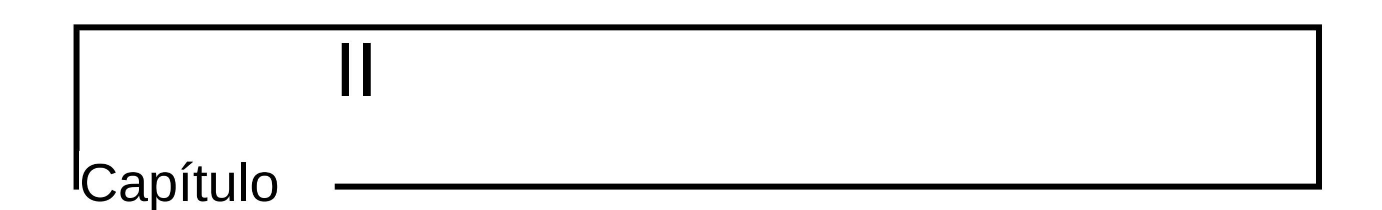
Deslumbrada Jazmina por su barba majestuosa, lo comparó con una imagen del emperador Carlomagno vista en los libros de su niñez.

Era más joven que el famoso emperador, pero de todos modos podía ser padre de ella.

Tavera estrechó una de sus manos con las dos suyas, extremando el arrebato de su efusión, y volviéndose a su mujer y a su hija, hizo las presentaciones.

—Mi amigo Espinosa, un amigo de toda la vida… un compañero de la infancia.

La silenciosa Jazmina notó el asombro del buen gigante al oír tales palabras. Luego sonrió bondadosamente. A este nuevo amigo había que aceptarlo tal como era.



# Capítulo II

## El casamiento de Jazmina

UNA NUEVA vida pareció abrirse ante la familia de Tavera.

Su amistad con el millonario les permitió tratarse con personas de posición más elevada, que hasta entonces sólo habían visto de lejos, obligándoles esto a preocuparse más del buen aspecto de su casa y sus personas.

Jazmina se dio mejor cuenta de la disimulada pobreza en que había vivido hasta entonces, de su modesto mueblaje y de su criada única, al recordar los salones de Espinosa, sus tres domésticos vestidos de frac, su jardín con numerosos cuidadores, y otros detalles de una vida lujosa y amplia, no necesitada de preocupaciones económicas para su desenvolvimiento.

Experimentaba la joven des sentimientos contradictorios en presencia del nuevo amigo de su padre. Al ver a dicho personaje, le respetaba por su riqueza y por sus años durante los primeros minutos. Luego, no obstante su barba majestuosa y su aspecto de reposada autoridad, sentíase atraída hacia él por el impulso de la confianza, como si perteneciese a su familia o le hubiese conocido en una existencia anterior.

El buen gigante parecía también transformarse por obra de este trato continuo con una joven que podía ser su hija, y la hablaba cada vez más amigablemente. Su barba iba disminuyendo todas las semanas con recortes que rejuvenecían su rostro. Ya no era más que un aderno facial breve, en el que apenas si se notaban las canas.

Cuidábase de su indumento, imitando con cierta discreción los trajes de los ingleses elegantes que veía en el Casino, recién llegados de Londres. Hasta había hecho restaurar un tennis que existía en sus jardines, construido por el anterior propietario, y haciendo memoria de sus juegos cuando era empleado de comercio en Nueva York, o mucho después, al tener en sus minas de Pachuca varias familias de ingenieros yanquis, empuñaba la raqueta vestido de blanco, llevando su corpulencia de un lado a otro para devolver a Jazmina sus pelotazos juveniles.

Hasta doña Rosa, sin renunciar a sus altísimos tacones, y luciendo trajes de vivos colorines, tomaba parte en estos juegos, con otros invitados de Espinosa.

—Mi amigo se vuelve mozo—decía Tavera—. ¡El pobre estaba tan solo!… No hay como la vida de familia para reanimar a un hombre.

Su esposa contestaba con una mueca de duda. Creía adivinar el misterio de esta afición que mostraba Espinosa a tratarse con ellos, así como el rejuvenecimiento de su persona.

—¡Quién sabe!…—decía—. Tal vez está enamorado y guarda silencio; enamorada sin esperanza, románticamente, por haber puesto su deseo en alguna mujer que no quiere faltar a sus deberes.

Tavera hacia un gesto de asombro ante la vanidosa credulidad que revelaban tales palabras, y acababa por responder:

—Creo que es otro el motivo… En fin, ya veremos. Estos hombres maduros que viven solos nunca sabe uno qué es lo que desean verdaderamente.

La afición de Espinosa a tratarse con ellos se manifestaba en las formas más inesperadas. Él, que tenía en su palacio de las Esfinges el antiguo cocinero de un rey destronado, se apresuraba a aceptar todos los convites á que le invitaba Tavera con su aplomo habitual. Desesperábase deña Rosa al acordarse del comedor de aquel palacio y compararlo con el suyo. Además, sólo podía contar con una criada única, zafia montañesa de la frontera italiana, que debía encargarse de todos los servicios. Otras veces el millonario se convidaba por su propia iniciativa, llegando precedida de un criado con botellas y costosos platos de fiambres.

Jazmina aceptaba con más calma que su madre esta asiduidad del rico personaje, tratándolo como un simple amigo. Era la que le escuchaba con más atención al final de estas comidas familiares, en el momento que todos se sienten propensos a las confidencias, sintiendo por Espinosa una simpatía creciente. Había luchado años y años para obtener la riqueza. Jazmina le veía semejante a

los militares o los marinos que cuentan francamente lo mismo las glorias que las desventuras de su existencia azarosa.

—He sufrido mucho—decía—para conquistar lo que ahora poseo. En mi juventud tuve hambre más de una vez. Sé por mí mismo todo lo que un hombre puede rabiar y puede gozar en esta vida.

Se abstenía discretamente de contar con detalles sus desgracias y miserias. Era una vanagloria cruel hablar de esto ante señoras a los postres de una comida. Saltaba sobre sus aventuras de emigrante joven, sobre la vida azarosa que había llevado desde Nueva York al estrecho de Magallanes, pasando de una república a otra para ejercer las más diversas profesiones.

Su verdadera vida empezaba en una ciudad de Méjico, la de Pachuca, donde había iniciado y consolidado su riqueza. Iba describiendo las minas de plata de Pachuca, famosas desde los primeros tiempos de la colonización española. Un minero de entonces, Bartolomé de Medina, treinta y seis años después de que Cortés conquistase Méjico, descubría la manera de extraer la plata por medio de la amalgamación, sistema que aún se usa en el país con el título de «método del palio», y que consiste en hacer pisotear la pasta mineral por bandas de yeguas sueltas dentro de un patio, hasta que la plata se desprende de dicho barro, evitándose con esto el combustible.

—Fue el primer descubrimiento del industrialismo científico que se hizo en América—decía Espinosa con cierto orgullo—, y esto ocurrió antes de finalizar el siglo XVI, cuando aún faltaban muchos años para que desembarcasen los primeros fundadores de los actuales Estados Unidos.

Llamaba a las minas ricas «bonanzas» y a las fábricas donde se extraía la plata «haciendas de beneficio». Describía a esta familia, siempre necesitada de dinero, cómo se labraba el precioso metal extraído del suelo. Los Tavera escuchaban con ojos atónitos la descripción de aquella ciudad de Pachuca, fea y rica, asentada sobre minas que parecían inagotables, entre cerros amarillentos surcados por vertientes blancas, teniendo en torno procesiones interminables de mástiles en forma de cruz que sostenían los cables de las conducciones aéreas.

Llegaban las vagonetas colgantes cargadas de mineral a la «hacienda de beneficio», colocando su contenido en lo más alto de una sucesión de andamiajes de madera. Caían los pedruscos en los molinos que los trituraban, saliendo luego por correas sin fin, como un arroyo saltador de guijarros que esparcía nubes de polvo, y al final, la piedra triturada iba desplomándose en unas balsas de agua verde, luminosamente verde, semejante a la de una cueva submarina.

—Con el líquido de uno de estos tanques—seguía diciendo Espinosa— habría de sobra para envenenar a toda una ciudad. Yo he tenido en mi «hacienda de beneficio» agua suficiente para matar a todo Méjico y a la mayor parte de los Estados Unidos. La plata y el oro se producen ahora por medio dcl veneno. Hay que emplear en cantidades enormísimas el cianuro, o sea el ácido prúsico.

Y seguía describiendo cómo bajaba esta agua verde por un pequeño canal de madera, hasta caer en los grandes tanques de sedimentación con un murmullo melódico de arroyuelo, levantando mansas espumas; y esta agua, digna de un paisaje pastoril, estaba compuesta de plata y veneno. En los corrales de la «hacienda» se amontonaban a cientos los bienes de hierro; unos eran de dinamita, otros de cianuro: el explosivo, para sacar la plata de la tierra; el tósigo de instantánea muerte, para su limpieza y amalgamamiento.

Jazmina sentía al escucharle un interés igual al que le inspiraban los cuentos oídos en su infancia, siguiendo con no menos atención el relato de cómo eran los socavones de las minas, con sus trabajadores mejicanos de enorme sombrero. En la entrada de cada socavón brillaba una lamparita ante un retablo con la Virgen de Guadalupe. Un calor asfixiante subía por las diversas bocas de la mina. Cuatrocientos metros más abajo de la superficie terrestre, esta temperatura resultaba asfixiante y al mismo tiempo el agua rezumaba por todas las paredes. Los ascensores, al subir, chorreaban como si recibiesen una lluvia invisible.

—Yo me hice rico con lo que despreciaron los primeros españoles. En los tiempos coloniales sólo se trabajaban las minas capaces de dar un kilo de plata por tonelada. Entonces se podían escoger las «bonanzas», quedándose uno con las mejores. Nosotros hemos trabajado por extraer doscientos o trescientos gramos de plata por tonelada. Muchas veces la causa de mi éxito fue someter a una segunda explotación, por los procedimientos modernos, las escorias que habían dejado los mineros españoles de hace tres siglos.

El visionario Tavera, escuchándole, proyectaba mentalmente una gran compañía internacional para la explotación de todas las minas antiguas abandonadas en América.

Un día doña Rosa hizo a su esposo una declaración, satisfecha de su perspicacia y dolida al mismo tiempo melancólicamente de lo que acababa de descubrir.

—¿No te parece que Espinosa se interesa por nuestra niña?… Existe entre los dos una gran diferencia de edad, puede ser su padre, pero cosas más extraordinarias se ven todos los días.

El millonario, paseando por su jardín con la señora de Tavera, la había hecho ciertas confidencias que consideraba ella como preparatorias de otras más importantes.

—Me ha confesado que se aburre en su lujoso comedor, viéndose rodeado de criados y completamente solo ante su mesa. Esto le quita el apetito. Por eso llega a veces de pronto aquí y nos sorprende cuando vamos a almorzar. Creo que se siente mejor al ver a Jazmina sentada frente a él. ¡Lástima que nuestra hija lo trate con tanto respeto!… Me ha dicho que Espinosa le es muy simpático y que lo quiere como si fuese hija suya; pero esto no vale gran cosa para lo que nosotros podemos desear.

El marido acogió esta confidencia con una sonrisa que revelaba su confianza en el porvenir. Veía a su amigo «Juanito» bien agarrado por la afición creciente que mostraba a tratarse con Jazmina. La pasividad de la joven la apreciaba su padre como una garantía de éxito.

De pronto Espinosa abandonó su vivienda para ir a España, donde tenía numerosos amigos.

—Él volverá—dijo Tavera a su mujer, algo alarmada por dicho viaje—. Está bien enganchado.

Y lo comparó con un pez que escapa inútilmente para librarse del anzuelo que le atraviesa la boca.

Adivinaba la razón de tal huida. Espinosa estaba luchando consigo mismo, avisado por su buen sentido de hombre razonable, observador de la realidad. Siguiendo en Monte-Carlo acabaría por hacer el disparate de casarse con una joven que podía ser su hija. Estos matrimonios casi siempre terminan mal, y desde el primer momento colocan en una situación algo ridícula al que se ha enamorado contra las conveniencias que impone la edad.

Cierta tarde había mostrado una turbación de niño cogido en falta al notar una ligera sonrisa de doña Rosa. Ésta acababa de sorprenderle en el momento que tomaba entre sus manos, con cierto deleite, un pañuelito de Jazmina olvidado sobre un banco.

Creyendo librarse de su obsesión amorosa, hizo tres viajes a España con el propósito de vivir allá meses y meses; y a las pocas semanas inventaba un pretexto que justificase su vuelta a Monte-Carlo.

Tavera, para tranquilizar a su esposa durante estas ausencias, le contaba ciertas vanidades de este millonario, que había sufrido en su juventud escaseces y humillaciones.

—Lo han presentado al rey de España en San Sebastián. Tiene ahora numerosos amigos en la corte. El pobre no sabe cómo agradecer este interés que inspiran allá los españoles enriquecidos en América. Envía caballos chilenos para el juego del polo, pieles de chinchilla, ¡qué sé yo cuántas cosas más!… Firma choques valiosos, como si fuesen papeles sin importancia, para todas las obras patrióticas o de caridad que le recomiendan. Ahora parece que unos señores que hay en Madrid llamados «reyes de armas», únicos que pueden averiguar los bisabuelos y tatarabuelos nobles que tiene todo español, andan ocupadísimos en crear al amigo Espinosa toda una serio de antepasados aristocráticos, a pesar de que llegó a América como quien dice con todo su equipaje dentro de la boca… y silbando. La cosa no es difícil: ¡figúrate!… Todas tenemos cuatro a abuelos, ocho bisabuelos, diez y seis tatarabuelos, y así cuesta arriba, siempre doblando el número de ascendientes, hasta nuestro padre Adán, con lo cual se llega forzosamente a estar emparentado con un rey o un emperador.

Había una razón histórica en esta afición secreta que sentía Espinosa por los títulos nobiliarios. El minero más célebre ele Pachuca en el siglo XVIII había sido un español que llego a regalar a su país navíos de guerra, de los mayores de entonces, con toda su artillería, y el rey de España hizo a este minero colonial conde de Regla, nombre de un lugar inmediato a Pachuca.

En sus conversaciones con Tavera, este multimillonario moderno le había hecho entrever su ambición de obtener iguales honores. Méjico ya no era de España, como entonces, pero su mina de Atonilco valía tanto como la de Regla.

Cuando el esposo de doña Rosa supo la noticia de que su amigo, que estaba ahora en España, había recibido el título de marqués de Atonilco, perdió repentinamente su fe jactanciosa y su seguridad. Ya no se atrevería más a llamar Juanito a su amigo Espinosa, y lo natural era que, viéndose marqués, completase su ascensión casándose con una señora de aquella alta clase en la que había conseguido entrar a fuerza de insistentes generosidades.

—No volverá—dijo con tristeza—. Tal vez venda desde Madrid el palacio de las Esfinges; y si lo guarda, lo dejará cerrado para siempre. Él puede permitirse esos lujos.

Con gran asombro de doña Rosa, siempre convencida de la infalibilidad de su esposo, el nuevo marqués volvió repentinamente a Monte-Carlo, reanudando su amistad con los Tavera.

Hasta se ruborizó, mostrando cierta turbación, al oír que Jazmina lo llamaba marqués.

—Yo he hecho esto—balbució—por ser agradable a… Porque he pensado que tal vez en el porvenir…

Y no pude completar sus frases incoherentes.

En realidad, Jazmina, habituada al trato con este amigo que era como de su familia, sólo colocaba en un segundo término mental todo lo que hacía referencia a él. Otros episodios de su vida interior, que nunca llegaba a transparentarse ni aún para sus allegados, la habían tenido preocupada en los últimos meses.

Un año después de haber visto desde su balcón al pintor que osó saludarla tan atrevidamente, volvió a encontrarlo en la plaza y los paseos inmediatos al Casino. Una de sus amigas, hija de un abogado de Mónaco, que paseaba a todas horas con otras señoritas del país por los expresados lugares, llevando cuenta exacta de los extranjeros de distinción residentes en el principado, le explicó quién era este joven elegante. A todas ellas los inspiraba interés. Cuando Jazmina preguntó si era pintor, su amiga careció escandalizarse de tal suposición.

—Es un hombre de mundo, un joven muy chic, que no necesita ganarse la vida. Su padre es rico. Dicen que pinta, pero también toca el piano, y sobre todo, baila mejor que un profesional, especialmente el tango, lo que nada tiene de extraordinario, pues es argentino.

Quedó Jazmina asombrada de que no fuese inglés; más cuando al día siguiente le llevó dicha amiga escrito en un papel el nombre del joven, comprendió el misterio. Sus apellidos eran Williams Cereceda, y su nombre Marcelo. En países de emigración como la Argentina no son raras estas asociaciones de apellides de origen tan diverso. Su padre era inglés y su madre criolla. Vivía largamente de la pensión que le enviaba su familia, y estas señoritas del principado de Mónaco comentaban con admiración y envidia sus éxitos amorosos de buen mozo. Bailar con él en los dancings representaba una distinción. Le suponían relaciones ocultas con todas las extranjeras célebres por su hermosura o por su riqueza.

.Jazmina rara vez lo veía solo en las inmediaciones del Casino. Siempre acompañaba a señoras elegantes; unas residentes mucho tiempo en la ciudad, otras recién llegadas, hablando con ellas en francés, inglés o español,

Nunca conseguía en estos rápidos encuentros que el admirado galán volviese hacia ella sus ojos. Únicamente una vez, yendo solo, sintióse atraído por la belleza modesta de esta joven que acababa de apartarse de sus amigas. La miró

un momento e insinuó una sonrisa y un principio de saludo, como si creyese reconocerla. Debía haberla visto antes, no sabía dónde. Mas su duda fue corta, y creyendo haberse equivocado siguió adelante.

Aún la miró otra vez, pero de tal modo, que la pobre Jazmina casi lloró por la noche al recordar dicho encuentro.

Bajaba con su madre, a través de los jardines situados frente al Casino. Cereceda vino hacia ellas acompañando a dos damas con las que conversaba animadamente. Con el pesimismo agresivo de sus celos inocentes, Jazmina las calificó de artistas de costumbres libres, o de algo peor, en vista de la novedad audaz de sus trajes y lo barroco de sus joyas. Luego pensó que Labia visto princesas reales vestidas lo mismo.

Al pasar este grupo junto a ella y su madre, las dos desconocidas las miraron sonriendo con cierta conmiseración. Una de ellas dijo algo en voz baja y el joven rió igualmente.

Se sumió Jazmina en su tristeza todo el resto del día. Tal vez habían reído de la grotesca belleza de doña Rosa, pintada como una máscara; pero prefería creer que se burlaban de ella misma, por su aspecto de señorita pobre. ¡Iba vestida siempre con tal mediocridad!… Lo mejor de la casa era para su madre.

Pocos días después fue cuando a la hora del almuerzo entró don Arturo Tavera en su casa, arrojando el sombrero en alto para saludar a la fortuna que al fin se decidía a entrar por la ventana que él tenía siempre abierta.

Doña Rosa creyó en el primer momento que su esposo acababa de saber la muerte de aquella tía cuya herencia tanto tardaba en llegar. El júbilo de su maride resultaba en tal caso indecente, pero ella estaba dispuesta a perdonárselo, después de un ligero enfado.

—¿Quién piensa en la india inmortal?—dijo Tavera con desprecio—. Lo suyo no vale nada, cuatro centavos nada más, en comparación con lo del amigo Espinosa, que desea ser nuestro yerno.

Y volviéndose hacia Jazmina hizo una reverencia de cómica solemnidad, diciendo:

—Salude a la señora marquesa de Atonilco.

Quedó absorta la joven, primeramente de la inesperada noticia, luego de la seguridad con que su familia disponía de ella, sin consultarla previamente. Permaneció durante el almuerzo en meditativo silencio, dejando que sus padres, en su charla entusiástica, hiciesen cálculos sobre la nueva situación.

De pronto doña Rosa se interrumpió, al notar que su hija no había comido y

estaba con la cabeza baja, rodando lágrimas por sus mejillas. Ahora fueron sus padres los que se mostraron asombrados de este dolor silencioso.

—Casarte con un millonario… Ser marquesa repentinamente… Ni en las novelas se ve ya eso. Parece de aquellos tiempos en que los reyes iban por el mundo disfrazados para casarse con pastorcitas. ¿Y aun lloras?…

La joven contestó con voz balbuciente, tragándose las lágrimas:

—No podré. Es muy bueno, le quiero mucho, agradezco que haya pensado en mí… pero marido no. Me da vergüenza sólo el pensarlo. ¡Un hombre que me inspira tanto respeto y con tantos años más que yo!… No podré amarle nunca.

Tavera adoptó una expresión de filósofo que no puede dejarse engañar por las ilusiones de la vida.

—Para casarse no es preciso el amor; eso llega después, si es que debe llegar. La vida es un sacrificio, hija mía, y todos debemos ayudarnos con abnegación, unos a otros. Mira tu padre, que toda su vida se ha sacrificado por ti.

Doña Rosa, a pesar de la fe que le inspiraba cuanto decía su esposo, lo miró con cierto asombro al escuchar la última afirmación. Su Arturo exageraba un poco; pero enardecido éste por sus propias palabras, siguió hablando a Jazmina.

—Ahora te toca a ti, y debes sacrificarte por el bienestar de tus padres. Piensa que necesito descanso, después de toda una vida de negocios y grandes trabajos. Ese matrimonio representa la paz y el bienestar para tu pobre mama y para mí.

Abandonó Tavera su tono solemne, pura decir con alegre cinismo:

—Además, ¡qué diablo de sacrificio!… Hay alguna diferencia de edad, lo reconozco; tal vez más de treinta años, estoy conforme; pero Espinosa es hombre fuerte y sano, te adora como merecen tus diez y ocho años, es generoso y dispondrás de todas sus riquezas. Creo que hasta lo del marquesado lo buscó para ofrecerte una satisfacción más. ¿Dónde está el sacrificio?… Goza de cuanto bueno existe en la vida, que bien lo merecemos todos.

Jazmina pasó toda la tarde escuchando iguales consejos. Hasta tuvo que consolar a doña Rosa, pues ésta creyó del caso llorar un rato, pasándose cuidadosamente el pañuelito por los ojos para que la humedad lagrimal no se llevase el rímel de sus pestañas.

Volvió la joven con su imaginación a ver el encuentro en los jardines de la plaza ocurrido pocos días antes. Ahora, sin saber por qué, estaba segura de lo que habían dicho aquellas dos señoras antipáticas. No se reían del rostro pintarrajeada de su madre. Creía haber oído sus palabras.

—No está mal esa pequeña. Bastante bonita, pero ¡qué mal vestida!

Un sentimiento de cólera, un ansia de vengarse, sin saber de quién, se fue apoderando de ella. Le pareció repentinamente que la fortuna de Espinosa no era más que una compensación que le debía el Destino, después de aquella existencia obscura al lado de sus padres, tan abundante en privaciones y forzosas modestias. El dinero lo era todo para las más de las gentes, y este hombre maduro y bueno se lo traía, como uno de aquellos magos bondadosos barbudos de los cuentos que protegían a las niñas abandonadas en el bosque, llevándolas a través de lobos y fantasmas hasta un palacio de riquezas.

—Bueno; no llores más, mama—dijo a la gimoteante doña Rosa—. Acepto el ser marquesa y millonaria.

Después de esto, los días parecieron tener doble número de horas para Jazmina, atropellándose los sucesos preparatorios de su nuevo estado. Bajando la frente se dejó dar varios besos por el trémulo Espinosa, que no sabía en qué actitud mantenerse ante Tavera, su futuro suegro.

Se casaron sin ceremonia alguna, casi en secreto, para evitar comentarios públicos sobre las diferentes edades de los contrayentes. Cuando los periódicos de la Costa Azul dieron cuenta del matrimonio de los marqueses de Atonilco, éstos se hallaban ya en París.

Una primavera, un verano y un otoño pasaron lejos de su palacio de Monte-Carlo. Jazmina mostraba unas ansias vehementes por el lujo, sólo comparables a las del hombre sobrio cuando repentinamente se entrega a la embriaguez.

Nada le parecía bastante. Todo lo que puede ambicionar una mujer lo veía inmediatamente suyo. En ella, los deseos, apenas formuladas, se convertían en realidades: joyas, pieles, automóviles, vestidos a decenas de los modistos más célebres. Y siempre deseaba algo más, como si el lujo incesantemente renovado y las diversiones continuas fuesen la única compensación de sus noches de servidumbre penosa.

La supeditación dulzona de aquel marido siempre adorante, que deseaba hacer olvidar sus años en fuerza de dones valiosos y de obediencia, excitaba la nerviosidad de la joven, haciéndola muchas veces injusta y cruel. Pocas horas después se arrepentía de ello, y el pobre Espinosa paladeaba varios días una amabilidad conyugal hija del remordimiento.

—Eres la alegría de mi vida—suspiraba el marido enamorado—. ¿Qué haría yo sin ti? La mayor fortuna de mi vida ha sido encontrarte.

Mientras tanto, Tavera y doña "Rosa hablaban en Monte-Carlo a todos sus

amigos y conocidos, de la marquesa de Atonilco y de sus magnificencias, como si no existiese en el mundo otro suceso digno de atención. «La marquesa mi hija», decía doña Rosa al principio de todas sus conversaciones; e iba describiendo sus alhajas, que sólo conocía vagamente por las breves cartas de Jazmina, en particular cierto collar de perlas y esmeraldas que Espinosa había comprado en Londres a la muerte de un príncipe indostánico.

Este collar crecía todas las semanas en Monte-Carlo, a pesar de que su dueña lo guardaba en París. Doña Rosa, para marcar sus dimensiones, iba colocando una mano sobre diversos lugares de su cuerpo artificiosamente primaveral. Primero llegaba al pecho, luego al abdomen, y por último a los mismos pies, y su hija la marquesa tenía que darle varias vueltas en torno a su cuello para poder andar con soltura.

Tavera, igualmente visionario, era más práctico en sus exageraciones, y había renunciado para siempre a su pobre vivienda de «jugador científico», trasladándose al palacio de las Esfinges sin avisar a su dueño. Esta costosa morada necesitaba un hombre que supiese mandar.

—Viéndome a mí—decía—, criados y jardineros marchan más rectos y no se aprovechan de la ausencia del amo… Además, Rosita, no hay que olvidar que el amo es nuestro yerno.

Una mañana, paseando en París por el Bosque de Boulogne, vio Jazmina a Williams Cereceda.

Pasó varias veces por la avenida destinada a los jinetes, llevando su caballo al galope. El argentino era tan buen caballista como excelente bailarín.

Estaban ya en el otoño e iba regresando la gente de los castillos y los balnearios de moda. Una noche, después del teatro, volvió a encontrar a Cereceda en un dancing famoso.

Bailaba siempre con mujeres muy pintadas y de un lujo exagerado, que parecían disputárselo. Sus ojos sólo miraron a Jazmina, atraídos por sus magníficas alhajas y su gran capa de chinchilla, piel que empezaba a ser tan preciosa como las joyas, a causa de su escasez.

Al poco rato de verlo bailar con estas mujeres de aspecto equivoco, empezó la joven marquesa a mover sus pies nerviosamente. Había bebido más champaña que otras noches. Sus ojos tenían un brillo agresivo; su voz era cortante, como si diese gritos de mundo.

Se levantó de pronto, ordenando a su marido que bailase con ella. Espinosa le había contado algunas veces que en sus tiempos de empleado en Nueva York

amaba la danza, como el mejor placer de los sábados y los domingos. Luego había bailado con su primera esposa, la mejicana, en las fiestas de Pachuca. Aún debía acordarse de las habilidades de su mocedad.

El marido obedeció con cierta satisfacción. También había bebido más champaña que otras veces, sintiéndose animado por un entusiasmo juvenil. Halagaba su vanidad mostrarse en público bailando con esta esposa tan joven, tan elegante, cubierta de riquezas. Muchos danzarines eran más viejos que él, verdaderos ancianos, y se divertían sin conocer las inquisitoriales trabas del miedo al ridículo; ingleses y norteamericanos de cabeza blanca, alegres como niños.

Danzaron dos veces, pero a la tercera tuvo Espinosa que volver a sentarse, respirando con dificultad. Se excusó como si pidiese perdón a su esposa.

—No puedo… me ahogo. Ya sabes que soy fuerte, pero el corazón lo tengo enfermo desde hace años. ¡Este maldito corazón!…

Jazmina sintió repentinamente lastima e interés por su esposo.

—No te muevas, descansa. Ha sido una imprudencia mía.

Le hizo preguntas varias veces para convencerse de que estaba mejor, al mismo tiempo que seguía con los ojos el paso de las parejas frente a su mesa. Y Cereceda pasaba y pasaba incesantemente bailando con mujeres distintas.

De pronto volvió ella a hablar, con la misma voz irritada de antes:

—Paga y vámonos. No me siento bien.

Y tal fue su impaciencia, que salió del salón sin esperar a que su marido la siguiese.




## Donde se habla por primera vez del fantasma de las alas de oro

CUANDO los marqueses de Atonilco volvieron a Monte-Carlo empezaron a encontrar molesto que Tavera y su esposa se hubieran instalado en su lujosa residencia.

Jazmina, no obstante su afecto filial, mostró un espíritu equitativo e independiente para apreciar la situación, juzgando inadmisible que sus padres se valiesen de ella para instalarse en aquella casa sin permiso de su verdadero poseedor.

Doña Rosa parecía haber realizado todos los ensueños de su existencia. Pasaba las horas tendida en un diván, dentro de la casa, o en un banco del jardín, fumando sin interrupción aquellos cigarrillos de boquilla dorada o envueltos en una hoja de rosa que tanto había envidiado a las damas elegantes vistas de lejos en el Casino.

Llevaba el rostro más pintado que antes. Su hija se extrañó de que aún no hubiese colgado una hamaca con largos flecos de los árboles del jardín. Daba órdenes incesante a los criados, y apenas volvían la espalda los llamaba otra vez para mandarles algo completamente diferente. Parecía paladear esta prosperidad como algo propio, lo mismo que si su esposo hubiese realizado ya aquellos negocios imaginativos que le hacían «reírse de Pierpont Morgan».

Una de las mayores satisfacciones que ofreció para ella la vuelta de su hija

fue poder ensalzar el maravilloso talento de organización con que «el Coronel» sabía dirigir a toda la servidumbre de Espinosa.

—Nunca ha marchado la casa mejor que ahora. Tu marido debe agradecer los esfuerzos del pobre Arturo. ¡El dinero que le está ahorrando!…

Tavera, por su parte, comunicó al yerno algunos de los portentosos negocios que había ideado durante su tranquila y abundante permanencia en el palacio de las Esfinges, como dueño único. Pero su entusiasmo cayó inmediatamente al ver la actitud un poco fría con que el millonario escuchaba sus planes. Nuevamente declaró a su Rosita en secreto que el marido de Jazmina se había hecho rico por obra de la casualidad, pues carecía completamente de talento para los negocios.

Espinosa y su mujer fueron sintiendo cada vez más el peso abrumador de este trato diario con Tavera y su esposa.

El deseo del antiguo minero al volver a Monte-Carlo era vivir solo con Jazmina en aquella residencia lujosa que había poblado tantas veces con su imagen, cuando aún era viudo y dudaba ante la desigualdad de un posible matrimonio. Y agradeció a su mujer que se anticipase a sus pensamientos mostrándose igualmente molestada por la vida común con sus padres.

No encontrando pretexto para alejarlos, acogió con extremada amabilidad la presencia de otros importunos que empezaron a frecuentar el palacio de las Esfinges, valiéndose de su parentesco. Fue un procedimiento semejante al de la homeopatía, combatiendo una enfermedad con otra.

Se presentó inopinadamente en Monte-Carlo la viuda de un hermano de Espinosa que había sido como discípulo de éste en la época que empezaba a crear su fortuna. Había muerto sin conseguir las riquezas de su hermano, pero de todos modos la mejicana que se había casado con él heredaba una fortuna que le permitía vivir en Europa, yendo de hotel en hotel con su hija única.

Esta cuñada de Espinosa llamábase Eufrosina, y tenía cierto parecido con doña Rosa en su manera de discurrir, en sus gustos suntuarios y la manía de llevar extraordinariamente pintado el rostro, no obstante sus años. Sólo se diferenciaban en que doña Eufrosina, a pesar de su voz cantante y sus palabras dulzonas, era de carácter más violento, mostrando una actividad a todas horas despierta para averiguar las acciones de los demás, comentándolas despiadadamente.

Siempre la había mirado Espinosa con cierta preocupación en vida de su hermano. Su primera esposa tampoco mostraba gran afecto a esta cuñada propensa a la envidia y las murmuraciones. Había hablado con ella algunas

voces en París después de su viudez, pero sin dejarse ganar por la intimidad familiar, manteniendo siempre a distancia a la madre y a la hija. Ahora, al verlas en Monte-Carlo, las recibió con más afecto.

Olga, la hija, acostumbrada a vivir constantemente en hoteles, necesitaba ir todos los días al jardín de su tío, haciéndose la ilusión de que le pertenecía en gran parte, así como la lujosa vivienda.

Doña Eufrosina se había presentado con un acompañante, el licenciado Raúl Osorio, el cual las seguía a todas partes, desde el último viaje que ella y su hija habían hecho a Méjico para ver de cerca los bienes heredados de su difunto esposo. Habían conocido en el buque, al volver a Europa, a este abogadillo de pequeña estatura, movedizo, verboso, con gafas de miope montadas en concha, detrás de cuyos redondeles brillaban unos ojos halagadores o hipócritas. No tenía aún veinticinco años. Olga sólo contaba diez y siete.

—Unos ángeles, Juan—dijo doña Eufrosina a Espinosa—. Apenas se vieron en el vapor, se amaron. Algo de lo que me pasó a mí con tu hermano… Raúl tiene mucho talento: ya has oído qué bien habla. Sabe de todo. Si alguna vez necesitas a un hombre que defienda tus negocios, él lo hará como nadie. Piensa que va a ser de tu familia. Sólo espero que pasen unos meses para casarlos. Es conveniente aguardar un poco, para que nadie piense mal de una boda demasiado rápida. ¡Hay gente tan mala!…

Espinosa no encontró simpático al licenciado, y su sobrina le parecía una joven igual a muchas de su misma edad, con idénticos defectos y sin ninguna condición extraordinaria. Tenía la belleza fresca de sus pocos años, pero su tío la veía algunas veces tal como iba a ser más adelante, igual en todo a su madre.

A pesar de la indiferencia cortés con que había acogido a estos parientes inesperados, dejó que se fuesen ingiriendo en la vida de su casa. Todos los días recibía su visita. Doña Eufrosina se quejaba de la vida de hotel.

—Yo necesito el calor de la familia—dijo a su cuñado—. ¿De qué sirve que una tenga un poco de dinero para vivir, si va lo mismo que los gitanos, rodando de un lugar a otro, siempre en «palaces» exactamente iguales?…

Tavera y su mujer vieron hostilmente, desde el primer momento, esta invasión. En vano la viuda y su hija los trataban con melosa amabilidad, como si fuesen compatriotas.

—Todos somos de allá—decía la viuda—, todos de América y hablamos la misma lengua. Pertenecemos a pueblos hermanos.

«El Coronel» tosía, contestando con acento de duda:

—¿Pueblos hermanos?… Tal vez. Sin embargo, hay diferencias… ciertas diferencias.

Y al quedar a solas con su mujer, ambos designaban a la madre y a la hija con el título de «las Parasitas», y al elocuente y pequeño licenciado le daban el apodo de «el Apéndice».

Había momentos en que Tavera se indignaba como sí se viese víctima de un despojo. ¿Con qué derecho se metían «las Parasitas» en aquella casa, que era de ellos? Y al decir esto último, suprimía en su imaginación a los verdaderos propietarios. Otras veces don Arturo y su esposa procuraban enemistar insidiosamente a Jazmina con las parientas de su maride.

—Esa doña Eufrosina y su hija te odian. No hay más que ver con qué insistencia hablan de la primera mujer de Espinosa. La intrusa siempre encuentra pretexto, en mitad de sus visitas o a la hora del almuerzo, para aludir a los méritos virtudes de la difunta. Y según parece, nunca se pudieron ver. Debías evitar ese abuso. Tu marido hará lo que tú le digas. Hay que alejar de esta casa a «las Parasitas».

Jazmina y su esposo reían aparte de la guerra entre ambos grupos invasores. Al mismo tiempo, aunque no lo confesaban, les molestaba a los dos la continua evocación que hacía la viuda de la primera esposa, muerta en Méjico, sin duda para mortificar a la segunda, cual si ocupase un puesto usurpado.

En vez de proceder a expulsiones, como deseaba «el Coronel» y su esposa, fueron los dueños de la casa los que empezaron a salir de ella con frecuencia, abandonándola a los parientes invasores. Además, la juventud de Jazmina parecía irritarse en aquel ambiente de aburrimiento familiar e intrigas vulgares. ¿Para esto se había casado?… Encontraba cada vez más antipática a la cuñada de su marido. Creía adivinar lo que hablaba contra ella a sus espaldas. A Olga la tenía por tonta. Mostrábase orgullosa de que su tío fuese marqués, y a ella misma, cuando la encontraba en el Casino o en una fiesta, la llamaba marquesa en voz alta, viendo en esto un honor del que le correspondía cierta parte.

Al licenciado Osorio no lo podía resistir, a causa de su verbosidad. La pregunta más vulgar era para ni tema de largos discursos. Todo suceso le hacía remontarse verbalmente a los tiempos de Grecia y Roma, cuidando de redondear los párrafos de su oratoria más que de tener en cuenta lo que decía. Usaba las palabras por su música mejor que por su significado, diciendo pomposamente toda clase de disparates.

El deseo de Jazmina era huir, y rara era la noche que no rogaba a su esposo

que la llevase a comer fuera de casa. «Que no sepan «las Parasitas» adónde vamos», decía a Espinosa. Y ambos reían del apodo inventado por Tavera.

Si «las Parasitas» los buscaban en los restoranes más lujosos de Monte-Carlo, acabando por dar con ellos, tenían que instalarse a larga distancia, pues Jazmina procuraba siempre tener invitados a su mesa.

Uno de los primeros amigos del nuevo marqués en Monte-Carlo había sido un señor ruso, Sergio Briansky, distinguido de maneras, al que todos designaban con el apodo de «el Boyardo».

Espinosa no recordaba con certeza cómo había empezado esta amistad. Era algo fatal que forzosamente debía ocurrir. Resultaba imposible, a toda persona de nombre un poco conocido, vivir en la Costa Azul sin ser amigo del «Boyardo». Acompañaba a los reyes venidos de incógnito, seguía en sus fiestas, después de medianoche, a los príncipes herederos y a otros bohemios de sangre real. Al mismo tiempo era el compañero de todas las artistas célebres o las bellezas regiamente pagadas que venían a invernar en la Costa Azul. No había escritor o compositor famoso que pasase por este país sin almorzar con él y darle el autógrafo.

Sabía de memoria los títulos de todas las «villas» suntuosas y medianas, así como los nombres de sus propietarios. Cuando Espinosa acababa de comprar su casa de Monte-Carlo, Briansky se presentó a sí mismo, para felicitarle por su adquisición. Luego, al saberlo marqués, creyó del caso extremar sus muestras de amistad.

Jazmina le había admirado un poco, cuando ella era pobre y vivía con sus padres, al verle en las calles de Monte-Carlo. Debía ser muy viejo, pero su rostro era sonrosado, con pocas amigas, y esta frescura juvenil daba una luminosidad de plata a sus dos patillas blancas, unidas por el bigote. Tenía cierta semejanza con algunos de los zares y con el penúltimo emperador de Austria. Llevaba escrupulosamente cepilladas sus ropas, que rara vez eran nuevas, y no podía salir a la calle sin guantes blancos, que siempre parecían recién estrenados. Bajaba de las aceras estrechas para ceder el paso a toda mujer, aunque fuese del pueblo, y adoptaba una manera solemne y graciosa de saludar—mostrando la blanca cabeza con una raya abierta desde la frente al cogote—que recordaba la de algunos reyes en las ceremonias públicas.

En sus sueños de señorita pobre había pensado Jazmina varias veces en «el Boyardo», con un extravió imaginativo que la hacía reír.

—Me casaría—pensaba—con este viajecito tan elegante, tan limpio, tan bien

educado. Sería para él una hija.

Ahora, viéndole de cerca, admiraba la franqueza con que exponía su situación.

—En este país donde todos son ricos o fingen serlo, y la ruleta hace girar el dinero vertiginosamente, yo declaro que soy pobre. Tuve dinero en otros tiempos, pero se fue para siempre. He querido conocer cuanto de bueno tiene la vida, sin pensar en las consecuencias. Y únicamente he sacado en limpio de mi ruina la convicción de que lo que vale es la persona y no su fortuna.

Vivía modestamente, no teniendo que ocuparse de otro pago que el de su alojamiento. Le invitaban siempre a almorzar y a comer en las «villas» más lujosas o los restaurantes más caros. De toda la Costa Azul le iban llegando diariamente convites, y algunos de los invitantes hasta le enviaban su automóvil para evitarle gastos.

Jazmina admiraba también la dignidad con que se sostenía este señor, venido a menos, dentro de su brillante decadencia. Hacía rabiosas economías en su vida íntima pura atender a las necesidades de su rango. Tal vez se privaba de cosas necesarias para poder enviar un ramo de flores o una elegante caja de dulces a las millonarias que lo habían invitado a su mesa. Nunca dejaban de recibir sus amigas el regalo del primer día del año, o el huevo simbólico de confitería cuando llegaba la Pascua.

Al hablar de su origen mostraba la misma franqueza que cuando se declaraba pobre.

—Muchos me llaman príncipe—dijo a Jazmina—. Ya se sabe que todo ruso de mediana posición debe ser príncipe. Pero yo declaro que soy hijo de unos burgueses acomodados de San Petersburgo, que hicieron fortuna para que yo la derrochase en la Europa occidental. Y gracias que un hermano me dejó una pequeña renta… ¡Dios premie en el otro mundo su previsión!

Espinosa, al hablar con *el Boyardo*, procuraba recordar que su marquesado era moderno. Tenía orgullo en ello. Hacía la cuenta de los meses transcurridos desde que le dieron dicho título. En la Costa Azul todos eran condes, marqueses o príncipes, con los más extraños nombres, repetidos por la gente con una expresión tolerante e incrédula.

—Nadie sabe quién les dio sus títulos—decía Espinosa—. Los más de ellos ni siquiera son del Papa; los han inventado tranquilamente los mismos que los llevan… Yo soy auténtico, porque soy moderno.Tengo aún frescos los papeles. Puede enseñar los recibos de los derechos que pagué al entregarme mi

marquesado. Pocos pueden hacer igual.

Y *el Boyardo* acogía con verdadero regocijo este orgullo de su amigo, que representaba una reversión completa de las preocupaciones nobiliarias, basadas en la antigüedad.

Cuando los marqueses de Atonilco comían en un restorán con el simpatico Briansky, transcurrían para ellos las horas de la noche con extraordinaria rapidez. Conocía la historia de todas las gentes sentadas a las mesas inmediatas. Si le interesaba el rostro de cualquier viajero recién llegado, mostrábase inquieto, abandonando con cualquier pretexto su mesa, y volvía poco después para decir con aire de triunfo el nombre dcl desconocido, su patria y su profesión.

Esta manía averiguadora le hacía vivir en relaciones con todos los mayordomos de restoranes y hoteles, con los empleados altos y bajos del Casino, con la policía del príncipe de Mónaco. Los que deseaban noticias de alguna persona iban en busca del «Boyardo», procurando adquirirlas con disimuladas preguntas.

Jazmina y su esposo estaban convencidos de que este hombre, tan amigo de saber vidas ajenas, era al mismo tiempo incapaz de maledicencias. Podía comentar con una ironía fina las manías de sus amigos, pero sin incurrir nunca en mentiras y calumnias. Después de burlarse ligeramente de una persona, procuraba borrar este atrevimiento descubriendo en ella condiciones y virtudes que nadie había supuesto, o contando algún episodio, exagerado bondadosamente, que redundaba en honor del aludido.

Esta amistad con el ruso hizo que los nuevos marqueses conocieran en poco tiempo, gracias a él, a todas las personas notables residentes en Monte-Carlo o que acudían allí desde las diversas poblaciones de la Costa Azul.

Se dejaba llevar Jazmina placenteramente por el oleaje de las nuevas amistades. Ella, que había pasado inadvertida durante años por la plaza y los paseos inmediatos al Casino, veíase saludada y agasajada por todo aquel mundo visto siempre de lejos. Su nombre aparecía con frecuencia en los periódicos al dar cuenta éstos de las fiestas. Espinosa gozaba, por acción refleja, de las satisfacciones sociales de su mujer. Sonreía con infantil vanidad cuando alguien hablaba del maravilloso collar de Jazmina, comprado a un príncipe indostánico, o de los racimos de esmeraldas, brillantes y otras piedras que podían colgar de sus graciosas orejas, sin repetición, durante los siete días de la semana.

Una noche, al final de una de las comidas de gala en el Hotel de Paris, se levantó «el Boyardo» de la mesa de los marqueses de Atonilco para ir a saludar a

un amigo.

—Es un joven que habla español como ustedes —dijo—. Creo que es de la Argentina. No le había visto desde el año pasado. Debió llegar ayer.

Pocos minutos después estaba de vuelta. Jazmina oyó a sus espaldas la voz del ruso. Hacía la presentación de su amigo a Espinosa, el cual estaba colocado en la mesa frente a ellos. Sintió Jazmina en su dorso un ligero estremecimiento. Hizo memoria en seguida del nombre pronunciado por el ruso, y vio el rostro del hombre que lo llevaba antes de volverse para acoger su saludo.

Era Williams Cereceda. Contestó con una frialdad ceremoniosa y cortes a la profunda inclinación del joven. Al mismo tiempo sintióse ofendida al notar que no guardaba el menor recuerdo del pasado. La señorita vista en lo alto de un balcón mientras él pintaba y la que había cruzado otras veces en las calles de Monte-Carlo no existía en su memoria. Sólo había empezado a conocerla siendo marquesa de Atonilco, enormemente rica, casada con un hombre que podía ser su padre, realzada su belleza juvenil por una abundancia deslumbradora de joyas que casi le daban el aspecto de una emperatriz bizantina.

Al retirarse este hombre después de estrechar la mano de Espinosa, «el Boyardo» se creyó en la necesidad de explicar su conducta. Williams le había pedido insistentemente que lo presentase a sus compañeros de mesa. Desde el principio de la comida estaba deslumbrado por la elegancia y las alhajas de la joven marquesa. Creía haberla visto, pero no recordaba dónde. Tal vez en París, en algún *dancing* de moda.

Espinosa, constantemente inclinado a las cosas españolas, le suprimió el primer apellido para siempre, llamándole Cereceda, y su esposa lo mismo.

—Su padre es inglés—dijo «el Boyardo», enterado de todas las historias—y su madre fue una señora de aquel país; lo que llaman ustedes una criolla. El inglés Williams, viuda desde hace muchos años, y algo viejo, parece que se dedica al espiritismo allá en Buenos Aires. Un hermano mayor de Cereceda, que éste apoda «el Gaucho», cuida la estancia que poseen y envía dinero al hermano menor, que vino a Europa a los diez y ocho años y no ha vuelto más por allá. Es el artista de la familia, y «el Gaucho» lo admira con un orgullo de centauro rudo. Pinta, hace versos en su lengua, y creo que hasta en francés. De repente, no quiere ser poeta ni pintor, y pasa el día tocando el piano. Ha compuesto algunos valses y dos romanzas amorosas. Una musiquita bastante apreciable para un aficionado.

Y como si se dirigiese únicamente a Espinosa, ladeó un poco la cabeza para

que Jazmina no viera el guiño de uno de sus ojos.

—Es un gentleman—continuó—incapaz de acciones incorrectas entre hombres… Pero se divierte y cuentan que goza de muy buena fortuna entre las mujeres. ¡Es tan joven!… Hace bien.

Luego, como si se arrepintiese de esta confidencia dirigida al marido, que podía parecer impertinente a la joven marquesa, procuró torcer el curso de la conversación, hablando de un compañero de Cereceda.

Era Duncan, pintor inglés de alguna fama en otros tiempos, que se había dejado olvidar, quedándose en Monto-Carlo para siempre, sometido a la esclavitud demoniaca del juego.

—Cuando era rico y célebre—dijo—, hace de esto más de veinte años, realizó un viaje alrededor del mundo, y al desembarcar en Mónaco finalmente, encontró tan de su gusto este país, que se quedó en él, perdiendo su pasaje de vuelta a Londres… Era rico Y se vio sin dinero. Siguió pintando retratos de las damas inglesas y americanas que vienen a la Costa Azul, pero a regañadientes, porque ello estorbaba sus combinaciones de jugador. No podía pintar con tranquilidad pensando que tal vez en aquel momento le aguardaba la suerte junto a una mesa del Casino y él estaba faltando a la cita. Las gentes empezaron a olvidarle. Sus antiguos rivales afirmaron que había perdido su talento de pintor. La indiferencia con que miraba su gloria de artista aceleró este olvido. Todavía le quedan restos de su pasada riqueza, y vive con Cereceda en una «villa» llamada de las Adelfas. Cada uno ocupa un piso de la casa. Como Williams es pintor, cuando no escribe versos o compone música, estos dos hombres que pintan con intermitencias viven en fraternal comunidad, a pesar de que sus caracteres y sus gustos resultan diferentes. El más joven se burla un poco del más viejo, al mismo tiempo que aguanta sus manías y sus extravagancias… He olvidado advertirles que el pobre Duncan, desde hace algunos años, tal vez para consolarse, bebe un poco… Esto de que bebe poco es un decir. Tal vez bebe demasiado, especialmente cuando recibe dinero o en las semanas que gana.

Calló «el Boyardo» un momento para reflexionar, añadiendo, como si excusase al ausente:

—No le crean ustedes un ebrio vulgar y pesada, de los que hablan con voz gangosa palabras incoherentes. Es un gentleman que tiene la debilidad de embriagarse, y precisamente cuando esta ebrio es cuando resulta más interesante. Esta dotado de una de esas imaginaciones que sólo se encuentran en los países brumosos. Ve espectros en pleno mediodía; compone verbalmente cuentos fantásticos admirables. Ya se lo presentaré cualquier día, y pasaran una hora

agradable oyendo cómo este hombre, que se mantiene siempre correcto y digno dentro de su alcoholismo, cuenta cosas interesantes que él sólo puede ver.

Sonrió el ruso, preguntando luego a sus dos oyentes:

—¿Han visto ustedes alguna vez en Monte-Carlo «el fantasma de las alas de oro»?.. Yo tampoco lo he visto, y eso que llevo viviendo aquí más años que Duncan; pero mi amigo lo encuentra todos los días, o con más exactitud, todas las noches. Es una bestia semejante a la antigua Quimera inventada por los griegos, la cual, como ustedes saben, tenía cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de dragón y no sé cuántas cosas antitéticas, formando un sólo ser. Además, tiene alas de oro, lleva una vestidura que vale miles de millones, en unas cuantas horas da la vuelta a la tierra, y a un mismo tiempo se halla en todas partes. Es más grande que todo el principado de Mónaco, mucho más grande, pues un hombre de buen paso, después de almorzar, puede ir de una frontera a otra del Estado en que vivimos antes de que acabe de fumarse un cigarro habano… Y a pesar de su grandeza, afirma Duncan que la tal bestia se recoge a dormir todas las noches en los sótanos dcl Casino, para repetir al día siguiente su vuelo sobre la redondez del planeta. Pero no quiero contarles más; ¿para qué? Ya conocerán al amigo de Cereceda y él les describirá algún día cómo es el fantasma de las alas de oro.

# Capítulo IV

## En el que se cuenta cómo los marqueses de Atonilco quedaron solos en su casa, y Jazmina vio que se sacrificaban una vez más por ella.

CUANDO TAVERA iba ahora a jugar en el Casino, avergonzábase de una escasez de dinero incompatible con su nueva situación.

—¿Valdrá la pena—decía—de ser suegro de Espinosa?… Todos deben fijarse en que juego, cuando más, fichas de cien francos, viviendo en casa de un millonario. Yo debía jugar siempre fichas de mil.

Y se lamentaba de tal situación, indudablemente deshonrosa, al hablar con su Rosita. Esta procuraba consolarlo dándole todo el dinero que podía sonsacar a Jazmina con pretexto del retoque y embellecimiento de sus facciones o de la adquisición de vestidos.

Esta hija no se portaba bien con sus padres, y doña Rosa se lo decía francamente en sus momentos de enfado. Regateaba con ellos cuando le pedían dinero. Por un inmenso sentimiento de probidad, defendía la fortuna de su esposo, indignándose ante los consejos maternales para que no fuese tan exageradamente justa en el disfrute de la fortuna matrimonial.

—Tú nos mantienes en la pobreza, a pesar de que eres rica—decía la madre —. Yo visto lo mismo que antes. ¿En qué se conoce que soy la madre de una

millonaria?.. El pobre Arturo no puede desarrollar sus combinaciones científicas porque tu marido le escucha fríamente cuando le propone una asociación, y tú no haces nada por ayudar a tu padre. Es verdad que vivimos en un palacio y nos sentamos a vuestra mesa, pero también Arturo y yo trabajamos como negros vigilando la buena marcha de la casa, para evitar despilfarros.

Y en un arrebato de indignación gemía la pintarrajeada y siempre juvenil señora:

—Nos estamos sacrificando, como de costumbre. Es la continuación de nuestra vida antes de tu matrimonio. Siempre nos ha tocado sacrificarnos por ti.

Renunciaba doña Rosa a todas las suntuosidades, obra de modistos y perfumistas, que había soñado al ser la suegra de Espinosa. Prefería dar el dinero que le regalaba Jazmina a su infortuna de Arturo, para disminuir su justificada indignación. Lo que no podía aceptar era la pasividad, burlona y bondadosa a la vez, con que su yerno acogía los planes y proposiciones del «jugador científico».

—Yo no deseo ganar dinero—le decía Espinosa—; y por otra parte, tampoco me gusta perderlo. Sólo los que tienen poco o no tienen nada necesitan arriesgarse. Así era yo en otro tiempo.

Y Tavera escuchaba de aquella boca barbuda y sonriente un sinnúmero de herejías y blasfemias negando los principios fundamentales de su sabiduría científica. Espinosa no creía en el juego.

—Vivo en Monte-Carlo—añadió—porque es uno de los países más hermosos del mundo. Voy al Casino para distraerme, ya que su público cosmopolita, constantemente renovado, resulta muy interesante. Cuando vine aquí por primera vez, pensé que si jugaba perdería todos los años unos trescientos mil francos. Puede despilfarrarlos sin arruinarme, pero repito que no me gusta perder. Por eso he creído preferible poner de lado todos los años los trescientos mil francos y comprar acciones del Casino. No es colocación famosa para el dinero, pero de todos modos las acciones dan un interés regular y cuando voy de mesa en mesa, viendo cómo juegan los ilusos, puede decirme interiormente: «Todos éstos trabajan para ti.»

Tavera, que había acabado por sentir el ascendiente de aquel yerno acostumbrado al mande, se esforzaba por escucharle silenciosamente, pero en su interior repetía la misma opinión que habla comunicado tantas veces a su mujer: «Se ha hecho rico por obra de la suerte. No tiene, como yo, el alto sentido de los negocios.» El millonario completaba el elogio de su prudencia añadiendo:

—Así también, siendo accionista del Casino, puede compensarme en parte

de lo que pierda mi mujer.

Jazmina, con gran asombro de Tavera, no gustaba mucho de jugar—como si fuese hija de otro padre—, y lo más escandaloso era que ganaba las más de las veces. Lo mismo le ocurría a Espinosa, cuando de tarde en tarde arriesgaba una pequeña cantidad a la ruleta. Casi siempre acertaba, y a pesar de su buena suerte no insistía en el juego, guardándose la ganancia con el regocijo pueril de un rico que no ha perdido el día, añadiendo unos cuantos francos a sus millones.

—El triunfo de la ignorancia—decía en voz baja Tavera— ¡Y para ver esto pasa uno las noches estudiando! Ni siquiera siguen la racha de la suerte. Son indignos de conocer el más interesante de los placeres.

La joven marquesa de Atonilco jugaba por hacer igual que las otras señoras, pero con indiferencia o distracción, colocando sus fichas a capricho, sin cálculo alguno. Pérdidas y ganancias le parecían lo mismo, sin borrar ni aumentar su sonrisa.

Doña Eufrosina, con su hija y su futuro yerno, comentaban el gesto de aburrimiento con que jugaba.

—¿Qué le importa a ella el dinero?—decía la viuda—. Puede estar años enteros tirándolo como una loca, sin que se le acabe. Para eso ha ido mi cuñado juntando tantos millones.

Estas palabras agresivas de la viuda eran, sin que ella lo supiese, como un eco de cierta voz misteriosa que sonaba en el interior de Jazmina.

Un espíritu demoniaco y tentador había empezado a hablar dentro de ella. «¿Qué me importa el dinero?—pensaba—. En la vida existe indudablemente algo más que la riqueza».

Este tedio que se esforzaba por disimular lo había adivinado igualmente el abogadillo Orosio, diciendo a la madre y a la hija con su eterno tono de orador:

—Respeta a su marido, se muestra siempre amable con él, pero con una amabilidad fría, sin entusiasmo. Se aburre en medio de sus riquezas. La otra noche que comimos en su casa la vi cómo jugueteaba con su gran collar de perlas y esmeraldas, ese collar famoso del raja, que tanto costó al marqués. Tiraba de él como si fuese una baratija insignificante, mientras tenía los ojos distraídos, como si viese algo muy lejano. Y yo pensé que este rico collar es para ella un símbolo de la abrumadora esclavitud de la riqueza.

Todos los comentarios sobre Jazmina y su esposo los resumía la señora mejicana en una forma agresiva contra el Destino, que tan mal arregla las cosas.

—Me da rabia—dijo—ver a ese hombrón, que ya es viejo, enamorado de una

joven que puede ser su hija. ¿Qué diría la pobre «primera» si resucitase? ¡Ella que trabajó tanto en su vida para ayudarle a hacerse rico!

Y sin reparar que estaba presente el licenciado Orosio, futuro marido de Olga, añadió:

—De todos modos, si deseaba casarse con una jovencita, debía haberse fijado en su sobrina, que es mi hija.

Luego hizo una pausa, para añadir con un tono de petulante confianza en sí misma:

—Y si mi Olga le parecía demasiado joven, podía haber pensado en cualquiera viuda respetable y todavía de buen aspecto, que tal vez le habría dicho «sí».

La osadía creciente con que estos invasores del palacio de las Esfinges hablaban mal de Jazmina no pasó inadvertida para Tavera y su mujer.

Especialmente doña Rosa, que vivía días enteros sin otra actividad que la de molestar a los domésticos, había concentrado todas sus facultades en espiar a doña Eufrosina. Una belicosidad cada vez más abierta empezó a manifestarse en las relaciones de las dos señoras. En realidad, se habían sentido antipáticas desde el primer momento, sin duda por su semejanza, viendo cada una a la otra tal como era, con los encantos corporales demasiado maduros, el rostro exageradamente pintado y una manía deplorable de imitar la vestimenta de las jóvenes.

Doña Rosa era la más agresiva.

—Que no intente nada contra mi hija—dijo a Tavera—, porque la echaré de la casa. Ella no es más que cuñada y yo soy madre.

«El Coronel», por su parte, iba encontrando en su pasado gran número de razones políticas, geográficas y raciales que le colocaban por encima de estas «Parasitas» y de su acompañante el abogadillo charlatán, no obstante ser todos de América.

Se aplacó por unos días esta lucha entre los dos grupos al intervenir nuevos amigos en la vida corriente de la casa. «El Boyardo» era invitado a almorzar frecuentemente, y con él venían Cereceda y su amigo el pintor Duncan.

Era éste todavía de cuerpo juvenil, pero con el rostro avejentado por los excesos alcohólicos. La consideración de su decaimiento moral le hacía mantenerse en continua alarma cuando era invitado a una comida entre señoras. Apenas si llevaba a sus labios las diversas copas llenas de vino que tenía sobre la mesa, frente a él.

La presencia de Jazmina, su gracia juvenil, su alegre precocidad de novel dueña de casa, le infundían cierto respeto. Parecía no entender las alusiones que Briansky y Cereceda hacían a sus manías. En vano le hablaban del fantasma de las alas de oro y otras visiones suyas. Duncan esbozaba una ligerísima sonrisa bajo su bigote cano y recortado, alzando al mismo tiempo sus hombros,

—Locura… fantasías… cosas para niños. No hablemos de eso.

Y sus amigos, cuando él no estaba presente, afirmaban que sólo quería hablar de tales visiones en sus momentos de embriaguez. Hasta se sentía molesto si insistían en dicha conversación delante de Jazmina. Mostraba la voluntad de no beber nunca en aquella casa, temeroso de hacer patente el decaimiento de su espíritu.

Entre todos los que ocupaban la mesa, quien más le admiraba era Tavera… Un gentleman que «el Coronel» había visto perder doscientos mil francos en una noche. ¡Este era un hombre! Y con la deferencia propia de un admirador, hablaba a Duncan de los episodios del juego, recordándole algunas de sus pérdidas extraordinarias, con detalles que el otro había olvidado.

De pronto Duncan se dirigía a la dueña de la casa, como si quisiera evitar que los otros siguieran hablando de sus visiones y sus desgracias de jugador. Una nueva luz brillaba en sus ojos al mirar fijamente el rostro de Jazmina.

—¡No habernos conocido veinte años antes!—decía moviendo su cabeza tristemente—. Es verdad que en tal caso usted acabaría de nacer… Pero de todos modos lamento no ser yo ahora lo mismo que hace veinte años. ¡Qué retrato habría pintado de usted!…

Espinosa, recordando la antigua fama de este artista, sintióse halagada por tales palabras, insistiendo en lo del retrato.

—¡Imposible!—se apresuró a decir Duncan—. Yo he muerto hace años. Sólo vive mi armazón. La última vez que intenté pintar lloré de vergüenza. Algo digno del suicidio. Por eso no tengo en mi casa colores ni pinceles, y cuando subo al piso que habita Williams me entristezco al ver cómo mi amigo se entretiene pintando.

Después de una corta reflexión añadió, como si hablase para él:

—Pintar mujeres… ¡qué mejor ocupación! La mayor alegría del arte… Y todo lo he perdido al quedarme aquí. Lo terrible no es que se haya ido de mi dinero, sino lo que yo llevaba dentro. ¡Pensar en tantas cosas que pude hacer y que no he hecho!… Por eso me siento triste a morir cuando veo a la marquesa.

Los dos grupos adversos no tardaron en romper la tregua que había

establecido la presencia de estos nuevos amigos de la casa.

Espinosa, que era de una generosidad patriarcal y necesitaba ver en su mesa muchos convidados, lo mismo que cuando vivía en su gran casa de minero en Pachuca, acabó por pedir a su cuñada que viniese todos los días a almorzar en el palacio de las Esfinges y a comer también, cuando él y su esposa no salían por la noche. Doña Eufrosina aceptó la invitación viendo en esto un triunfo sobre Tavera y su esposa, que la consideraban a ella y a los suyos como intrusos.

Al encontrarse todos los días, con una intimidad cada vez más penosa, no tardó en producirse el choque entre ambos grupos.

No supo el minero en realidad cómo empezó la batalla. Carecía de la perspicacia femenil de su esposa, que venía temiendo desde mucho antes este conflicto al darse cuenta de las frases veladas y molestas que con voz agridulce cambiaban sus padres y los demás parientes, aun en los días que estaban presentes otros invitados.

Un día, las dos señoras enemigas se atacaron directamente, de viva voz, cruzando sus palabras como latigazos por encima de la mesa. Tal era su emoción, que un estremecimiento lívido pareció extenderse por debajo de sus máscaras, blancas y arreboladas. Al fin, después de encorvar sus manos extremadamente marfileñas, pero con las venas duras e hinchadas, y de arañar el mantel, ya que no podían hacer otra cosa, rompieron las dos a llorar de cólera, volviendo la cabeza para que no se viese la negrura de sus lágrimas al deslizarse entre los párpados pintados.

Olga empezó a gritar y a agitarse en su asiento, pidiendo a Jazmina que defendiese a su propia madre, como si doña Rosa no fuese madre de la otra. «El Coronel» la comparó a una pequeña víbora, sin cuidarse de que lo oyera su novio el abogado, y hasta hizo alusión a la pequeñez desmedrada de éste, a su ruindad física y moral, justificando así que no lo abofetease inmediatamente como responsable de su futura suegra.

Los solemnes criados del comedor asistían impasibles a esta disputa general en lengua española. Sólo entendían algunas palabras, pero adivinaban por los gestos y llantos toda la importancia del conflicto.

Mientras Jazmina iba de un lado a otro pidiendo serenidad a las parientas de su esposo e intentando reanimar a su propia madre, que hacía esfuerzos por desmayarse, el dueño de la casa logró imponer su autoridad, restableciendo una calma aparento.

Este gigantón bondadoso y pacienzudo mostraba en ciertos momentos una

voluntad avasalladora. Aún guardaba aquella prestancia enérgica, semejante a la de un capitán de buque, que le había permitido dirigir durante muchos años centenares de mineros, blancos o indígenas, de las más temibles procedencias, trabajando en lugares desiertos.

Esta pelea de familia, que aún resultaba más ridícula en aquel comedor decorado majestuosamente, pareció despertar a Espinosa, haciéndole ver, bajo nueva luz, cuanto le rodeaba.

Se dio cuenta por primera vez de lo molesto que era para él que sus suegros se hubieran instalado en la casa sin pedirle permiso. Por un sentido de equidad reconoció inmediatamente que aquella cuñada y su séquito resultaban también intolerables todos los días, y que doña Eufrosina abusaba del recuerdo de su primera esposa para molestar a la actual.

Después de hechos estos descubrimientos sólo se le ocurrió aplicar cuanto antes un remedio justiciero y enérgico, igual a los que había empleado en otro tiempo para mantener la paz en aquellas muchedumbres poco gobernables de las minas.

Habló una noche, con cierta timidez, a su esposa, de la conveniencia de que sus padres viviesen fuera de la casa. Sintió un tierno agradecimiento, besando con admiración a Jazmina, cuando ésta cortó su petición, a las primeras palabras, diciéndole que encontraba muy justo y acertado su proyecto. Ella había pensado lo mismo.

—¡Ah, cabecita adorable!—dijo el hombrón, estrechándola con cierto cuidado entre sus brazos robustos—. Por eso te quiero tanto; por tu buen juicio, por tu espíritu de justicia, más aún que por ser hermosa.

Tavera y su mujer se consideraban triunfantes después del tumultuoso almuerzo. Doña Eufrosina y los otros parásitos no eran más que convidados que llegaban a ciertas horas, y después de lo ocurrido no osarían volver. Ellos vivían en la casa. Allí estaban y allí se quedaban. Sentían el orgullo del vencedor que duerme sobre el campo de batalla.

Por eso Tavera balbuceó de sorpresa cuando su yerno le propuso que viviesen fuera de la casa, con aquel acento tranquilo, pero firme, sólo usado muy de tarde en tarde, y que no admitía réplica.

Doña Rosa lloró de nuevo, descomponiendo la armonía pictórica de su rostro. En vez de protestar contra su yerno, atacó a su hija, acusándola de ingratitud, recordando que constantemente se habían sacrificado por ella.

Pocas horas después secó sus lágrimas, mostrando una alegre conformidad.

Su Arturo le había hablado a solas, transmitiéndole su optimismo.

«El Coronel», siempre hombre de negocios, reconocía que su yerno, aunque inferior a él, había sabido hablarle con el lenguaje propio del caso.

—Juanito Espinosa es generoso, digan lo que digan—siguió manifestando a su mujer—, y para que vivamos decentemente fuera de aquí, nos dará todos los meses una importante cantidad. No la hemos fijado aún, pero en fin, será una buena mesada. Viviremos mejor que antes, sin tener que aguantar a nadie. Hasta ahora teníamos mesa y cama de millonarios, pero sin recibir más que algunos billetes de cien, que te daba tu hija. Ahora tendremos renta propia y podré dedicarme a realizar combinaciones que nos harán ricos.

Y añadió, sonriendo cínicamente, para animar a su mujer:

—No llores más, porque tú triunfas. Los otros han sido expulsados por Espinosa, sin recibir indemnización. Nosotros nos vamos también, pero con los bolsillos llenos. ¿No es esto una victoria?

Pocos días después, los padres de Jazmina abandonaron el palacio de las Esfinges.

Espinosa no pudo ocultar su risa al oír la despedida de su suegro. Habían convenido los dos la cuantía de la pensión, fijada por Tavera en dólares americanos. ¡O eran hombres de negocios o no lo eran! Y toda indemnización entre personas importantes debe ser tratada sobre la base del dólar. Al ver que Espinosa aceptaba sin pestañear su enorme pretensión de recibir mil dólares al mes, casi bendijo mentalmente aquella guerra entre su esposa y doña Eufrosina, que había dado como final la expulsión de unos y otros. Ya se veía rico, y dijo a su yerno:

—Nos iremos a Biarritz, a San Sebastián, a toda ciudad donde haya juego. Ya empezaba a cansarme de Monte-Carlo. Además, sospecho que aquí hacen trampas. Sólo así puede explicarse que un hombre como yo no haya ganado una fortuna en el Casino.

Al quedar solos los marqueses de Atonilco sintieron un bienestar que aún aumentó su intimidad.

Jazmina no lamentaba la ausencia de sus padres. Disfrutó el goce de ser verdadera dueña de su casa sin compartir su autoridad con la indolente doña Rosa, que complicaba el servicio con sus órdenes contradictorias. Tampoco tenía ya que hacer frente a las continuas peticiones de dinero de su padre.

Seguía firme en ella el agradecimiento al hombre que la había sacado de una mediocridad siempre apurada, haciéndole gozar todas las satisfacciones y

comodidades que halagan a una mujer.

Ciertamente no era una gran pasión amorosa lo que ella sentía por este protector bueno y generoso. Había visto el amor en novelas y comedias con una forma muy distinta. Pero de todos modos, sentía a su lado una emoción dulce que le hacía llevadera la gran diferencia de edad entre los dos. Además conocía la satisfacción que proporciona el deber cumplido, la felicidad y el agradecimiento que muestran los caracteres leales a quien les favorece.

Este gigantón que había sido violento y temerario en sus años juveniles, luchando con los otros hombres lo mismo que los perros cuando se disputan una osamenta en medio de un camino, mostrábase con ella siempre dulce y tímido.

Había peleado como un guerrero por conquistar la riqueza, sufriendo el hambre, la suciedad, el abandono en tierras desiertas, y esta misma riqueza se la entregaba a ella generosamente, sin regateos ni condiciones. Podía dilapidarla y su marido no protestaría. Todo lo que era de ella alcanzaba igual generosidad. Sus padres podían atestiguarlo.

Por encima de estas consideraciones morales, que la impulsaban a una grata sumisión, existía además la atracción física. Espinosa era su hombre, y no obstante sus años y aquella enfermedad cardíaca que representaba la única grieta vulnerable de su vigoroso organismo, se entregaba al goce de la posesión amorosa con una continuidad y un entusiasmo que despertaban en la joven esposa un sentimiento de vanidad y gratitud.

Cuando pensaba a solas en esto, decíase Jazmina que tal vez aquellos amorosos de veinticinco años, declamadores de hermosas palabras en libros y en teatros, que ella había admirado como héroes, no eran capaces en su vida particular de las asiduas hazañas de su marido, frío en apariencia y de pasiones reposadas.

A veces, este homenaje matrimonial, que en ciertos momentos llegaba a fatigarla, le hacía temer por la salud de Espinosa. En varias ocasiones sufrió crisis del corazón que asustaron a Jazmina, olvidándolas luego al ver con qué rapidez se restablecía su esposo.

A los diez meses de casados el marqués cayó enfermo, y aunque se repuso en pocos días, esta vez intervinieron los médicos, atinando con la causa de su dolencia y aconsejándole remedios basados principalmente en una prudente abstención de placeres que ya no eran propios de su edad.

Espinosa, balbuciente y tímido como el que teme decir la verdad, fue explicando a su mujer lo que le habían aconsejado los médicos.

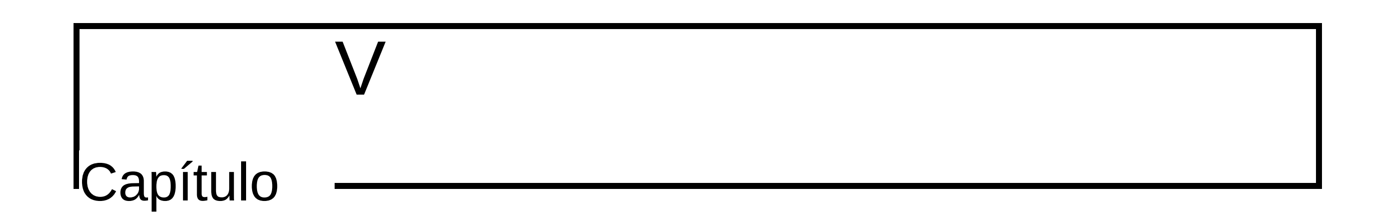
—No te preocupes—dijo ella—. Lo importante es que vivas. Ya no temía yo algo de esto. Te estabas matando… y yo quiero que vivas mucho, que vivas siempre.

Pero el gigantón siguió quejándose, como avergonzado de sus palabras:

—Para mí es terrible esto… ¡Te amo tanto! Desde que nos casamos creo haber nacido segunda vez. Mi existencia anterior no vale nada. ¡Y tener que privarme de lo que considero mejor en este mundo! Es un sacrificio, pero yo lo haré, ya que es necesario. Me sacrifico por mí, para seguir viviendo; me sacrifico por ti, para que no quedes sola, sin mi apoyo.

Y Jazmina acabó por agradecer con palabras conmovidas lo que decía su esposo.

También Espinosa se sacrificaba por ella… Lo mismo que sus padres.



# Capítulo V

## De cómo el viejo pintor describió al fin sus encuentros con la Quimera

LA CASA de las Adelfas, donde vivían Cereceda y Duncan, estaba situada en la parte alta de Monte-Carlo.

Era un edificio grande y sólido, con las cornisas blancas y los muros de color rosa. Esta construcción estilo mediterráneo databa de los primeros tiempos del Casino, una antigüedad casi de medio siglo, lo que era mucho en Monte-Carlo, ciudad creada por el juego, a la sombra del viejo Mónaco.

Las altas adelfas que ocupaban la mayor parte del jardín habían dado su título a la casa. Ésta tenía dos pisos. El bajo lo ocupaba Duncan. Como ya no pintaba, prefería la luz verdosa de unas habitaciones donde entraba el sol filtrándose a través del ramaje del jardín. Cereceda, pintor a sus horas, había creído preferible ocupar el piso superior, cuyas grandes ventanas dejaban entrar la luz a raudales.

Otra razón oculta había decidido al joven a reservarse el primer piso. Se comunicaba éste, con las habitaciones bajas por una escalera de mármol, siempre fresca y resonante bajo los pasos; una escalera casi monumental, obra del primer propietario del edificio. Pero este piso superior tenía igualmente una pequeña escalera propia que daba sobre un callejón lateral, sin casa alguna, todo bordeado de jardines.

Cereceda consideraba muy valiosa esta puerta de escapo a un lado del

edificio, y aislada del jardín por los altos muros de adelfas. Así podía entrar y salir libremente, recibiendo además visitas sin que nadie se enterase.

Cierto ambiente dramático daba un interés romántico a esta casa pasada de moda. Los extranjeros ricos no gustaban de alquilarla porque sus esposas e hijas la encontraban poco chic. Los que residían mucho tiempo en el país recordaban la «tragedia pasional» que se había desarrollado en la casa de las Adelfas.

Ni el mismo «Boyardo», que lo sabía todo, lograba concretar dicha tragedia, cada vez más lejana y de contornos indecisos. Unos hablaban de un gran señor extranjero que había matado a su esposa al sorprenderla en flagrante adulterio con un jovenzuelo conocido en el Casino. Otros complicaron la historia afirmando que los muertos habían sido tres: un joven enamorado de la mujer de su hermano, que a impulsos de su desesperación celosa había dado muerte a los dos, suicidándose después.

Acababa Briansky por dudar de que hubiese ocurrido algo extraordinario en la casa, luego de estos relatos contradictorios. ¡Iban transcurrido treinta años, y durante un período tan largo pueden inventarse tantas cosas en una ciudad como Monte-Carlo!… No tenía interés en averiguar la verdad. Creía más interesante que la tragedia de la casa de las Adelfas conservase la nebulosidad contradictoria y atractiva de las leyendas.

Cereceda y Duncan, que se habían conocido durante varios años viviendo en un mismo hotel de Monte-Carlo, acabaron por instalarse en dicha casa, tentados por la baratura de su alquiler y el aspecto de sus muebles. Espejos, cuadros y sillerías databan de la época en que el vecino Mentón era aún del príncipe de Mónaco y Niza pertenecía al rey de Italia.

Los dos amigos se entendieron para reglamentar esta vida común, conservando cada uno su independencia.

Pasaban a veces semanas enteras sin verse dentro de su casa, encontrándose luego en el Casino o en los restoranes de la ciudad. Un viejo jardinero y su mujer cuidaban de la limpieza general del edificio. Ambos locatarios comían fuera. A veces Marcelo tenía un criado propio, casi siempre algún español que había tomado a su servicio durante los meses que residía en París. Luego dejaba que le abandonase, tentado por las ventajas de servir en cualquier hotel de la Costa Azul. Prefería quedarse solo en el piso superior. Así podían venir con más tranquilidad ciertas visitas que se deslizaban a la caída de la tarde o en plena noche por la escalerilla de aquel callejón entre jardines.

Duncan tomó igualmente a su servicio una vieja inglesa, que pasaba la

mayor parte del día leyendo novelas morales, del tiempo de la reina Victoria, todas en varios tomos, y cuando se decidía a escuchar los llamamientos de su amo acercábase a él con un aire de noble dama venida a menos.

No bajaba jamás Cereceda a los dominios de su amigo. Éste, por ser noctámbulo, se levantaba siempre a mediodía, sintiéndose atraído algunas veces por los pasos de Williams, que hacían estremecer el techo ligeramente, con la sonoridad de los pavimentos viejos de mármol. Nunca se atrevía a subir sin lanzar antes un grito en mitad de la solemne escalera. Avisaba antes de seguir adelante, temiendo ser inoportuno.

Él había vivido en su juventud como este Williams, aunque confesaba modestamente no haberse preocupado tanto de las mujeres. Las más que había conocido sólo fueron modelos de sus retratos.

Empezó a enterarse Duncan de que su amigo se retiraba más pronto por la noche. Ya no volvía, como él, al amanecer, después de la última partida de baccarat en el Sporting Club. Casi siempre regresaba a medianoche, cuando las gentes tranquilas salían de la Ópera o de alguna comida de gala. Hacía una vida casi igual a la de los marqueses de Atonilco y otros matrimonios de costumbres tranquilas.

Cuando Duncan subía a los dominios de su amigo, luego de oír su contestación dejándole libre el paso, lo saludaba del mismo modo:

—Se va usted aburguesando, querido Williams. Adivino que a las ocho de la mañana ya estaba de pie, listo para empezar el día. Le veo muy cambiado. Va usted a acabar acostándose a la misma hora que las gallinas de nuestro jardinero.

Una particularidad de Duncan es que hablaba de usted a Cereceda, no obstante su amistad íntima. Siempre había hecho esto con todos sus amigos. Únicamente al estar muy avanzado en sus frecuentes embriagueces, o sea cuando, según sus palabras, *empezaba a dejar de ser gentleman*, se atrevía a tutear a sus oyentes.

Calculaba el antiguo pintor sin equivocarse la hora del día en que se había levantado su compañero con sólo lanzar una rápida mirada en torno de la vastísima pieza que había sido en otros tiempos ceremonioso salón y ahora servía de estudio de pintor.

El célebre retratista apreciaba inmediatamente con sus ojos el trabajo que tenía Cereceda sobre su caballete, no equivocándose en sus cálculos de tiempo, por conocer los titubeos y la lentitud de este aficionado, con más entusiasmo que pericia.

Cuando la mañana había sido buena para el joven, pintando con más soltura que otras veces, Duncan decía con tristeza:

—Yo también pintaba así, tal vez un poquito más; pero ahora no puede conocer otros colores que los de la ruleta.

Empezó a llamar su atención el número creciente de cabezas de mujer, unas abocetadas, otras puestas a un lado sin más que los rasgos fisonómicos marcados con lápiz.

Un día vio una de estas cabezas en el caballete casi terminada, pero notándose en el lienzo la indecisión del que ha querido reproducir algo que lleva en su memoria, sin lograr realizarlo, quedándose a mitad de dicha exteriorización. Tomó Duncan en sus manos el pequeño cuadro, frunciendo el entrecejo y canturreando entre dientes. Luego sonrió y dijo con malicia:

—Creo reconocer el modelo, pero aún está usted muy lejos, Williams, de reproducirlo verdaderamente.

Durante un largo rato Duncan pareció preocupado, como si desease hablar y dudara de la conveniencia de hacerlo. Al fin se resolvió a decir con cierta timidez:

—Como tengo más años que usted, Williams, me atrevo a darle consejos sin que me los pida. Los que empezamos a ser viejos tenemos a veces estas insolencias… Créame: vuelva a su vida de antes. Continúe sus aventuras amorosas. Siga dejándose buscar por todas esas señoras que frecuentan el Casino y se sienten atraídas por «el bello argentino», como ellas dicen. A mí me da un poco de inquietud verle ahora en esta vida de aislamiento y de abstinencia… pintando siempre lo mismo.

Y para justificar la audacia de su consejo, recordó lo que muchas veces le había dicho Cereceda.

En realidad, este joven no amaba el juego. Venía todos los inviernos a Monte-Carlo porque era un lugar de reunión elegante. Desde Cannes hasta Mentón, los setenta kilómetros de Costa Azul, con sus numerosos casinos y sus restoranes célebres, donde se daban grandes fiestas, resultaban para él un enorme salón, el más grande de Europa, abierto a orillas del Mediterráneo. Las mujeres que había que ir buscando, una por una, en las grandes capitales, donde la vida es más expansiva y múltiple, las encontraba aquí estrechamente agrupadas durante los meses de invierno.

Esta sociedad internacional, brillante, desocupada, sin otras preocupaciones que el juego, la vanidad y el amor, ofrecía ante sus ojos el atractivo de un

inmenso baile de máscaras, abundante en aventuras y misterios. Desde Monte-Carlo acudía a todas las fiestas de las diversas ciudades de la Riviera. Muchas veces veía aparecer el sol sobre la línea azul del mar al volver a su casa de una fiesta nocturna. Un viejo chófer, con automóvil propio, se ponía a sus órdenes siempre que lo necesitaba, desechando a los demás parroquianos. Al hablar de este cliente extraordinario con otros de su profesión guiñaba un ojo maliciosamente.

—Pocos se divierten como él. ¡Si mi pobre auto contase lo que ha visto!… ¡Y qué propinas!

Frecuentaba mucho las salas de juego, buscando su público femenino. Jugaba algunas veces audazmente, y perdía sin pestañear, para que le admirasen las mujeres sentadas a la misma mesa.

Procedía como el acróbata que afronta el peligro con una intrepidez vanidosa para que lo admiro el público.

Luego, en la intimidad, al oír que Duncan elogiaba el juego—su tormento y su entusiasmo—, Cereceda le dijo muchas veces con un cinismo de hombre desmoralizado por sus buenas fortunas amorosas:

—Para mí, las salas de juego de los casinos son simplemente un terreno de caza.

Él no quería ser otra cosa en su vida que «cazador de mujeres».

Admiraba las hazañas de todos los personajes, reales o imaginarios, que a partir de Don Juan habían convertido el amor carnal, con sus dificultades y sus aventuras, en la única empresa de su existencia. Como los grandes perseguidores de la mujer, creía en la legitimidad de toda clase de medios para conseguir la victoria.

Cuando no contaba con el deslumbramiento producido en algunas por su belleza varonil, acudía a la tentación del dinero. El cofrecito de joyas regalado por Fausto a Margarita representaba para Marcelo el más lógico y poderoso de los argumentos.

En torno a las mesas verdes era donde las mujeres sentían más hondamente el atractivo demoniaco del dinero. Él había conocido damas de carácter glacial, orgullosas de su pasado tranquilo, que se dedicaban al juego, viendo en él una válvula de expansión para sus pasiones, gracias a la cual se mantenían dentro del casto deber. Cereceda acababa por ser para ellas el auxiliar bondadoso que llega en momento de pérdida, el amigo simpático que saca de terribles apuros. Y finalmente, estremecidas por el miedo de ser descubiertas, deseando terminar

cuanto antes la demostración de su gratitud, avanzaban al anochecer por la callejuela entre jardines, subiendo la escalerilla medio oculta de la casa de las Adelfas.

Al recordar Duncan todo esto que le había hecho entrever directamente su amigo «el cazador de mujeres», comparaba su alegre jactancia de antes con su melancolía presente. No estaba enfermo; parecía, por el contrario, mas animoso; revelaba el entusiasmo vital del que tiene una ilusión por cumplir, del que se agita pensativo bajo el empujón invisible de la esperanza; y sin embargo, huía de todos los lugares apreciados antes como único escenario de su vida.

En las salas privadas del Casino y en el Sporting Club, algunas señoras habían preguntado a Duncan por su amigo Williams Cereceda, extrañándose de no verle. Y el antiguo pintor adivinaba en estas preguntas la disimulada ansiedad de la que se siente olvidada luego de haber sido generosa en secreto, y también el reproche amargo de la que se vio solicitada hasta pocos días antes, y de pronto, sin razón alguna, su solicitante huye de ella, sin preocuparse ya de conseguir lo que tanto ambicionaba.

El arruinado pintor terminó sus consejos diciendo, mientras volvía el retrato a su caballete:

—Sea cazador como antes, querido Williams, siga cuantas piezas le salten al camino, con la voluntad más o menos disimulada de que usted las persiga; pero no entre en terreno ajeno, no vaya a inquietar a las bestezuelas de Dios, hermosas, buenas y tranquilas, que viven descansadas en la paz. Es un crimen despertarlas y perseguirlas, para hacerlas caer finalmente con engaño… Yo soy un viejo pecador, pero me quito el sombrero cuando encuentro una mujer buena y pura que hace la felicidad de otro hombre. Los náufragos de la vida tenemos a veces estas originalidades.

Acogió Cereceda con risas los consejos de su amigo. Pretendía tal vez ocultar de este modo la molestia que le producían sus palabras.

—Usted, Duncan, en cambio, se levanta demasiado tarde y viene a contarme las cosas incoherentes que ha soñado. ¿Me cree tan inservible que voy a pasar mi vida entera como uno de esos pobres muchachos que sacan a bailar señoras viejas en los *dancings*…? Tengo mis ambiciones. Quiero ser algo más que un amigo de mujeres: pintor, escritor, ¡qué sé yo! Para comenzar he decidido dedicarme al trabajo desde las primeras horas de la mañana. Sólo así se puede producir algo que merezca un poco de atención.

Hizo una pausa y añadió:

—Los hombres cambian. Todos sentimos la necesidad de poner un poco de moral, de delicadeza y de poesía en nuestras pasiones. Acuérdese de San Pablo y del camino de Damasco. Yo he visto la luz, una nueva luz que cambia la visión de mis ojos y el curso de mis ideas.

Duncan movió la cabeza y dijo melancólicamente:

—Yo también he creído verla, pero demasiado tarde, cuando estoy casi ciego.

Y terminó, con acento triste:

—Dios haga que todo lo que usted dice resulte cierto y no sea un capricho de su deseo, que acabe por atraer desgracias sobre una pobre mujer.

Pasaron varios días sin que Cereceda viese a Duncan. El pintor tampoco frecuentaba las salas de juego. Espinosa y su mujer preguntaron varias veces por él al «Boyardo»,

—No debe tener dinero—dijo éste—, Nuestro amigo sobrelleva su mala suerte con una dignidad caballeresca. Jamás le he visto pedir a un igual suyo. Todos sus préstamos los solicita de los usureros que se dedican en el Casino a esta industria. Cuando éstos se niegan a darle más y no ha recibido aún la cantidad mensual que le envían todos los meses de Inglaterra, se marcha a un pueblecito de la montaña. Tiene amigos ingleses, de la época de su juventud, que viven solitarios en alguna granja de los Alpes. Permanece entre ellos, y la soledad le hace pintar bocetos; pero cuando empieza a tomar gusto a su arte, llega el cheque, y le falta el tiempo para tirar los pinceles, corriendo a Monte-Carlo.

Cereceda decía lo mismo. Su camarada nunca le había pedido dinero ni había aceptado el que le ofrecía en momentos de apuro.

—Usted es joven, Williams—contestaba—, y loa de su edad necesitan más dinero que nosotros los viejos.

Cuando los marqueses de Atonilco llevaban más de veinte días sin ver a Duncan, lo encontraron inesperadamente a las dos de la madrugada.

Salían de una comida en los salones del Café de París, una fiesta tradicional a la que habían asistido trescientos comensales, prolongándose hasta después de medianoche los diversos «números» de las llamadas «atracciones»: danzarines exóticos, gimnastas, payasos que iban pasando por el entarimado oval de la danza, dentro de una triple fila de mesas floridas.

Espinosa y su mujer salieron a la plaza del Casino, espolvoreados los hombros de *confetti*. A sus espaldas seguía sonando una música estridente de

pitos, trompetas de cartón y rugidos de *clakson* dominando las inarmonías bailables del *jazz-band*.

La plaza, solitaria a estas horas, con sus árboles de un verde irreal bajo los focos eléctricos, les pareció un lugar de paradisiaco descanso.

Jazmina, moteada la rubia cabellera de papelillos de colores, sostenía contra su pecho dos grandes muñecas que le habían regalado. Espinosa guardaba con sus manazas de gigante, sin saber por qué, tal vez a impulsos de su fuerza adquisitiva de millonario, gorros vistosos de papel, trompetillas, todos los juguetes que los organizadores del banquete habían ido dando a un público ebrio y caído en la infancia.

El Casino tenía ya cerradas sus puertas y apagados los faroles de la escalinata. Toda la vida de esta plaza, una de las encrucijadas del mundo, se había refugiado y amalgamado en el interior del café. Las altas ventanas de éste, en forma de medio punto, brillaban rojas, como bocas de horno.

En el silencio de la plaza, más allá de las palmeras de los inmediatos jardines, sonaba la voz de un *groom* del café llamando al chófer de los marqueses de Atonilco.

Un señor que indudablemente salía del banquete, vestido de frac y con el gabán mal colgado del brazo izquierdo, de modo que arrastraba por el suelo, se acercó a ellos.

—Buenas noches—dijo quitándose el sombrero de copa con una rigidez solemnemente exagerada, al mismo tiempo que sonreía, enseñando su dentadura engastada de oro.

Espinosa y su mujer tuvieron al mismo tiempo la misma convicción. Era Duncan, pero completamente ebrio, tal como lo habían descrito sus amigos muchas veces.

En el palacio de las Esfinges jamás habían conseguido hacerle beber. Temía que le viesen en este miserable aspecto. Ahora salía del banquete. Había estado en el fondo del salón con unos ingleses recién llegados. Tal vez acababa de recibir aquel cheque de Londres que tenía el poder de volverle a su vida ordinaria de juego y alcoholismo.

No mostró el recato de otras veces al hablar con Jazmina. Tampoco parecía avergonzarse de su embriaguez. Era otro hombre, viviendo en un mundo distinto. A las dos personas que estaban frente a él las veía sin las limitaciones y relatividades que imponen el tiempo y el espacio, iguales a los personajes que aparecen en los ensueños.

Estrechó sus manos, y como si continuase una conversación interrumpida, señaló el ámbito de la plaza y dijo con una voz gangosa que esparcía alcohólico heder:

—Esta es la Jerusalén de los eternamente ilusos… la Meca de los fanáticos de la riqueza. Aquí viven juntos el dinero, la ilusión, el placer y la muerte.

Luego, mirando al Casino, añadió, mientras subía y bajaba su diestra como si recomendase silencio junto a la cama de un enfermo:

—¡Chist! La bestia duerme en su antro. Hablemos en voz baja para que no se despierte… De todos modos, apenas apunte el día, sacudirá las alas para reanudar su trabajo diario.

Jazmina sonrió, al mismo tiempo que en sus ojos compasivos brillaba la conmiseración. «*¡Pobre Duncan!*»

Aprobaba Espinosa con movimientos de cabeza todo cuanto decía. A los ebrios no hay que contrariarles. Además, adivinaba que iba a hablarles de aquel fantasma de las alas de oro que nunca había querido recordar cuando almorzaba en su palacio.

Duncan, como si leyese en su frente, con una clarividencia de beodo, siguió diciendo:

—Ya sabe usted a quién me refiero. La bestia que duerme ahí es la Quimera. La conozco, la he encontrado muchas veces, pero evitó hablar de ella porque sólo la veo cuando estoy un poco ebrio ¿Qué Puede significar mi embriaguez?… Jamás los grandes videntes de la Historia se hallaron en el estado normal de las gentes vulgares y tranquilas, cuando adivinaban el porvenir. Los profetas amaron el vino, y cuando no, los gases embriagadores salidos de una grieta de la tierra.

Luego siguió describiendo su visión.

—Para ella no existen los días ni las distancias, como para nosotros; puede empequeñecerse hasta ser del tamaño de una persona; otras veces se agiganta y lo llena todo, continentes y mares, acabando por envolver al mundo entero con sus patas. Igual a los monstruos del Apocalipsis o de la mitología, este fantasma se compone de los más diversos elementos; es una mezcla de lo que vuela, de lo que corre, de lo que se arrastra. Yo he visto su cara de mujer. Hermosa, pero a estilo asiático: la nariz corta y ganchuda, los ojos oblicuos, una boca de labios delgados con los extremos hacia arriba, que sonríe diabólicamente, mientras sus mejillas se hunden, formando dos redondeles oscuros. Su cuerpo está cubierto con una coraza de escamas, y cada escama es una moneda de oro grande, del tamaño de un águila de los Estados Unidos. Después de la coraza viene una falda

larguísima, interminable, semejante a la cola de un cometa Parece blanca de lejos, lo mismo que una nube, pero yo la he podido contemplar de cerca. Es toda de pequeños retazos de papel superpuestos, y cada uno es un billete del Banco, todos los billetes de la tierra: de Londres, de Nueva York, de París, de Berlín, de cuantos establecimientos tienen el divino poder de convertir en mágica riqueza un fragmento de papel igual al que empleamos para los uses más viles… Cuando este fantasma necesita volar, saca unas alas que son, por su forma y su tamaño, como la América del Sur, las dos cubiertas de pequeñas plumas de oro, y cada pluma es una moneda.

Se interrumpió Duncan, aconsejado por su lógica de ebrio.

—Ustedes creerán todo esto falto de sentido—continuó—. Ya les he dicho que para esta Quimera no hay tiempo, espacio ni dimensiones. Puede tener las ellas grandes como un continente, y dormir por las noches en los sótanos de este edificio, que es donde yo sé que reposa. También de su caparazón de riquezas, impresas o acuñadas, salen unos tentáculos a modo de patas y con ellos empuja a los humanos hacia un mismo sitio

La voz alcohólica se exaltó, tomando una entonación elevada, como si declamase verses.

—Yo he oído lo que dicen sus alas al moverse. «Suerte… riqueza… Monte-Carlo… ¡Monte-Carlo!» Ojala no las hubiese oído nunca. Esta es la música que resonó ante la proa del barco que hace tantos años me trajo aquí. Algo igual a las sirenas encantadoras que perturbaron al viejo Ulises y a sus compañeros en este mar que tenemos al otro lado del Casino… Y el fantasma de las alas áureas pasa sobre las grandes ciudades y golpea los vidrios de las ventanas para dar a los dormidos ensueños de oro; atraviesa los continentes, vuela sobre los océanos, se posa en las islas, y en su pase hace que las muchedumbres codiciosas vuelvan los ojos de su imaginación hacia un pequeño promontorio del Mediterráneo.

Hizo una pausa y añadió:

—Los ambiciosos, bajo la sombra de sus alas, ven nuevos horizontes; no hay lugar de nuestro globo, por remoto que sea, donde no exista un hombre que haya oído el frú-frú de sus alas y su grito «¡Monte-Carlo!» El minero que suda sangre arrancando las pepitas de oro piensa venir aquí algún día, cuando sea rico. Para el blanco que trabaja en una isla oceánica, rodeado de hombres de otro color, el nombre que repite el fantasma alada simboliza la Europa de placeres que piensa visitar cuando triunfe. Los desesperados distinguen una nueva luz al pasar sobre ellos este monstruo deslumbrante y engañoso. Los que ya han decidido matarse dan nueva espera a su fúnebre resolución, y deciden venir a Monte-Carlo para

hacer el último llamamiento a la Suerte.

Un ruido sordo y creciente fué turbando el silencio de la plaza solitaria, como si el monstruo visto tantas veces por el visionario Duncan saliese de su guarida, arrastrándose por el suelo antes de volar.

Era el automóvil de los marqueses de Atonilco que llegaba, llevando en uno de sus estribos al pequeño *groom* que había ido a buscarlo.

Jazmina y su marido invitaron al pintor a que subiese. Lo llevarían a su casa.

—Muchas gracias—dijo saludando otra vez con exagerada cortesía—. Me quede aquí. Voy a sentarme en un banco de la plaza hasta que apunte la aurora. Quiero ver la salida de la bestia. En unas cuantas horas dará la vuelta a la tierra. Tiene el poder de estar al mismo tiempo en todas partes. Ignora los obstáculos que a nosotros, pobres mortales, nos ligan al suelo como hormigas. Tengo la seguridad de que dentro de pocos minutos voy a ver una vez más al fantasma de las alas de oro.



# Capítulo VI

## Donde el marqués de Atonilco envidia la vida de los insectos y su esposa lo tranquiliza con un juramento.

RECONOCÍA ESPINOSA que en aquel amor ardiente que le inspiraba su mujer había cierta parte de vanidad.

Tal vez se admiraba a sí mismo al cubrir a Jazmina de alhajas costosas, cuyo esplendor hacía que la gente volviese los ojos hacia ella en las salas de juego y en los comedores de hotel.

Esta admiración general la acogía como un aplauso indirecto a su riqueza triunfante. De poco le habría servido llegar a multimillonario en la madurez de su existencia, de no tener a su lado a esta mujer joven, de una elegancia natural, no enseñada, que era la que verdaderamente podía hacer ostentación de su opulencia. Jazmina era a modo de una bandera ondeante sobre la cumbre de su propio triunfo.

La sorprendía con frecuencia regalándole joyas de tan enorme valor, que sólo muy contadas personas podían adquirirlas. Hasta alhajas procedentes de familias reales habían sido compradas por Espinosa para su mujer,

Jazmina se dejaba adornar, protestando débilmente de la exagerada prodigalidad de su espose. Luego pensaba que esto era una compensación de los tristes años de su juventud, cuando iba por las calles de Monte-Carlo sin que se fijasen en ella.

Ahora las mujeres llevaban de memoria una contabilidad exacta de sus piedras preciosas, y apenas ostentaba una nueva, cuya venta habían propuesto a su marido desde París o Londres, esta curiosidad femenil, siempre despierta, se enteraba inmediatamente.

Las más violentas en su envidia la comparaban coa una Virgen española de las que salen en las procesiones con el manto y la túnica cubiertos de joyas. Otras, con un retorcimiento literario en su agresividad, la apodaban «la emperatriz bizantina», recordando a las basilisas de Constantinopla, que se presentaban siempre con sus vestidos orlados y chapeados de gemas valiosas.

Estos apodos y murmuraciones, acogidos impasiblemente por Jazmina, halagaban la vanidad de Espinosa. Con una minuciosidad de antiguo hombre de negocios, llevaba cuenta de todas las joyas célebres que existían en la Costa Azul. Ninguna podía compararse con las de su mujer. El collar de brillantes de cierta *lady*, antigua esposa de un gobernador del Cabo, le había tenido inquieto algún tiempo porque podía equipararse al de Jazmina. Pero a las pocas semanas compró telegráficamente en Londres un diamante célebre, con una historia de tres siglos y del tamaño de una nuez, colocándolo como pendentivo del collar de su esposa, lo que le dio por unas horas la impresión de que acababa de vencer a la poderosa Inglaterra.

Era él quien admiraba más el porte majestuoso de Jazmina, su aire de reina de veinte años. Por muchas magnificencias que acumulase sobre ella, todas las soportaba esta hermosura rubia y dulce, que parecía velar con su suavidad el brillo excesivo de sus Joyas, haciéndolas aceptables.

El antiguo minero se acordaba algunas veces de su primera esposa, por el impulso del contraste. La mejicana había sido la compañera de su vida dura, de sus batallas audaces por conquistar la riqueza. Sentiría siempre por ella una ternura agradecida, igual a la del soldado por la hermana de la Caridad o la cantinera heroica que lo salvó de la muerte. Pero aquella mujer algo varonil, que había vivido lo mismo que los hombres, arrostrando las privaciones del desierto, guisando muchas veces para los peones que trabajaban en la primera mina de su esposo, no habría sabido llevar nunca con ligereza y gracia el peso de su riqueza.

Ante la suposición de que viviese aún ostentando el mismo lujo que su segunda mujer, Espinosa sonreía con lastima. Habría sido una más entre las ricas improvisadas que son objeto de burlas por la torpeza con que llevan el peso de su prosperidad. Y creía la mejor fortuna de su existencia haber encontrado a Jazmina. Hija de unos padres pobres y algo tramposos, parecía poseer la segura distinción que dan varios siglos de inactividad y de lujo.

La joven marquesa de Atonilco hacía tolerable la gran fortuna de su esposo, así como aquel título nobiliario que había provocado muchas sonrisas en el momento de su concesión. Mostraba a veces deseos de rehuir la vida social. En otras ocasiones sentíase atraída por las diversiones, deseando con una ansiedad infantil asistir a todas ellas.

Su marido era más constante en estas ambiciones de continua exhibición. Quería ir a todas partes, sin importarle el motivo de las fiestas. Lo interesante era que viesen a su mujer. «Para algo —pensaba—se compran joyas célebres y se pagan vestidos a los mejores modistos de París. Las cosas bellas se han hecho para lucirlas.»

Además, Jazmina era para él la mujer más hermosa de la Costa Azul, y sentía una vanidad ingenua al verla admirada allá adonde iban. Espinosa se consideraba a modo de un jefe de gobierno que acompaña a su soberana, dos pasos detrás de ella. Jazmina era reina gracias a su primer ministro, que velaba a todas horas por su esplendor. Y espiaba con un orgullo algo pueril las ojeadas admirativas y envidiosas de las señoras, así como el deseo y la avidez en las miradas de los hombres. El hecho de que casi todos parecían desear lo que era suyo aumentaba la propia consideración de su buena suerte.

Era siempre la más buscada en los bailes. Un príncipe de la familia real inglesa, el hijo de uno de los primeros multimillonarios de Nueva York, y otros personajes célebres por diversos conceptos, habían venido a su mesa, en Cannes, en los hoteles de Niza o en Monte-Carlo, para hacerse presentar, solicitando luego un baile con ella.

Hasta el amigo Cereceda, tan buscado por las damas a causa de ser argentino y gozar el alto prestigio de «gran maestro del tango», olvidaba a sus parejas de antes para bailar sólo con Jazmina. Cuando ésta tenía compromiso con otro danzarín, quedábase sentado, lo mismo que el marqués de Atonilco, siguiendo con ojos disimulados las evoluciones de la joven señora y su cambio lento de palabras con su acompañante.

Este placer, que halagaba al principio la vanidad de Espinosa, empezó a entenebrecer su ánimo durante las horas en que su esposa bailaba, y él, inmóvil ante su mesa, esperaba a que volviese, para bailar poco después con otro hombre. Se enteró de pronto el marqués de Atonilco que su situación sólo resultaría triunfante de ser él quien bailase en todas las fiestas con Jazmina.

Sus millones y la juventud de un Cereceda, por ejemplo, representarían la verdadera realización de aquella felicidad que sólo poseía a medias. ¡No ser ya joven!… ¡No poder bailar, no poder jugar al tennis vestido de blanco, ni

dedicarse a otros deportes de aquella juventud desocupada y ansiosa al mismo tiempo de dinero, que era incapaz de hacer lo que él había hecho en sus primeros años!…

El mundo estaba mal arreglado. Si él tuviese el poder necesario para cambiar su curso, a pesar de que era un ignorante, organizaría las cosas mejor. ¡Qué desconcierto en el transcurso de las diversas edades!…

—Nacemos todos—se decía—con la enfermedad del hambre, y necesitamos curarnos de ella dos o tres veces cada veinticuatro horas, gracias a nuestro dinero. La precisión de conquistar la riqueza para ponernos a cubierto de que el hambre nos ataque en el porvenir nos hace trabajar desde que empezamos a ser hombres. Nuestra juventud, el período más hermoso, es precisamente el de las luchas y sufrimientos por asegurarnos el pan para siempre y también los placeres que embellecen la existencia. Es cuando unos estudian y sólo piensan en adquirir una profesión, que luego representa nueva historia de luchas y sufrimientos. Es cuando otros viven humillados en la obscuridad de una oficina o de un taller.

Su propia juventud y la de la inmensa mayoría de los humanos la veían Espinosa como una primavera triste, con las flores deshojadas por la lluvia, bajo un cielo gris cubierto de nubarrones. Y cuando al fin conseguían triunfar—los que triunfaban—, apoderándose de la fugitiva riqueza, encontrábanse con un saco de oro contra el pecho, pero con la cabeza blanca, la cara surcada de arrugas y el interior de su organismo quebrantado a consecuencia de alguna herida recibida en las batallas de la juventud por el dinero.

La vejez con riqueza halagaba el orgullo, daba la vanidad del poder, pero era poca cosa para guardar a su lado al tornadizo Amor, especio de anarquista antiguo como el mundo, que finge someterse a las conveniencias establecidas por los hombres, acepta venderse por dinero, como un esclavo, y de pronto huye, burlándose insolentemente de sus compradores, para correr el mundo con la Pobreza y la Locura en alegre banda de bohemios.

Espinosa consideraba la juventud el mayor de los tesoros, pero todos los hombres se enteraban de esto tarde.

—Nuestra vida esta arreglada ilógicamente—volvía a pensar—. Parece que no sea Dios, sino el diablo, quien dirige su desarrollo, para burlarse de nosotros.

El que lograba conquistar la riqueza decía a los pocos años: «¿Para qué?… Sólo puede servir ya para los otros. He preparado un gran banquete, y durante su preparación perdí los dientes.»

Recordaba Espinosa haber leído, no sabía dónde, el curse de la vida de

muchos insectos. Su suerte era más digna de envidia que la del hombre.

Los insectos alcanzaban la juventud al final de su vida. Eran hermosos y fuertes cuando el hombre caía en la vejez. Durante la juventud tenían la fealdad y la torpeza de la larva. Sólo pensaban en comer, en atesorar fuerzas. Eran groseros, batalladores sin reposo y de tintas sombrías. Su aspecto al nacer y sus inquietudes los comparaba Espinosa con la vida atareada, intranquila y penosa del hombre entre los veinte y los cuarenta años, cuando necesita crearse una posición.

Y estos insectos, al ser viejos, era cuando se convertían en mariposas. Sacaban alas espolvoreadas de colores, vivían del rocío y de la miel de las corolas florales, buscaban a su pareja a través de los chorros de oro que el sol filtraba en el follaje, amaban, no viendo más que la parte esplendorosa de la Naturaleza… Y acababan por morir, hermosas como héroes, en interminable bese, a una edad que equivalía a la nuestra de sesenta a ochenta años, cayendo los cadáveres de la voladera pareja, como dos pétalos desprendidos, al pie de un rosal.

—¡No ser ya joven!—seguía lamentándose Espinosa—. Debíamos ser viejos cuando empezamos nuestra carrera. ¡Qué importa para trabajar la belleza ni las ansias del amor! Más bien son un estorbo… Y al final de nuestro trabajo, cuando el hombre tiene ya asegurada la vida, y la mujer ha conseguido el descanso y el lujo, debería abrirse para unos y otros la juventud, una juventud sin preocupaciones, dedicada en absoluto al amor, y en medio de sus voluptuosidades infinitas que nos llegase la muerte como un rayo.

Esta tristeza por lo que él llamaba ilógica desarmonía de las edades, así como su nostalgia ante una juventud perdida é imposible de renovar, le hicieron cada vez más desconfiado, analizando la conducta de Jazmina, que hasta entonces le había parecido indiscutible.

Nada había visto en los hombres que bailaban con su esposa que pudiera prestarse a sospechas. Aquel Cereceda que tanta fama tenía de mujeriego mostrábase con Jazmina respetuosa hasta la exageración, y hasta algunas veces de una inexplicable timidez.

—Se siente intimidado—pensaba el marido—por la seriedad de ella. Sonríe a todos, pero a través de su sonrisa se nota la gravedad y el equilibrio de su carácter. Hasta creo que ese joven la admira de una manera que puede llamar respetuosa.

Era ella la que más le inquietaba siempre, por sus cambios radicales y

bruscos en la intimidad conyugal.

Durante sus primeros meses de residencia en Monte-Carlo le consultaba siempre con los ojos cuando la invitaban a bailar, aunque estaba segura de su aprobación. Ahora, ruborosa y conmovida, se apresuraba a aceptar sin pedir previamente permiso, sin mirar siquiera a su esposo, cuando se aproximaba Cereceda especialmente.

Notaba también dentro de su casa el cambio que se estaba efectuando en el carácter de su mujer. Mostraba de pronto alegrías vehementes, casi escandalosas, con risas que él no había oído nunca. Poco después casi lloraba con una melancolía de niña caprichosa. Corría de pronto al piano para abrirlo, y empezaba a cantar, acompañando su voz con un tecleo desordenado. Luego galopaba por el jardín, espantando a las bandas de palomas blancas y haciende ladrar a los perros del guardián.

Su marido la espiaba atentamente, fingiendo una profunda serenidad. Una tarde hasta había palmoteado ella de alegría al ver llegar a Marcelo Williams acompañado del «Boyardo».

Ahora era Jazmina la que mostraba más empeño e impaciencia por acudir a los tés, a las comidas, a todos los sitios donde se bailaba. El demonio de la danza parecía tenerla entre sus uñas. Dudaba ante sus trajes mucho tiempo, no sabiendo cual escoger. Iba extremando el acicalamiento de su rostro ante el espejo del tocador, ella que se mostraba poco antes tan segura y orgullosa de su juventud, repeliendo todo lo que pudiera empañar su ingenua frescura. Adivinaba Espinosa que esta mujer tan joven había empezado a despegarse de él, tal vez sin saberlo, por obra de la terrible desigualdad de sus edades.

Un anochecer, a la vuelta de cierto dancing de moda, el marqués se quedó en un pequeño salón donde se reunían los dos en horas de intimidad, mientras ella subía a sus habitaciones para cambiar de vestido.

Quedó Espinosa en un sillón, con el rostro desalentado. Estaba solo y no necesitaba fingir más. Podía entregarse a su tristeza, y esto representaba para él un consuelo semejante al del que respira libremente luego de despojarse de un pesado uniforme.

Toda la tarde la había pasado viendo bailar a su mujer con unos y con otros. Cereceda era uno de tantos. Mas ¿por qué fijarse especialmente en él‘?…

Jazmina, con una inconsciencia de soltera deseosa de novio, aceptaba las invitaciones de todos. Y Espinosa había sufrido el tormento de contemplar cómo pasaba de brazo en brazo esta mujer que era la razón de su existencia, ya que

todo lo veía a través de ella.

Antes le parecía indiferente tal espectáculo. Otros maridos se veían en igual situación. Ahora le resultaba intolerable. ¡Ay, no ser joven!…

Miró instintivamente un gran retrato fotográfico de su mujer colocado sobre una mesa cercana. Se vio a sí mismo reflejado en el cristal, y sobre la juvenil cabeza de Jazmina que servía de fondo contempló sus ojos cansados, la exagerada energía de sus facciones de hombre de trabajo, su barba áspera de conquistador, buena para un paisaje desolado de América, y que en este salón lujoso le parecía ridícula.

Al comparar su lamentable cara de gigante que empezaba a envejecer, con aquella cabeza de veinte años, sonriente, segura de su belleza, que estaba detrás del cristal, se enterneció, sintiendo lástima de sí mismo, y acabó por bajar la frente para ocultar las lágrimas que afluían a sus ojos.

Jazmina entró en el salón, distraída, con paso alegre, luciendo un traje nuevo de noche, recién llegado de París.

Fue a hablar y se detuvo cerca del asiento que ocupaba su esposo. No podía verle: estaba oculto por el respaldo del sillón; pero un espejo situado enfrente lo reflejaba por entero, y la joven quedó sorprendida. A impulsos de su carácter afectuoso, corrió hacia él.

—¿Qué tienes?… ¿Estas enfermo?

Espinosa no contestó, ni hizo el más leve movimiento.

Entonces, ella, como si adivinase algo extraordinario que interesaba a su vida matrimonial, sentóse en un brazo del sillón que ocupaba su esposo y se inclinó sobre él, pretendiendo abrazarle.

El buen gigante no quería verla, y luego de alejarla con sus manos, se llevó éstas a los ojos para disimular sus lágrimas.

Jazmina empezó a pugnar para descubrir su rostro.

—Pero ¿qué te pasa?—preguntó con alarma creciente—. ¿Es que lloras?… Habla, Juan. ¡Por Dios te pido que hables!

Él acabó al fin por hablar angustiosamente, vencido por las súplicas.

—He querido ir contra las leyes de la vida—dijo con voz de sollozo—. El porvenir me aterra. Tú eres joven, demasiado joven, y yo empiezo a ser viejo. ¡Quién sabe si me abandonarás, seducida por otra juventud igual a la tuya!…

Se irguió Jazmina con altivez, separándose algunos pases de su esposo. Parecía ofendida por las últimas palabras. Luego miró compasivamente a Espinosa y volvió hacia él para acariciarle con expresión maternal.

Le secó los ojos con su propio pañuelo, mientras permanecía silenciosa. Transcurrieron unos minutos, y cuando al fin habló, fue para decir con grave simplicidad, como si prestase un juramento:

—Soy una mujer leal; detesto el engaño, la traición, los tapujos… Pero no somos perfectos, y si alguna vez me sintiese próxima a caer, te lo avisaría con rudeza, pediría auxilio para que me salvases… Te lo prometo, Juan. Vive tranquilo.

# PARTE SEGUNDA

# CARNAVAL




## En el que se habla de una catedral del dios Azar, siempre abierta, y Jazmina pide fuerzas a Dios para defenderse de ella misma.

VOLVIÓ la vida a recobrar su ritmo tranquilo en el palacio de las Esfinges.

Espinosa, que tenía gran fe en el carácter rectilíneo de su esposa, se mostró alegre y confiado después de la promesa que ella le había hecho. Ninguno de los dos pareció acordarse más de la penosa escena de aquel anochecer.

El marqués de Atonilco continuó recibiendo en su casa a todos sus amigos, jóvenes y viejos, sin que ninguno lo hiciese sentir desconfianza. Hasta parecía arrepentido y algo avergonzado de los celos que le había inspirado Cereceda.

Jazmina, por su parte, recibía al joven con la afabilidad de una perfecta dueña de casa, conocedora de sus deberes, sin incurrir de nuevo en aquellas alegrías ingenuas que había mostrado semanas antes siempre que se presentaba. Era más parca en sus manifestaciones de amabilidad al recibir a los amigos de su esposo. Procuraba disimular sus sentimientos, como si temiese que alguien la estuviera espiando.

Gustaba Espinosa de tener muchos invitados a su mesa, casi siempre a la hora del almuerzo, para guardar así libres las horas de la noche, pudiendo asistir con su esposa a los numerosos banquetes que se dan en la Costa Azul durante el

invierno.

A la una de la tarde, los más de los días, iban llegando al palacio de las Esfinges unos diez o doce invitados. Muchos eran invernantes que habían hecho amistad con los marqueses de Atonilco en Monte-Carlo o las ciudades inmediatas. También figuraban entre sus invitados los altos funcionarios del principado de Mónaco.

A Espinosa le placía hablar con el jefe de los archivos del príncipe, sintiendo halagado su orgullo nacional al saber por este erudito, artista de la Historia, cómo el emperador Carlos V, rey de España, concedió el título de príncipes de Mónaco a los que sólo habían sido hasta entonces marqueses de Grimaldi, elevándolos a la categoría de aliados suyos, sin más obligación que armar dos galeras para que figurasen en su ilota, casi siempre en guerra con los turcos.

Otro de estos amigos de «carácter oficial», como él decía, era el juez de instrucción, Edmundo Carrel, extremadamente joven para su cargo, muy distinguido en palabras y ademanes, con gran afición a la literatura, y francés de nacimiento, como casi todos los altos funcionarios de Mónaco.

—Se siente uno tentado de cometer un crimen —decía el buen Espinosa—, para tener el gusto de tratar a un juez tan simpático, tan chic, que está al tanto de cuantas novelas y comedías van apareciendo en París.

El llamado príncipe Briansky, por otro nombre «el Boyardo», no dejaba de asistir a uno solo de los almuerzos en el palacio de las Esfinges, cuando estaba libre de otras invitaciones. La hora del café en el gran hall era la preferida por los convidados. Hablaban con entera libertad, envolviéndose en las volutas de humo de los ricos cigarros habanos, acariciando el olfato por el perfume de un café que el dueño de la casa adquiría directamente en América, saboreando los más de ellos la gran diversidad de licores que un criado iba ofreciendo continuamente sobre enorme bandeja de plata repujada.

En el palacio de este minero afortunado todo era de plata: los platos, las soperas, las fuentes, los servicios de té y de café, los cubiertos, jarros, botellas y hasta el pie de las grandes copas. Algunos convidados a quienes las pérdidas del juego empezaban a tener inquietos iban calculando, mientras comían, el resultado monetario que podría dar la fundición de tan numerosas piezas de plata, todas de un grueso y una pesadez suntuosa. Mientras hablaban los hombres, fumando y bebiendo en el gran hall, Jazmina conversaba en un salón inmediato con las señoras invitadas al almuerzo, siempre menores en número a los invitados masculinos. Finalmente, los dos grupos acababan por unir sus conversaciones.

Fuese cual fuese el tema de sus pláticas, éstas terminaban necesariamente tratando del juego y sus episodios, como si la sombra del Casino se prolongase sobre todo Monte-Carlo, llegando cuesta arriba basta la residencia de Espinosa.

Aunque éste era el único de los presentes que se abstenía de jugar, gustaba de que Briansky, el mejor enterado de todos, hablase de los jugadores y sus manías. El ruso era un hábil observador, llevaba muchos años en el país, conocía bien a sus habitantes, y lo veía todo, poseyendo el arte de contar con amenidad.

Un día que no estaba presente Cereceda, se atrevió «el Boyardo» a hacer una alusión a éste y a Duncan.

—Se nace predestinado para el juego—dijo—como se nace predestinado para el amor. Nuestros amigos Duncan y Williams son los dos tipos de esta diversa predestinación. Han venido al mundo, cada uno, para seguir su destino, y no podrán hacer otra cosa.

Briansky, que había perdido su fortuna en Monte- Carlo—afirmando modestamente que no era tan considerable como se imaginaban sus amigos—, se reía del juego, pero su sarcasmo era el del creyente que critica a su dios, mas no duda de que existe, ni tampoco de su grandeza.

El juego, para él, era superior al amor. Los grandes enamorados se cansaban finalmente y tenían que entregarse vencidos, como un buque que arría su bandera. El tiempo se encargaba de fatigarlos. El juego era infinito, como la inmensidad astronómica. Mientras el jugador vivía, jugaba.

Todos los que estaban poseídos por la demoniaca religión del azar se entregaban a ella en cualquier momento, aunque les acechase un peligro, hasta en su más extremada vejez, sin ver a la Muerte que ponía junto a ellos sus codos de hueso sobre la mesa verde.

—Como es una religión—continuó diciendo—, tiene sus fetiches. Yo he visto en el Casino los tipos más extraños, llevando bajo un brazo animal de cartón o de peluche, y hasta algunas veces embalsamados, creyendo que esto iba a darles buena suerte… Los empleados de las mesas tienen, para muchos de ellos, ese poder misterioso de comunicarse con lo desconocido, que las muchedumbres atribuyeron desde los primeros tiempos de la Historia a sus sacerdotes. Son los intermediarios del terrible y amado dios Azar, que se mantiene en el misterio y envía la riqueza o la desgracia por medio de la bolita de marfil o la baraja, manejada por estos hombres vestidos y encorbatados de negro. Cuando la ruina se ensaña en uno de estos fanáticos del juego, no por ese deja de creer en su dios. Atribuye su desgracia a él mismo, por no haber jugado

contrariamente a como lo hizo, y mira con rencor a los sacerdotes de su culto. Cree que el croupier hace trampas para molestar a las buenas gentes que le son antipáticas.

Calló un momento «el Boyardo», como si consultase sus recuerdos, y siguió diciendo:

—Hay que reconocer en el juego la existencia de algo misterioso que se burla de nosotros. Algunas veces no me extraña que el amigo Duncan haya visto esa bestia quimérica de las alas de oro. Una tarde me fijé en la nerviosidad de una pobre señora, ya entrada en años, con aspecto de burguesa de una pequeña ciudad de provincia. Estaba horas y horas perdiendo a la ruleta con una tenacidad conmovedora. Era de las que creen que en el Casino hacen trampas para que no salgan los números predilectos de los jugadores. De pronto gritó con voz llorosa: «Pero ¿cuándo sale el 16?… Llevamos toda una tarde sin que haya salido una sola vez. Es escandaloso. Tiren de una vez el 16.» Los jugadores empezaron a reir, y el jefe de la mesa, un croupier muy serio y secarrón, dijo gravemente al que echaba la bolita: «Tire usted el 16.» Nuevas risas mientras la pequeña esfera seguía su giro circular, y un alarido final de sorpresa cuando al fin cayó. «El 16.» La vieja se abalanzó sobre sus ganancias. Por algo creía que en el Casino hacen trampas. Los incrédulos se miraron, como diciendo: «Hay algo misteriosa en todo esto; algo que no comprenderemos nunca.»

Como si hubiese nacido en Monte-Carlo y la grandeza de su Casino le inspirase un orgullo patriótico, siguió hablando Briansky de la organización interior de este edificio policromo, célebre en todo el mundo.

—La tierra tiene centenares o tal vez miles de casas dedicadas a ese dios misterioso y cruel que adoran muchos porque representa el peligro de la miseria y la desesperación, las aventuras de toda una vida, vividas en pocos minutos, el placer mezclado con el miedo. Pero aquí es donde existe la única Y verdadera catedral de esta religión. Los demás casinos son a modo de iglesias parroquiales. Yo que viajé mucho en otro tiempo y leo diariamente periódicos en diversas lenguas, sé algo de esto. Cuando en la China, por ejemplo, montan una nueva casa de juego, para ensalzar su importancia la llaman «el Monte-Carlo de Asia»; y así en todos los continentes… A veces se cuentan con asombro los millones que se han cruzado durante unas cuantas noches en determinado Casino… ¿Y qué? Esto sólo dura unas semanas. En nuestro Casino el juego continúa todos los días del año, sea éste regular o bisiesto. Ni un solo día tiene cerradas sus puertas. Ocurra lo que ocurra en el mundo, Monte-Carlo no se entera. De las veinticuatro horas sólo se niega a recibir visitas durante ocho, y ese porque las necesita para

la limpieza y ventilación de sus salones, para mantener la salud y equilibrio de sus devotos, para que puedan dormir en camas, pues de no tomar dicha precaución higiénica, los jugadores echarían un sueño en los divanes y se alimentarían comiendo cualquier cosa, sin salir de la sala, como hacen los chinos en las casas donde juegan al fan-tan.

Luego describió los oficios diarios de la que él llamaba catedral.

—De diez de la mañana a dos de la madrugada está abierto el culto. A las horas del almuerzo y la comida clarea un poco la concurrencia, un poco nada más, pues hay quien prefiere estas horas, por creerlas propicias a la suerte. Y hay que ver cómo llegan corriendo las señoras (lo mismo que colegialas cuando suena la hora del recreo) apenas han terminado su comida en el hotel, ganosas de encontrar una buena silla vacía antes de que se presenten las otras jugaderas, sonriendo de un modo seráfico al verse instaladas cómodamente, como en un teatro, para pasar la tarde o la noche.

Como si recordase sus tiempos de jugador, añadió, con voz algo sombría:

—Es un dios que nos desgarra con sus uñas de acero. Yo sé algo de esto. Pero la humanidad siempre ha amado a los dioses que castigan más veces que premian. La atracción del peligro está en nosotros. Nos gusta paladear en pocas horas todas las emociones que necesitarían en una vida tranquila meses y años para que las conociésemos. De los tres pecados importantes de nuestra existencia, el de más larga voluptuosidad es el juego, y después viene el amor. La embriaguez marcha detrás de los dos como humilde escudero que sólo puede avanzar cuando le llaman los otros, en sus momentos de descanso.

Algunas invitadas al almuerzo mencionaban a impulsos de su sensibilidad femenil lo que llamaba Briansky «la leyenda negra de Monte-Carlo».

Él había sonreído muchas veces escuchando a los recién llegados que le preguntaban por el «banco de los suicidas» en el paseo de las Terrazas, y se imaginaban oír de un momento a otro los pistoletazos de los jugadores perdidosos donde fin a su vida.

—Todo invenciones fantásticas —continuó «el Boyardo»—. No negaré que hay gente que se suicida; pero ¿dónde no ocurre lo mismo?… Tal vez son aquí más los suicidas que en otras partes, pero también las defunciones resultan más frecuentes en los sanatorios célebres, a los que acuden enfermos de toda la tierra.

Hizo una pausa para sonreír de sus propias palabras, y añadió:

—La mayoría de los que se suicidan en Monte-Carlo vienen aquí a medio suicidar. Son como los enfermos incurables que viajan guiados por la esperanza,

para morir en un balneario de fama universal. Se veían arruinados en su país, y se dijeron: «Vamos a Monte-Carlo a intentar el último llamamiento de la Suerte, y si no gano, me mato.» De todos modos, su número es menor del que se imagina la gente. Aquí está el amigo Carrel, que por su cargo sabe de esto más que yo.

Y el joven juez sonrió discretamente, sin querer hablar, pero donde a entender que Briansky estaba en lo cierto.

—¡Ay los caprichos de nuestro dios cruel!—siguió diciendo el ruso—. Vivimos en uno de los lugares más hermosos del mundo. En las tardos de primavera, cuando la orquesta del teatro da sus conciertos en el jardín de las Terrazas, ante un mar de color turquesa, he pensado muchas veces que así debió ser la Grecia antigua descrita por los poetas de entonces, y que, dicho sea de paso, nunca ha existido. La atmósfera, clara y vibrante como el cristal, parece repetir los ecos de un enjambre de sirenas que ocultas en los peñascos de la costa tañen sus liras adormecedoras. Por la línea del horizonte pasan veleros y vapores, resbalando majestuosamente, acompañados en su desfile por los acordes de la orquesta. La plaza del Casino es una de las más pintorescas del mundo, con su fondo de montañas color rosa, rápidas en sus declives. Es algo tan dulzonamente hermoso y tan irreal, que sólo puede compararse con una decoración de las que se ven en la Ópera Cómica de París… Pero ¿cómo pueden apreciar la belleza de esta tierra en que vivimos los que ven desaparecer rápidamente su dinero y sólo se preocupan de tener propicio al dios Azar, dedicándole las más supersticiosas oraciones?

A ninguno de estos almuerzos asistía ya la cuñada de Espinosa con su hija y su futuro yerno. Procuraba saludar desde lejos a los marqueses de Atonilco cuando los encontraba en el Casino o en alguna comida de gala en los grandes restoranes.

El marqués se mostraba afable al responder a dichos saludos, pero contento en el fondo de un enfriamiento de relaciones que mantenía la paz en su casa. La viuda siempre decía lo mismo al ver a Jazmina, suprimiendo fulminantemente con su imaginación a Espinosa:

—¡Y pensar que los millones de este tonto acabara agarrándolos su viuda, por ser más joven que él!

Cada día le veía más viejo. Pero esto sólo era una ilusión de doña Eufrosina. Su cuñado se mostraba jovial, satisfecho de la vida, y sus amigos alababan el color rojizo de su rostro, creyéndolo una manifestación de vigorosa salud, cuando en realidad no era más que el atezamiento del sol a causa de las horas

que pasaba en su jardín.

Tan ridículos le parecían ya aquellos celos que le habían inquietado al principio, que ahora era él quien impulsaba a su esposa a que bailase, cuando iban a tomar el té en algún dancing.

—Ya viene el amigo Cereceda—decía—; baila con él. Prefiero a éste, mejor que a otros. Es un mozo mucho más serio que algunos creen.

Y mientras los dos continuaban danzando, él se decía en su interior, con una bondad que llamaba «filosófica»:

—Hay que dar a la juventud lo que es de ella, sin que esto nos inspire malos pensamientos. Los celos resultan infames cuando se posee una mujer tan noble y tan justa en sus propósitos como es la mía.

Hasta rogó a Cereceda que llevase a la práctica cierto deseo artístico enunciado tímidamente mientras almorzaba en su casa. Como un sueño irrealizable, habló el joven de pintar el retrato de la marquesa.

—Pero yo no soy más que un pobre aficionado.

¡Si tuviese el talento de Duncan cuando aún no veía fantasmas!…

El enérgico minero trató este asunto como si fuese una de aquellas exploraciones emprendidas en el desierto durante sus años de pobreza, arrostrando el hambre, la sed y las asechanzas traidoras del mestizo.

—¿Y por qué no se atreve usted?… Hay que echar el cuerpo adelante. El que no es osado nunca llega a ninguna parte.

Fué en un salón de la casa de Espinosa donde empezó Cereceda a trabajar, teniendo delante a Jazmina como modelo. El marido examinaba con una curiosidad industrial los colores, el caballete, la paleta, todo lo que el joven había traído de su casa. Falto de quehaceres, encontraba una diversión en asistir a estas sesiones, siguiendo los avances del pintor, alentando a éste con sus consejos siempre que dudaba de su trabajo.

—¡Si está muy bien!—decía—. Tal vez la culpa es un poco de Jazmina, que no le mira fijamente, como usted pide, y baja los ojos porque se cansa.

Y recomendaba a su esposa que obedeciese a los deseos del pintor.

Para ella era un tormento cruzar su mirada largamente con la del joven. Adivinaba en aquellos ojos algo que no quería comprender.

Cuando hablaba con él, a otras horas, la conversación resultaba tolerable, porque podía seguirla teniendo su mirada distraída. Aquí le era aún más penoso el modo que tenía Cereceda de mirarla, a espaldas de su marido, mientras éste examinaba el retrato de cerca. Sus ojos tenían tal expresión, que Jazmina bajaba

inmediatamente la vista, volviendo la cara a mi lado con repentina vergüenza.

Según se iba mostrando Espinosa más confiado y tranquilo, ella sentía aumentar su inquietud.

Un síntoma alarmante empezó a manifestarse en su vida interior, secreta para todos. La imagen de Marcelo perturbaba su existencia nocturna, siendo el principal personaje de todos sus ensueños. A la mañana siguiente, una parte de ella sentía deseos de verle, a la vez que una segunda mitad de su ser le reprochaba este afecto. Todavía era un afecto inocente y no la haría faltar nunca a su fidelidad, pero de todos modos resultaba peligroso.

Paseaban los dos un atardecer por el jardín del palacio de las Esfinges, seguidos a distancia por Espinosa, Duncan y «el Boyardo».

El pintor inglés había hecho esta visita para satisfacer a su amigo Williams y también al dueño de la casa, deseosos ambos de conocer su opinión sobre el retrato. Duncan lo había elogiado ligeramente, lo bastante para complacer al marqués, que ideaba ya un marco ostentosa con que hacerlo figurar en el gran salón.

Olvidó Duncan todo esto al poco rato y se puse a hablar de un asunto obsesionante para él. Aquella inglesa ceremoniosa que se dignaba servirle, la famosa lady, lo había abandonado el día antes y tenía la preocupación de reemplazarla, no sabiendo si con una mujer o con un hombre.

—Yo creo que un criado será mejor para mí. Está uno harto de las mujeres… ¿No le parece, Briansky?

Los dos jóvenes marchaban cada vez más adelantados. Cereceda apresuraba disimuladamente su paso, mientras los tres hombres se detenían con frecuencia para hablar.

Entró la juvenil pareja en un bosquecillo, y al volver sus ojos Marcelo, viendo desierta la revuelta más inmediata del sendero, tomo una mano de Jazmina, besándola apasionadamente. Luego fué aproximando su rostro, como si pretendiese besarla en la boca, y ella se mantuvo inmóvil unos instantes, aturdida por tal audacia.

Luego lo repelió enérgicamente, aprovechando esta ocasión para decirle por primera vez lo que llevaba tantos días en su pensamiento:

—Es inútil… No conseguirá usted lo que desea. He vivido hasta ahora como una mujer leal, sin complicaciones, sin tener que avergonzarme de ninguna traición, y así quiero seguir.

Dijo esto con tal altivez y tan sinceramente, que Cereceda, a pesar de que

estaba acostumbrado a estas primeras negativas femeninas y creía poco en ellas, mostró un profundo desaliento. Acababa de adivinar una resistencia más firme que todas las que llevaba conocidas hasta entonces.

Ella, como si tuviese lastima de su tristeza, y viendo al mismo tiempo que se aproximaban los que venían siguiendo sus pasos, le dijo:

—Hablemos, como otras veces, de las cosas de su niñez; de cómo vivía allá en la estancia con su hermano mayor, el que usted llama «el Gauche».

Pedía la repetición de un relato que Cereceda le había hecho varias veces. Jazmina, sin saberlo, mostraba el deseo que experimentamos todos por conocer los primeros años de las personas que nos interesa, y seguía con una atención femenil las descripciones de aquella estancia en las soledades del interior de la Argentina, las cabalgadas por las praderas en potros mal domados, entre rebaños de vacas que rumiaban el pasto, inmóviles sobre sus cuatro patas encogidas.

Hasta sonreía la joven con el relato de las manías del padre de Williams. Dejaba la administración de todos sus bienes en manos del hijo mayor, para vivir en Buenos Aires. Allí presidia varios grupos de sinceros creyentes que hablaban con los espíritus por medio de veladores y trípodes, haciendo luego estudios para desentrañar el sentido de estas comunicaciones venidas del otro mundo.

—Ahora parece—dijo Marcelo—que se ha cansado del espiritismo, y abdicando sus diversas presidencias, se dedica a la teosofía como humilde adepto.

También gustaba la joven de recordar a la madre de Cereceda. Éste apenas si conseguía evocar su pálida imagen. Había muerto cuando él tenía cinco años, y la orfandad del joven, criándose por sí mismo en la ruda vida de la estancia, sin otro apoyo que el de su hermano mayor, enternecía a Jazmina. Tal vez por esto mismo procuraba Cereceda hablar con frecuencia de los años tristes de su niñez.

Transcurrieron algunos días sin que Marcelo se atreviese a repetir su audacia del jardín. La joven evitaba el encontrarse a solas con él, y Cereceda sólo podía manifestar su pasión por medio de palabras indirectas. Temía además la indignación con que Jazmina escuchaba sus declaraciones amorosas. Representaban una traición, y ella se ofendía sólo de oirías.

En el fondo de su ánimo esta indignación parecía disolverse lentamente bajo la influencia del agradecimiento.

Sentía gratitud y hasta cierta vanidad al apreciar la nueva existencia de Marcelo. Todos sus amigos extrañaban la vida regular y correcta que llevaba ahora.

Había abandonado sus relaciones con varias mujeres. Algunas de ellas se mostraban desconsoladas, persiguiéndole con sus insistencias. Y todo esto lo hacía por ella… por ella, que no le alentaba con ninguna concesión, ni le había dado la más leve esperanza.

Una tarde, en una de las salas privadas del Casino, mientras Espinosa, de pie junto a una mesa, seguía el desesperado juego de Duncan, hablaron Cereceda y Jazmina sentados en un diván.

Procuraban ambos disimular sus impresiones, como si estuviesen conversando sobre asuntos triviales. Él vigilaba con el rabillo de un ojo a los que iban pasando cerca de los dos: unos indiferentes, otros movidos tal vez por la curiosidad. Ella se mostraba inquieta, y por dos veces indicó con gestos a Marcelo que fuese prudente. Acababa de ver en el fondo del salón a doña Eufrosina con su hija, y también a Orosio, que indudablemente les estaban vigilando.

Poco después el verboso licenciado se acercó, haciéndose el distraído, para oír lo que hablaban; pero tan feroz fue la mirada de Cereceda, que el joven abogadillo se apresuró a alejarse.

—Separémonos—dijo Jazmina con impaciencia—. Esto que hacemos es muy imprudente y resulta inútil. No le oiré nunca, aunque en realidad le amase, porque me repugnan la mentira y la doblez. Si yo tuviese que ser de otro hombre, empezaría por irme con él, lejos, muy lejos, antes que hacer traición a mi marido… ¡Qué asco! ¡Vivir a todas horas al lado de un hombre bueno y estar engañándole!…

Como fiesta extraordinaria dio una comida el marqués de Atonilco, algunas noches después, a un personaje mejicano que estaba de viaje en Europa y le había protegido muchas veces, defendiendo la propiedad de sus explotaciones mineras.

Con el deseo de deslumbrar a tan alto varón, invitó a sus amistados más importantes y a varios funcionarios del principado, para que la fiesta tuviese, como él decía, «cierto carácter oficial».

Al terminar el banquete dejó Cereceda que se marchasen, antes que él, Briansky y el juez Carrel, empeñado en acompañarle.

Vio a través de los cristales del jardín de invierno cómo descendían los numerosos invitados por la escalinata de mármol, subiendo luego a sus automóviles. Las diversas avenidas del jardín estaban profusamente iluminadas.

Cuando ya se habían ido todos entró Cereceda un momento en los salones, y

vio en el fondo de uno de ellos a Espinosa con el personaje al que había dedicado la fiesta, muy interesados ambos por lo que hablaban. Seguramente estaban conversando de asuntos de Méjico. Los salones parecían más grandes bajo los racimos profusos de luz pendientes de los techos. Esta iluminación sólo encontraba en su descenso sillones vacíos.

No viendo a la marquesa, se dirigió tristemente hacia la salida, luego de colocarse el gabán sobre su frac y llevando el sombrero en una mano.

Todavía se detuvo, sin saber por qué, en el jardín de invierno, contiguo a la entrada. De pronto vio venir a Jazmina apresuradamente. Sin duda le había reconocido de lejos, y quería despedirle como dueña de la casa.

Le tendió una mano, y Marcelo, excitado por este contacto y por lo que había bebido durante el banquete, fue atrayendo lentamente a la joven hacia él.

Estaban apoyados en una enorme tinaja de porcelana que sostenía una palmera. El curvo surtidor de sus hojas dejaba en la sombra la parte alta de sus cuerpos, iluminándolos únicamente de cintura abajo.

Al verse atraída hacia él, Jazmina quiso resistirse, como la otra vez, pero la magia de la noche, los perfumes de este jardín cerrado, la penumbra tentadora del árbol que tenían sobre sus cabezas, parecieron cortar su acción.

Él la besó con un larguísimo bese, y ella, estremecida, se mantuvo con los labios apretados, pero falta de voluntad para hacer un esfuerzo que la librase.

Al fin se separaron, sin saber cómo. Jazmina bajó la cabeza avergonzada, con una expresión de remordimiento, y corrió al interior del palacio mientras Cereceda la saludaba desde lejos, feliz por este triunfo.

Como si huyese de sí misma, atravesó todo el edificio, saliendo al jardín por la escalinata de atrás.

Vagó por avenidas y senderos que no estaban iluminados como el jardín situado frente a la casa. Necesitaba la sombra y la soledad, como si temiera verse a sí misma. Se llevó su pañuelito a los labios, restregándolos vigorosamente, como si pretendiese borrar una mancha, mientras en su interior, una mitad de su propio ser parecía lamentarse de este acto, considerándolo semejante a un sacrilegio.

Al retornar media hora después al interior de la casa, encontró a Espinosa sentado en aquel mismo salón donde le había visto un atardecer derramando lágrimas.

Creyó que no había transcurrido el tiempo, que acababa de sonar su propia voz prometiendo al esposo que le avisaría cuando se viese en peligro. Pero

Espinosa se mostraba ahora alegre, seguro de sí mismo, con una vanidad gloriosamente pueril por el éxito de su fiesta.

—¡Qué banquete!—dijo—. ¡Qué bien has sabido arreglarlo todo!… Parece imposible que tengas un talento tan natural… tan distinguido, para preparar estas fiestas. Nuestro amigo se marcha deslumbrado.

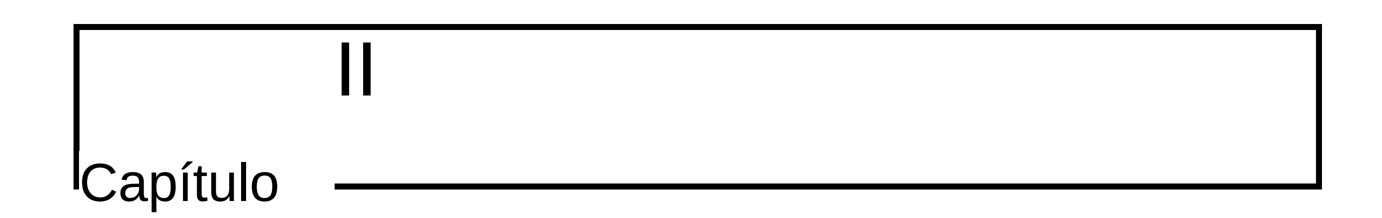
No supo Jazmina qué decir, limitándose a aprobar todas las palabras de su esposo con leves movimientos de cabeza.

Espinosa tenía en sus manos un viejo periódico que parecía interesarle mucho. Se lo había dado su amigo, el personaje de Méjico, y debía referirse a cosas importantes ocurridas allá. Tal era su interés, que siguió leyendo, mientras Jazmina, de pie detrás de él, le contemplaba fijamente.

—Ha llegado el momento de pedir auxilio—pensaba—, Debo decirle la verdad. Lo he prometido.

Luego hizo un gesto de desaliento.

—¿Para qué despertarle?—siguió pensando — ¿para qué turbar su noble confianza? Una mujer honrada no necesita auxilio, ¡Dios mío, dame fuerzas para defenderme… tal vez de mí misma!



# Capítulo II

## Lo que empezó a suceder en Monte-Carlo una noche de Carnaval

CERECEDA se dedicó de pronto al juego fervorosamente.

Buscaba a Duncan como un discípulo ansioso de aprender, y en las altas horas de la noche, cuando ya estaban cerradas las salas del Casino, hacía que el viejo pintor le acompañase hasta el primer piso de la casa de las Adelfas, continuando ambos su conversación sobre los episodios y caprichos del azar.

—Yo le creía nacido para el amor nada más, Williams — decía Duncan—, pero veo ahora que también para el juego. Bien considerado, todas las avenidas de nuestra existencia acaban por dar en el inmenso reino del azar. Es la última y más duradera de las voluptuosidades.

El pintor continuaba mostrándose triste por la fuga de su lady. La dedicaba insultos como si estuviese presente, pero le era difícil reemplazarla. Los pocos que se ofrecían a servirle, hombres o mujeres, le resultaban de un trato aburrida, sin personalidad atractiva, comparados con aquella dama cruel y discutidora, cuya dureza parecía hacerle falta.

—Conocerá usted ahora—dijo al joven—emociones de las que no tuvo antes la menor idea. ¡Qué valen las mujeres, todas iguales en sus halagos y sus malicias, comparadas con las emociones del juego, variadas hasta el infinito!…

No tardaron los jugadores, especialmente las mujeres, en darse cuenta de esta nueva pasión de Cereceda. Le veían en el Casino, desde las primeras horas de la

tarde hasta las dos de la madrugada, junto a una ruleta, arriesgando audazmente su dinero. Algunas, desdeñadas por él, que aún tenían la esperanza de atraerlo, confiando en su carácter cambiadizo, seguían con pasión sus arrogancias de jugador.

Deseaba ser rico lo antes posible. Su padre vivía aún, y su hermano mayor sólo podía enviarle algunas cantidades sustraídas de la administración de la estancia para que aumentasen la mensualidad paternal. Vivía cómodamente, con cierta largueza, gracias a las desigualdades del cambio, que aumentaba considerablemente su pensión en peses argentinos al convertirla en francos. Cuando heredase a su padre no podría considerarse rico, si se comparaba con los multimillonarios que venían a invernar en la Costa Azul, aunque de todos modos esta herencia bastaría para que pudiese llevar una vida amplia, sin preocupaciones monetarias.

Pero Marcelo no pensaba nunca en la muerte de aquel padre taciturno que seguía hablando como los *gringos* de la América del Sur, en un español defectuoso, haciendo sonreír a los que les escuchaban, y preocupado a todas horas en conversar con espíritus corteses venidos del otro mundo para obedecer sus llamamientos. Cereceda quería ser rico por sí mismo e inmediatamente. Y con la candidez de los enamorados y los fanáticos del juego, creyó posible conseguir esto en pocos días, sin salir del Casino de Monte-Carlo.

Un portugués llamaba en aquel momento la atención de todos por sus audacias de jugador. Manejaba en paquetes los billetes de mil francos. Por las mañanas, los que se habían acostado temprano hacían siempre la misma pregunta a los noctámbulos en la plaza del Casino: «*¿Cuánto ganó anoche el portugués?*»

Eran sumas que hacían estremecer de codicia a los oyentes. Algunas veces llegaban a millones.

—Yo haré lo mismo que ese hombre—se dijo Cereceda con una fe de neófito.

Y durante los primeros días esta fe pareció seducir a la Suerte, ganando el joven con una constancia asombrosa.

Luego de aquel portugués de quien hablaban todos, era Cereceda el jugador más célebre del Casino. Un ambiente de gloria parecía envolverle. Muchos que no se habían fijado en él cuando era famoso como mujeriego afortunada, buscaban ahora su conversación o le pedían un dato sobre el juego para entablar relaciones.

Algunas mujeres, casi todas maduras o viejas, seguían sus combinaciones con un fervor de discípulas, admirándolo más sinceramente que las otras hembras que le habían buscado como hombre.

Todas las noches, al retirarse del Casino con ganancias considerables, se decía lo mismo, interiormente:

—Hay alguien, tal vez, que ruega a la Suerte para que me ayude. Si esto sigue, pronto seré rico, y entonces…

Deseaba la riqueza a impulsos de una convicción que habían creado en él los cambios de actitud de Jazmina, sus simpatías mal encubiertas, seguidas finalmente por una gravedad casi agresiva y un firme propósito de negarse a todas sus pretensiones.

Pensó Cereceda que todo esto obedecía a un miedo de la joven marquesa a cambiar bruscamente de vida. Varias veces le había dicho que ella no podía conformarse con la vileza del adulterio disimulado. Su amor sólo aceptaba situaciones francas, aunque fuesen violentas. De querer a un hombre hasta el punto de faltar a sus deberes, empezaría por huir con él, sin haberse entregado antes.

—Huir conmigo—se decía el joven—representa para ella el abandono de la riqueza, la renuncia a sus joyas, a su vida ostentosa. Yo debo compensar tan enorme sacrificio, darle por mi parto lo que perdería… Necesito ser rico.

Y con la credulidad de Duncan en sus horas de jugador optimista, se imaginó que iba a conseguirlo gracias al juego.

Mostraba la fe egoísta del fanático, seguro de que su dios debe escucharle, reconociéndolo superior a los otros creyentes. Ya que necesitaba dinero, le parecía lógico que aquel fantasma de las alas de oro visto por su amigo Duncan se lo proporcionase.

Llevaba dos semanas sin encontrar a Jazmina, sintiendo tristeza por tal ausencia y al mismo tiempo una ligera satisfacción, ya que esto le permitía dedicarse completamente a sus complicados estudios de jugador.

Al día siguiente de aquel banquete en el palacio de las Esfinges, había vuelto con pretexto de retocar el retrato de ella.

Trabajó solo, sin ver más que al dueño de la casa, y aun este parecía preocupado, dejándolo inmediatamente para escribir, según dijo, varias cartas importantísimas. La marquesa andaba por los pisos superiores, sin querer bajar, rehuyendo el encuentro con Cereceda.

Después de su avance triunfal en la noche anterior, vióse repelido de nuevo,

y tuvo la certeza de que transcurriría mucho tiempo antes que pudiese reanudar su asedio amoroso.

Dejó pasar varios días, para que Jazmina olvidase un tanto su indignación por aquel beso con que la había sorprendido en el jardín de invierno. Después de componer en su memoria varias excusas para justificar dicha audacia y pedir perdón por ella, se dirigió una tarde al palacio de las Esfinges.

Él, que había entrado siempre con la familiaridad de un amigo, no pude pasar de la verja. Esenció de labios del portero una noticia inesperada:

—El señor marqués se fue ayer a Londres. Tiene allá negocios urgentes. Un viaje repentino… La señora marquesa no quiere recibir a nadie durante su ausencia. Es orden para todos, sin excepción. Aquel mismo día «el Boyardo» le habló en el Casino de esto mismo. También él había encontrado cerrada la puerta de los marqueses de Atonilco.

—Debe ser un negocio gordo—dijo Briansky— digno de nuestro amigo. Parece que ese personaje mejicano con el que comimos, y que vive en Nueva York, no sé si desterrado o por gusto, hizo el viaje para proponerle la venta de una de sus minas de plata. Una compañía inglesa va a dar muchos millones por ella. El negocio debe hacerse en Londres.

Y como el ruso lo sabía todo, o cuando no lo adivinaba, dijo poco después, con tono confidencial:

—Yo creo que nuestro amigo tiene mucha prisa en vender esa mina o en ponerla bajo la protección de los ingleses. Lo de Méjico es inseguro, y se la pueden quitar los gobiernos que se suceden allá frecuentemente. Por eso ha emprendido el viaje con tanta rapidez, así que le avisó su amigo desde Londres.

No se engañaba «el Boyardo». Apenas recibió Espinosa el telegrama anunciador de que la venta estaba hecha y los compradores sólo esperaban su presencia, llamó apresuradamente a Jazmina, hablándola con un tono de excusa, después de exponer los hechos:

—Es una ausencia de ocho días nada más; tal vez no sea tantos. Pensé llevarte conmigo, pero te aburrirías mucho allá, sola todo el día en un hotel, pues el negocio exige largas reuniones con los compradores. Además, estamos en invierno: el frío de Londres, la niebla… Y todo esto para volvernos a Monte-Carlo unos días después. Debes quedarte. Ya no eres una niña; eres una mujer, una señora de su casa, y conviene que te acostumbres a bastarte a ti misma, a vivir sin protección durante unos días. Procura distraerte. Haz lo mismo que cuando estoy a tu lado.

Jazmina, al verse sola y en posesión absoluta de su libertad, tuvo cierto miedo. Lo mejor era no ver a nadie, y empezó por dar orden a los criados para que cerrasen la puerta a toda visita.

No quería pensar en Marcelo, y sin embargo fue éste quien la impulsó a dicho aislamiento.

El recuerdo de aquella escena rápida al pie de la palmera del invernáculo, cuando fue besada hallándose su marido en un salón próximo, le hacía considerar a Cereceda como un hombre inquietante, al margen de las conveniencias y respetos establecidos por la vida social, y del que podían esperarse las mayores osadías. Estando aún su esposo en la casa se había negado a verle. Con mayor motivo debía evitar ahora un encuentro con él.

—No me vera… No iré al Casino… No saldré de mi casa—se dijo varias mañanas al levantarse de la cama.

Y pasaba el resto del día leyendo, paseando por su jardín, escribiendo cartas.

Pronto se sintió asaltada por el tedio de esta vida solitaria y monótona, y una mañana se preguntó con nerviosa agresividad:

—¿Por qué no he de ir al Casino, como todo el mundo?… ¿Por qué vivo encerrada como una monja? No tengo por qué temer a ese pretencioso, satisfecho de sus conquistas amorosas, y que se imagina a todas las mujeres iguales. No voy a privarme por él de distraerme un poco.

Y en la misma tarde fue al Casino, vestida discretamente, acogiendo con alegría los saludos de muchas amigas suyas. Todas celebraban verla después de su corta ausencia, como si ésta hubiese durado meses.

Acogió con frialdad la presencia de Cereceda, que había abandonado el juego al enterarse de su llegada. Se dejó besar la mano por él, sin ningún estremecimiento de emoción. Le miró de frente con tranquila frialdad. Sus ojos parecían retarle, considerándole sin medios para turbar su calma.

Él se lamentó, con una mansedumbre casi infantil, de que Jazmina hubiese rehuido el verle durante tantos días. Contó cómo la tristeza había venido siguiendo sus pasos desde que el portero le dijo en la entrada de la verja que la marquesa de Atonilco no le recibiría nunca mientras el marqués estuviese ausente.

“Así lo ordené—dijo Jazmina—. No venga a casa mientras mi marido no vuelva. Es más conveniente.

Quedó Marcelo mirándola en silencio largo rato, y dijo con repentina audacia:

—¿Y si usted viniese a mi casa?… Me ha dicho tantas veces que le gustaría ver mis libros, mis cuadros, mis recuerdos de viaje…

Esta osada proposición desconcertó a la joven: tan inaudita le parecía. Luego se repuse, y sonrió burlonamente:

—No espere eso. Cereceda. No soy tan tonta como usted se imagina. Esa visita propóngala a otra que la desee.

Mientras hablaban, un hombrecillo pasó varias veces cerca de ellos con el propósito de escuchar algunas de sus palabras.

Jazmina le reconoció, aunque procuraba mostrarse siempre de espaldas. Era Raúl Orosio. Las parientas de Espinosa debían andar cerca.

Cereceda, al darse cuenta de esta inquietud de la joven, se fijó en el abogadillo, reconociéndole inmediatamente, y fue tal la mirada amenazante con que lo fue siguiendo en sus evoluciones, que al fin se abstuvo de volver hacia ellos, continuando su vigilancia desde un extremo del salón.

Siguió hablando Marcelo, pero esforzándose para que no se notase la vehemencia de sus requerimientos, dichos en voz baja. Procuró mantener en su rostro una sonrisa de indiferencia cortés mientras iba formulando sus deseos ardorosos, sus esperanzas de enamorado. Ella sonreía también, pero irónicamente, para demostrar al joven la inutilidad de sus palabras, y al mismo tiempo sentía en sus piernas un estremecimiento que le hacía vacilar.

Quería huir de esta conversación perturbadora, y sin embargo continuaba inmóvil, halagada su vanidad femenil por estas palabras apasionadas que hacían flaquear su voluntad. Mientras se mostraba desdeñosa exteriormente, su alma parecía repetir aquella petición a Dios, en la noche que recibió el primer beso de Cereceda, para que la defendiese de ella misma.

No pudiendo resistir más tiempo esta situación violenta, dio un pretexto para marcharse, y Marcelo quise acompañarla hasta la salida del Casino.

Desde lo alto de la escalinata siguió con sus ojos el automóvil de Jazmina hasta perderlo de vista. Luego se sintió sin voluntad para seguir jugando. Necesitaba pasear solo por los jardines, saborear mentalmente lo que ella había dicho, y más aún su silencio, en el que creía adivinar vacilaciones y ablandamientos precursores de su victoria.

Cuando después de haber tomado su gabán y su sombrero empezaba a bajar la escalinata, un hombre de pequeña estatura pasó junto a él con rapidez paso. Era Raúl Orosio.

Vio cómo se alejaba en dirección a la parte alta de Monte-Carlo, donde

estaba el palacio de las Esfinges. Tal vez el licenciado no pensaba en aquel momento en la marquesa de Atonilco, pero como Marcelo concentraba todos los episodios de la vida universal en la persona de Jazmina, se imaginó inmódicamente que Orosio iba hacia allá para continuar su espionaje. Sintió ira también al recordar la insistencia con que aquella tarde había rondado cerca de los dos para escuchar sus palabras.

—Necesito darle una lección—se dijo sonriendo agresivamente.

Siguió al intrigantillo, apresurando el paso al ver que entraba en uno de los jardines en pendiente, al extremo de la plaza. Así llegaron a un lugar donde la arboleda dejaba invisibles el Casino y las gentes agrupadas ante su fachada.

Marcelo casi corrió para llegar a ponerse al mismo nivel del otro, y sin decir palabra, agarrándolo de una solapa, empezó a zarandearlo con violencia, acabando por empujarle sobre un banco cercano.

El futuro yerno de doña Eufrosina, que era débil de cuerpo y pronto a sentir los efectos del miedo, quedó abierto de brazos sobre el respalde enervo y verde del banco.

—Esto es una advertencia—dijo Cereceda—para que no vuelva usted a escuchar lo que no le importa. Si insiste en su curiosidad, será algo más.

Pasados unos instantes, Parecía Orosio se incorporó al verse solo. Todavía alcanzaron sus ojos a distinguir a su enemigo, poco antes de que desapareciese entre dos grupos de árboles. La cólera le hizo hablar en voz alta.

—Yo te devolveré esto—dijo—. Presiento que no tardara en presentarse la ocasión.

Una semana después empezaron las fiestas de Carnaval: la gran época de la Costa Azul. Desfilaron cortejos de máscaras por las calles de Niza, Monte-Carlo, Cannes y Mentón. Carros con figuras gigantescas fueron avanzando lentamente entre las enmascaradas muchedumbres, envueltos en nubes de papelillos de colores.

Al sonar las músicas todos se creían en la obligación de bailar, agitándose las masas humanas como las rondas de poseídos por el diablo en otras edades. Cantaban las gentes la caución de Carnaval, inventada cada año, música fugaz que era olvidada al terminar las fiestas. Por las noches se sucedían los bailes de gala, unos ceremoniosos y solemnes, otros con disfraces que facilitaban la intriga y la aventura. Estos últimos eran designados por el color obligatorio de los disfraces: bailes blancos, bailes oro, bailes rosa.

Los jugadores mostrábanse poco sensibles a la diversión general. Las salas

privadas del Casino conservaban su público de siempre. En el Sporting Club seguían brillando trajes de *soirée* y riquísimas joyas bajo las grandes lámparas eléctricas.

La llegada de esta alegría carnavalesca coincidió con una derrota general de las gentes que luchaban con la Suerte. Aquel dios incomprensible que tenía por emisario al fantasma de las alas de oro clavó de pronto sus uñas de diamante precisamente en los mismos jugadores que habían visto fijos en ellos hasta entonces sus ojos verdes y misteriosos con expresión protectora.

El portugués admirado por Cereceda perdió todo cuanto tenía en dos noches. Los directores del Casino tuvieron que prestarle dinero para que se marchase con su familia. Marcelo, infortunado mariscal de esto emperador caído, se vio igualmente arruinado.

Quería ser rico, empezaba a sentir el mismo fanatismo de su amigo Duncan, y tuvo la convicción de que si encontraba inmediatamente algún dinero podría obtener enormes ganancias.

—He jugado mal—decía, como todos los jugadores—. Ahora veo mi error… Pero sé cómo remediarlo, y si contase hoy mismo con treinta mil francos para arriesgarlos en pocos golpes…

Como en la vida de los jugadores se continúan los hechos de una manera brusca, sin lentos matices de transformación, abundando las situaciones inesperadas y casuales, semejantes a los llamados «golpes de teatro», ocurrió que, al mismo tiempo que Cereceda se lamentaba de su pobreza, Duncan empezó a hablar a todos como si fuese rico.

Era la segunda noche de Carnaval y había un gran baile de máscaras en el teatro del Casino. Muchas señoras con disfraces elegantes se detenían en el atrio antes de entrar en el baile.

Cereceda, aunque no tenía dinero para jugar, se había vestido de frac para entrar en el teatro. Un obscuro presentimiento le hacía pensar en la posibilidad de que el misterio del antifaz le reservase esta noche una sorpresa.

Algunos conocidos suyos volvieron a hablarle en el atrio del Casino del dinero de Duncan. Era el suceso del día para aquellas gentes, que sólo se preocupaban de la riqueza.

Marcelo vio pasar a su amigo el pintor en traje de calle, contrastando su aspecto con el de todos los demás, que llevaban disfraces brillantes o iban vestidos de etiqueta.

Al hablar con él notó inmediatamente que estaba ebrio, pero como nunca le

había visto hasta entonces, esparciendo en torno a su persona un olor de whisky fermentado en su estómago de beodo incorregible.

Él mismo habló de su inesperada fortuna, sin que el otro le preguntase.

—Soy rico, Williams, y estoy más triste que nunca—dijo—. No encuentro quien sustituya a mi lady. Me encuentro solo, abandonado como un perro. Tú que vives unos cuantos palmos sobre mi cabeza no te acuerdas de tu pobre vecino Duncan.

Le tuteaba, como en todas sus horas de embriaguez.

—Soy rico—siguió diciendo—, pero no por el juego. Nadie se hace rico aquí. Te lo digo yo a la hora de la verdad. Ese no ha impedido que cobrase esta mañana mil libras. Un amigo de Australia, que me imaginaba muerto hace muchos años, me ha escrito enviándomelas. Un préstamo que le hice cuando yo era yo, y que ya había olvidado.

Sacó de un bolsillo de su pantalón un fajo de billetes de Banco; luego otro mayor aún, enseñándolos con displicencia.

—Me he dado el gusto de cambiar las mil libras en billetes franceses. ¡Cuánto papel!… ¡Y pensar que todo lo tragara filialmente la gran bestia que he visto tantas veces!… ¡Pasto dorado para el pesebre de la Quimera voladera!

Como accionaba con un paquete enorme de billetes en cada mano, las máscaras, al pasar junto a él, mostrábanse admiradas, deteniéndose.

Algunas más bullangueras y descocadas en sus gestos intentaron agarrarle los billetes, dando chillidos, y él siguió la broma poniendo ambas manos en alto y corriendo seguido por el alegre grupo.

Cereceda lo perdió de vista en esta regocijada persecución. No había tenido tiempo para hablarle, y fue en su busca hasta la puerta del Casino. Allí, los empleados, que conocían tantos años a Duncan, le dijeron que éste acababa de salir con dirección a las Terrazas.

Marcelo lo encontró poco después sin sombrero y sin abrigo, insensible a la frescura de la noche, haciendo esfuerzos para mantenerse bien derecho y no perder su dignidad de ebrio solemne.

Al reconocer a Cereceda estrechó su diestra efusivamente, como si no le hubiese visto momentos antes.

La noche era de luna y en el mar brillaba una ancha faja luminosa. Duncan la contempló, y dijo de pronto señalando el horizonte:

—Ya vuelve a su guarida el fantasma de las alas de oro, después de volar sobre la tierra entera. Le veo, pero tú no puedes verle… ¡aún esta muy lejos!

Empiezo a distinguir loa primeros centelleos de su brillante caparazón.

El joven sólo veía el puerto de Monte-Carlo con sus yates anclados y el promontorio en cuyo lomo se alza la vieja ciudad de Mónaco.

Duncan, insistiendo en su visión continuó:

—Ya veo su cara. Me parece diferente a la de otras veces. Se le ha caído su máscara de diosa asiática y tiene rostro de calavera… Williams, amigo mío, alguien va a morir esta noche.

Cereceda, sumido en sus preocupaciones, no prestaba atención a estos delirios.

—Duncan, mi querido Duncan—suplicó—, no tengo dinero y presiento que la Suerte me espera propicia esta noche, que tal vez va a ser la mejor de mi vida. ¿Puede usted darme una parte de sus libras?

El ebrio hizo esfuerzos para entenderle, dominado completamente por su visión, y acabó por hacer un signo afirmativo.

—Bien; luego te daré lo que pides. La Suerte es una señorita bien educada y esperara media hora más… Me siento atraído por el mar. Bajemos a la costa. Desde las rocas veremos mejor cómo llega la bestia de su viaje diario. Quiero convencerme de que tiene hoy cara de muerto… Puede ser una careta. Acaso para la Quimera existe también el Carnaval.

Insistió el joven con nerviosa impaciencia.

—Tengo prisa, Duncan. Quiero jugar y quiero ir al baile. Me siento llamado por dos felicidades: el juego y el amor. Una hora bastara tal vez para ganar una fortuna. Sólo necesito que me dé usted cien libras.

Duncan, como si no le oyese, había empezado a descender por el camino que baja al puerto. Cereceda le detuvo tirándole de un brazo, insistiendo con vehemencia en sus súplicas.

—Tómalas todas —dijo al fui Duncan sacando de los bolsillos de su pantalón loa fajos de billetes y entregándooslos—. No sé si están las mil libras completas. Creo que he dado algo… No recuerdo.

Esta duda fue corta, y añadió despectivamente:

—Tú eres un iluso que aún hablas del juego y del amor. Toma, infeliz criatura, y corre a darle tu pienso a la Quimera. Yo prefiero salir a su encuentro con las manos vacías, como un héroe que desafía su poder y va a vencerla para siempre.

Viendo cómo se alejaba hacia el puerto, dudó el joven un momento, deseando seguirle. Presentía algo siniestro en esta embriaguez de Duncan, más

grande que todas las otras que él había conocido.

Luego su prisa de jugar le incitó a guardarse los fajos de billetes, dirigiéndose con rapidez hacia el Casino.

Sin razón alguna se fijó en una máscara, un *pierrot* de color rosa que bajaba apresuradamente a las Terrazas como si quisiera huir de él. También sin causa justificada pensó que el pierrot tenía el mismo aire del abogadillo Orosio. Tal vez le había venido siguiendo y acababa de presenciar de lejos su entrevista con Duncan. Pero ¡qué podía importarle la curiosidad de este vivaracho maligno!

Al llegar a la escalinata del Casino, se cruzó con una máscara que vestía un dominó negro. La mirada de sus ojos a través de los agujeros del antifaz le hizo detenerse.

Creyó reconocerla, pero consideraba al mismo tiempo tan absurda su propia suposición, que dudó inmediatamente de ella.

La voz de la máscara, aunque algo desfigurada por un tono de falsete, afirmó el primer avise de su instinto.

—Hace ya varios días que no nos vemos—dijo—. ¿Huye usted de mí?

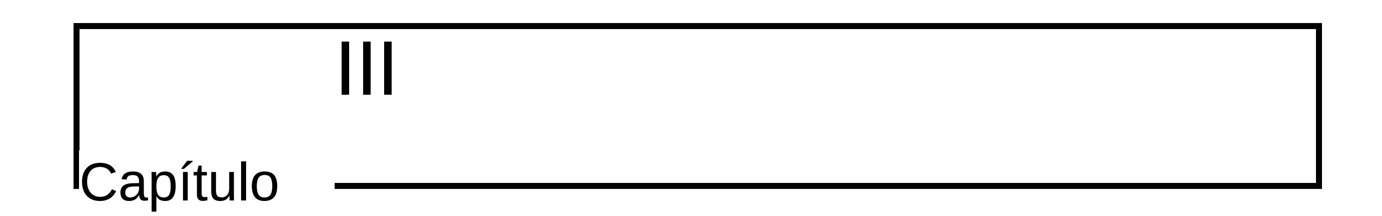
Cereceda contestó con mal humor, a pesar de la gran alegría que acababa de darle este encuentro inesperado.

—Es mejor no vernos; así vivo más tranquilo. ¿Para qué hacerme sufrir?

Como estaban en mitad de la escalinata, sintiéronse empujados por los grupos que entraban y salían. Además, alguien podía oírles, aunque hablaban en voz baja.

Y la máscara del dominó negro agarrándose a un brazo del joven, dijo con súbita resolución:

—Vámonos de aquí.




## Donde continúa el relato de lo que sucedió en una noche de Carnaval

TODOS los días licitaba al palacio de las Esfinges una carta de Londres, en la cual Espinosa iba excusando humildemente el retardo de su vuelta.

Los compradores de la mina, como si adivinasen la prisa que tenía en regresar a su casa, iban poniendo obstáculos y demoras a la realización del negocio, en espera de que, impacientándose al fin, rebajase sus pretensiones para terminar cuanto antes. Y el marido de Jazmina sufría entre sus conveniencias de hombre de negocios, que le aconsejaban no tener prisa, y sus afectos, que le hacían pensar diariamente en la vuelta a Monte-Carlo.

A la terminación de cada carta decía siempre lo mismo: «*Creo que pronto estaré ahí. No vivas encerrada ni aburrida. Diviértete. Ve al Sporting Club; busca a tus amigas en las salas privadas del Casino. Haz lo mismo que si yo estuviese a tu lado.*»

Jazmina no pensaba aprovechar estas libertades que le concedía su marido. Se temía a sí misma, recordando la profunda impresión que habían dejado en ella las varias conversaciones sostenidas con Marcelo al encontrarlo en las salas del Casino.

Era preferible para su tranquilidad no salir de casa. Y esto parecía excitar su sensibilidad, haciéndole pensar a todas horas en aquel hombre que ocupaba por entero sus recuerdos.

—Es mejor ver gente—se dijo al fin—, distraerse hablando, aunque sea de cosas poco importantes.

Y viajó por la Costa Azul, cuanto más lejos mejor, visitando a ciertas familias amigas que nunca le habían interesado.

Jamás la marquesa de Atonilco se mostró tan escrupulosa en devolver visitas. Huía de Monte-Carlo, pasando las tardes en Niza o en Cannes. Para su disimulada nerviosidad eran un lenitivo las murmuraciones sobre la vida en la Costa Azul, tema obligado de todos los diálogos a la hora del té. Otras tardes, su melancolía la impulsaba hacia Mentón, y abandonando su automóvil daba largos paseos a pie por la orilla del mar, desde el Cap Martin a la frontera italiana, sentándose algunas veces bajo los pinos encorvados sobre el agua azul.

Al llegar el Carnaval tuvo que suspender estos paseos, que remediaban en parte su obsesión, y se irritó contra la fiesta vulgar y ruidosa, que representaba para ella un estorbo inesperado.

El primer día de máscaras no quise salir de casa. Marietta, su doncella de confianza, una italiana joven, pizpireta, excesivamente alegre, le pidió permiso para pasar fuera de casa la mayor parte de la noche. Iba a un baile con otras domésticas de la marquesa y uno de sus criados.

La aburrida Jazmina se complació en escuchar los relatos de su doncella y hasta hizo que le enseñase su disfraz.

Aquella noche, sola en su cama, pensó con cierta envidia en la alegría de Marietta. Tal vez, a pesar de su pobreza, conocía los encantos de la vida mejor que su señora.

Acabó por dormirse a altas horas de la madrugada sin oír ningún ruido indicador de que sus gentes habían vuelto del baile. Quizás entrarían bajo la luz rosada de la aurora, agotada y contenta a la vez de sus locuras nocturnas… Y vio perturbado su sueño por visiones cuyo recuerdo la hicieron ruborizarse al día siguiente, figurando siempre en ellas la imagen de Cereceda.

Su curiosidad la impulsó a preguntar a Marietta sus aventuras de la noche anterior. La joven, en vez de hablar de ella misma, empezó a lamentarse de la existencia excesivamente austera que llevaba la marquesa. Debía divertirse como las demás… ¿Qué pecado había en ello?

—El señor marqués escribe a la señora que se distraiga, que vaya al Casino con sus amigas, que viva lo mismo que cuando él está aquí… Si yo fuese la señora marquesa, iría esta noche al baile del Casino, que dicen va a ser muy hermoso. Todos en Monte-Carlo hablan de él.

Hizo Marietta una larga pausa, espiando el efecto que tal insinuación cansaba en su señora, y para facilitar su confianza, añadió:

—¡Qué felicidad si yo pudiese ver un baile así, disfrazada para que no se enterasen de que una pobre doncella alterna con las grandes señoras!… No hay más que comprar un billete de entrada, cien francos; pero los pobres no podemos permitirnos tales gastos. ¡Tan hermosa que debe ser esa fiesta!…

Y dejó que sus insinuaciones fuesen produciendo impresión en el ánimo de la marquesa. Pasó ésta varias horas pensando que Marietta tenía razón. ¿Por qué no ir al baile del Casino, como tantas de sus amigas?… Sus padres no la hablan llevado nunca; era para ellos fiesta muy costosa. Además, a Tavera sólo le interesaba el juego. Espinosa, que podía haberla acompañado en este primer año de matrimonio, estaba ausente y nada sabría de tan inocente aventura. Podía contar con su doncella. Irían juntas al baile por una hora nada más. La italiana arreglaría lo necesario.

Tal alegría mostró Marietta al escuchar que la señora encontraba aceptable su proposición, que antes de que terminase la tarde ya lo había preparado todo para esta escapada nocturna.

Se procuró dos dominós, uno negro para la señora, otro rosa para ella. Un coche de caballos las llevaría al Casino, como dos máscaras de mediana posición que no tienen automóvil y se valen de carruajes de alquiler. Antes de medianoche habrían vuelto.

Cuando entraron en el teatro del Casino, a las diez, sintiéronse ambas turbadas por el ruido y la agitación de la fiesta. Marietta, que no había estado nunca en dicho teatro, quedó deslumbrada por su magnificencia. Paredes y techo parecían chorrear oro.

Sobre el escenario, que estaba ahora al mismo nivel de la sala, dos fuentes luminosas elevaban sus surtidores de esmeralda y diamante, teniendo por fondo una decoración de palacio con majestuosa escalinata.

Aunque la marquesa conocía este teatro, sintióse igualmente deslumbrada, pero fue por la agitación de la muchedumbre. Se abrió paso entre los grupos, como una máscara modesta disimulada por su capuchón negro, aunque había algo en su persona que parecía transpirar importancia, fuera de su vulgar envoltura, atrayendo la atención de los hombres. Mostróse sorda a las insinuaciones de algunos de ellos para entablar conversación. Huía, como si fuese en busca de alguien y no pudiera encontrarlo.

Ahora se dio cuenta del verdadero deseo que la había ido empujando hasta el

baile. Pensaba que Cereceda debía de estar allí. Sin duda le iba a ver de pronto, bailando o conversando con mujeres apasionadamente… Y al no encontrarlo, su decepción se acompañaba de pensamientos gratos para su propia vanidad.

Seguramente no había querido ir al baile. Huía de las mujeres y de las aventuras amorosas del Carnaval, tal vez porque la imagen de ella ocupaba su pensamiento por entero. Estaría indudablemente a estas horas ante una mesa de ruleta, sin sospechar que la mujer tan deseada por él se había atrevido a ir al baile con un disfraz vulgar que la hacía irreconocible.

Empezó a pesarle la inutilidad de esta audacia suya, y se preocupó de qué modo podría avisar a su enamorada para que supiese que ella estaba en el teatro, a corta distancia de él.

Una nueva preocupación la hizo olvidar esto, bajo las ansiedades del miedo. Había pasado impávida junto a muchas de sus amigas que iban sin disfraz, en traje de soirée, para lucir sus alhajas o una belleza realzada por brillantes preparaciones; mas al ver de pronto, en el centro del salón, a doña Eufrosina y a Olga, no pudo evitar un movimiento de inquietud, seguido instintivamente de un retroceso que casi fue una fuga.

La cuñada de Espinosa y su hija iban vestidas de mejicanas, tal como las concibe el teatro europeo, con grandes sombreros orlados de madroños colgantes. Se habían quitado las caretas para añadir el atractivo de sus rostros pintados a la gracia de sus trajes, que ellas se imaginaban de una atracción exótica.

Doña Eufrosina, siempre alerta para enterarse de cuanto la rodeaba, se dio cuenta del movimiento de sorpresa de este dominó negro y su trémula retirada. Inmediatamente la imagen de Jazmina pasó por su memoria. Era la mujer que vivía más en su pensamiento, después de su hija.

Las dos mejicanas de opereta discutieron brevemente si sería o no sería Jazmina, apreciando su identidad por los vagos detalles que dejaba entrever su negra envoltura.

Olvidaron los atractivos del baile para ir cada una por distinto lado en busca del dominó negro, Jazmina se dio cuenta en seguida de tal ojeo. Los dominós negros eran muchos, pero las dos mejicanas acabarían por dar con ella. Resultaba necesario huir.

Fue para Jazmina una nueva angustia buscar a su doncella. Tampoco eran escasos los dominós rosa, y habló en voz baja a algunas de estas máscaras, convenciéndose inmediatamente de su equivocación. Pensó además, con cierto

escepticismo, que era difícil saber adónde había ido a parar su doncella, perturbada por el deslumbramiento de esta fiesta extraordinaria, orgullosa de que señores vestidos de frac se le hubiesen acercado desde el primer momento, atraídos por la gallardía de su andar, sus ojos negros agrandados por el antifaz y sus violentos perfumes, diciéndole galanterías como si fuese una dama.

Era mejor abandonar en seguida el baile, volverse a casa. Felizmente había guardado la llave de aquella puertecita de la verja que empleaba Marietta para sus salidas nocturnas.

Lo que le parecía más penoso era encontrar un coche de alquiler en la plaza del Casino, o verse obligada a marchar a pie, por las calles solitarias, hasta el palacio de las Esfinges, corriendo el peligro de tropezarse con máscaras ebrias o sobradamente audaces… Y Marcelo tal vez estaba jugando en aquellas salas inmediatas al teatro… ¡No existir una corriente misteriosa que le pudiese avisar para que viniera en su auxilio!

Fue precisamente al bajar la escalinata del Casino, decidida a arrostrar los peligros de la noche para huir de aquellas dos enemigas que iban estrechándola en sus cercos, cuando tropezó con Cereceda, tomando audazmente su brazo para que la acompañase.

Cortaron el gran semicírculo de curiosos que se mantenía inmóvil para ver la llegada de las máscaras. Más allá, la plaza estaba relativamente solitaria.

Marcharon los dos confiadamente cuesta arriba, y ella no manifestó ninguna extrañeza cuando el joven se desvió del camino recto, llevándola hacia uno de los jardines laterales. Creíase segura al lado de Marcelo, después de las miedosas angustias sufridas en el baile. Por un ilogismo, producto de su inquietud nerviosa, sentía la tranquilidad del que se considera en una situación legal después de haber corrido aventuras inquietantes para su honor. Había temido que sus enemigas la viesen en el baile, como si esto representase una deshonra, y ahora retardaba el paso, dejando que su enamorada la hablase con voz trémula y acariciante, proponiéndole aquella infidelidad conyugal que otras veces le había escandalizado.

Acostumbrada a imponer respeto al joven al final de todas sus conversaciones, dejó que la acompañase hasta su casa. Tal vez aprovecharía la ocasión para permitirse ciertos atrevimientos. Era Carnaval. ¡Las libertades y locura, propias de esta noche!… Pero cuando llegase ante la verja del palacio de las Esfinges, Marcelo tendría que retirarse después de besar repetidas veces sus manos.

Y se mantuvo pasiva, como si no se enterase, al notar que el joven ya no le daba su brazo. Queriendo sostenerla más cerca de él, la había cogido del talle, oprimiendo suavemente el busto de ella contra su pecho.

Estaban en el mismo sitio donde días antes había zarandeado Marcelo al licenciado Orosio, arrojándolo sobre un banco. El joven apenas si se dio cuenta de por dónde andaban. Tenía los ojos fijos en los de Jazmina, y ésta, inconscientemente, dejaba caer su cabeza atrás, casi descansándola sobre uno de sus hombros, como para verle mejor.

Se había quitado el antifaz, deseosa de sentir en su rostro el fresco de la noche. Caminaban lentamente, bajo la sombra azulada de los árboles. Más arriba, el cielo impregnado de luz láctea dejaba caer sobre el follaje gotas de luna, algo ensombrecidas por el filtraje vegetal, y dos de ellas parecían temblar en los ojos de Jazmina entre sus luengas pestañas.

Marcelo habló y habló con una entonación monótonamente emocionada, igual a la de los actores en las escenas de amor.

¿Por qué resistirse al Destino?… Habían nacido uno para otro, y eran inútiles cuantos obstáculos levantase Jazmina obedeciendo a escrúpulos absurdos líos. El la conocía con anterioridad a aquel otro hombre que era su dueño legal por haberla comprado con sus riquezas. ¿No había contado ella muchas veces cómo en sus tiempos de señorita pobre le vio desde un balcón de su casa, pintando a orillas del mar?… ¿No se habían encontrado después en París, sin conocerse, como si el Destino jugase con ellos, antes de unirlos definitivamente?…

—Recuerdo las veces que te vi, sin saber quién eras. Nunca olvidé a aquella señorita desconocida que me miraba desde su balcón con unos gemelos.

Y Marcelo mentía de buena fe, con la ilusión de todos los enamorados que coordinan los sucesos de su vida anterior, para hacerlos converger en torno a la persona amada.

Había empezado a tutearla instintivamente, sin darse cuenta de ello, por considerar que sus palabras de pasión sólo podían armonizarse con esta fórmula familiar y sublime, la misma que se emplea para dirigirse a Dios. Y ella guardaba silencio porque tenía miedo a sus propias palabras, envuelta en un ambiente de tentación. Era el primer hombre joven que había oprimido su talle en la soledad, mientras iba destilando lentamente cerca de su boca palabras de amor.

Olía de distinto modo que aquel otro varón, dueño legítimo de su persona. Era un perfume de primavera brava, de bosque salvaje en floración, con vitales

savias que embriagaban hasta el desfallecimiento.

No sintió extrañeza cuando aquel brazo que la venía sosteniendo la oprimió con más fuerza contra el peche varonil. La boca amorosa dejó de hablar para pegarse a la suya con un larguísimo bese.

—No… no… —fue todo lo que dijo ella, con voz desfalleciente.

Su protesta verbal no fue seguida de ningún movimiento de repulsión. Sentíase sin fuerzas para obedecer a su voluntad, cada instante más paralizada. De no tener el apoyo de aquel brazo vigoroso, habría caído al suelo a causa de la blandura de sus piernas.

Y los boses se repitieron muchas veces, inmóviles los dos bajo la sombra de los árboles; y ella se sorprendió de pronto a sí misma devolviendo estos besos, pasando un brazo sobre el cuello de él, como si desease con esto sentir aún más de cerca la caricia de sus labios.

Les interrumpió el griterío de un grupo de máscaras que pasaba por el lindero del jardín.

—Aquí no—suspiró ella—. Vámonos lejos. Podrían sorprendernos.

Sus ojos lacrimosos le miraban ya con una sumisión de vencida.

—¿A tu casa?—preguntó Marcelo.

Esta demanda audaz pareció despertar a la joven, estremeciéndola.

—A mi casa no—se apresuró a decir—. Nadie entrara en ella mientras esté ausente mi marido… Mi casa es de él.

Volvieron a marchar lentamente, con las diestras unidas, apoyando ella el talle en su brazo izquierdo.

—¿Y por qué no venir esta noche, sólo un momento, a la casa de las Adelfas, que es mía?

Jazmina, en vez de contestar, suspiró dolorosamente:

—Tenga piedad de mí, Marcelo. Acompáñeme hasta mi casa y déjeme. No insista en mi perdición… Yo no puede ser de dos hombres a un tiempo. Para que acepte lo que usted desea, sería preciso huir'.

En aquel momento no había obstáculos para el joven que pudieran atajarle.

—Y bien… ¡huiremos!—dijo con laconismo.

Lo futuro lo parecía sin realidad. Lo interesante era la dicha inmediata.

Fuera del jardín buscaron calles solitarias, siempre en pendiente, partidas en toda su longitud por dos fajas: una blanca, de luna; otra negra, con la densidad del ébano.

Avanzaron instintivamente por la acera de la sombra, con lento paso, repitiendo él sus besos, besándolo ella también, entre débiles gemidos, como si fuese a llorar.

Realmente, había algo en su interior que lloraba lamentando la derrota de su voluntad, la imprudencia que la hacía caer después de tantos días de empeñada defensa.

Sentíase indignada contra las fuerzas ciegas de la Naturaleza, que la hacían sufrir burlonamente un doble suplicio: el de sentirse avergonzada por su caída y considerarla al mismo tiempo la mayor felicidad de toda su existencia.

—No me hables de usted—protestó Marcelo—. Llámame de tú, si es que me amas. Yo soy tu verdadero hombre. Vienes a mí por el amor, desinteresadamente, sin que yo le haya comprado como el otro; porque así lo quiere nuestro destino; porque así estaba escrito desde antes que naciésemos.

Y ella le tuteó tímidamente, contestando con movimientos afirmativos de cabeza a sus continuas demandas:

—¿Me quieres?… ¿Es verdad que me has querido siempre?…

Hubo un momento en que Cereceda, a pesar de su entusiasmo amoroso, detuvo el paso para mirar atrás. Tenía la sospecha de que eran seguidos por alguien.

Se restableció el silencio en la calle solitaria, medio luz y medio sombra. A lo lejos, como el rumor de un oleaje invisible, sonaba el zumbido de la muchedumbre ante el Casino.

Pensó el joven que tal vez era un perro vagabundo quien les había causado esta ligera alarma, y siguió adelante, continuando el lento paso entre besos y palabras de amor.

Jazmina creyó despertar al sentir bajo sus pies una sensación de tierra dura, distinta a la de las aceras asfaltadas.

—Llévame a casa; ¡por Dios te lo pide!… Tal vez… otro día. Ahora déjame.

Y al abrir sus ojos, entornados por la emoción, vio que estaba en una callejuela sin casas, con sólo tapias de jardín a ambos lados, balanceándose sobre sus cabezas las olorosas cabelleras de las madreselvas y otras plantas desbordantes.

Vio también una pequeña puerta, que en nada se parecía a la que servía de escape en el palacio de las Esfinges.

No había estado nunca en este lugar, y sin embargo la reconoció inmediatamente. Debía ser aquella entrada aparte de la casa de las Adelfas que

muchas veces oyó mencionar.

Intentó echarse atrás, como en presencia de un peligro, pero el brazo vigoroso y amado la retuvo.

—No… ¡nunca! Es a mi casa donde quiero ir.

Su voz era desfallecida, y el otro, seguro de su victoria, se limitó a contestar con una expresión de masculina voluntad:

—Esta es tu casa, tu verdadera casa. ¡Entra!

Y la empujó con suavidad aparente que resultaba irresistible.

Sonó la puerta al cerrarse, quedando otra vez la callejuela completamente solitaria.

Algo se movió en una de las esquinas de su entrada. Una máscara estaba tendida a lo largo del muro, sacando media cabeza nada más al nivel del suelo. Era un pierrot de color rosa, pequeño de estatura, Espiando así, a ras de tierra, con una precaución semejante a la de los indios, era más difícil verse descubierto que manteniéndose en posición vertical. Y sacudiéndose el polvo que había ensuciado su disfraz, en anteriores atisbamientos; se alejó, marchando ya sin preocupación alguna.

En aquel momento, el otro habitante de la casa de las Adelfas avanzaba titubeando por los peñascos de la costa.

Luego de entregar su dinero a Cereceda había bajado al puerto; pero aquí las arboladuras de los yates y las moles de piedra de las escolleras no le dejaban ver el horizonte marítimo.

Siguió los muelles de la izquierda, acabando por dejar la boca del puerto a sus espaldas. Saliéndose luego del camino, fue saltando de roca en roca, quedando algunas veces vacilante sobre la cumbre de un peñasco, próximo a caer. Su inconsciencia triunfal de ebrio le hacía recobrar el equilibrio inmediatamente, siguiendo adelante.

Se detuvo al sentir en sus rodillas las rociadas de espuma del mar libre chocando con esta muralla de peñas.

El aire salino parecía haber aumentado la embriaguez de Duncan.

—¡Aquí estoy!—gritó en tono de reto mirando al horizonte.

Para los demás sólo existía un ciclo de azul profundo, sin una nube, con las estrellas algo veladas por el lácteo difuminamiento de una luna plena, carrilluda como un rostro bondadose. Pero Duncan veía al fantasma de las alas de oro, a la Quimera, que se iba agrandando al aproximarse y llenaba ya gran parte del cielo con su cuerpo.

Le pareció enteramente igual a la Muerte. Su diadema de lingotes de oro había desaparecido, dejando descubierto un cráneo pelado y blanco, de calavera. Se soltaban las monedas y los billetes de sus alas, y su vestidura de materias iguales iba cayendo deshecha, como una lluvia de plumas sueltas y papelillos dorados. Al desprenderse esta capa de adornos brillantes, quedaba al descubierto su verdadero traje: un sudario. La Quimera era simplemente la Muerte.

El borracho siguió hablando.

—Ahora te veo tal como eres: engaño… mentira… nada. ¡Y pensar que he sido tu esclavo durante tantos años, y por tu culpa fui perdiendo la dignidad de mi vida!…

Vio Duncan como el inmenso esqueleto volante empezaba a sonreír, mientras una luz infernal pasaba por las cuencas vacías de sus ojos. La Quimera se burlaba de él. Como le pertenecía para siempre, osaba mostrarse, sin miedo alguno, tal como era.

—¡Yo me libraré de ti! — añadió Duncan con energía.

Sonrió otra vez la Quimera, moviendo sus mandíbulas como si dijese algo. El ebrio entendió perfectamente este lenguaje mudo.

—¿Dices que no me soltaran nunca tus garras?… ¿Crees que un hombre como yo no puede librarse de tu tiranía mentirosa?…

La Quimera volvió a sonreír, moviendo su cráneo afirmativamente.

Bajó Duncan su vista desde el cielo hasta el mar.

La luna no era la luna; era el cráneo blanco del gran espectro. La ancha faja de agua luminosa que se perdía en el horizonte, como el vértice de un triángulo, y que a otros les habría parecido el rielar de las aguas bajo el resplandor lunar, no era más que el reflejo de la luenga mortaja de este mensajero alado.

Duncan se mostró enfurecido por la insolencia del espectro. Al verle en otras noches de embriaguez, vestido de billetes y de oro, con sus alas envolvedoras del mundo irradiando luz, le parecía tolerable su servidumbre. Sentía la torpe vanidad del esclavo al servicio de un poderoso y brillante señor. Pero ahora que su tirano era simplemente la Muerte…

Y mirando con aire de reto al lúgubre fantasma, gritó el ebrio:

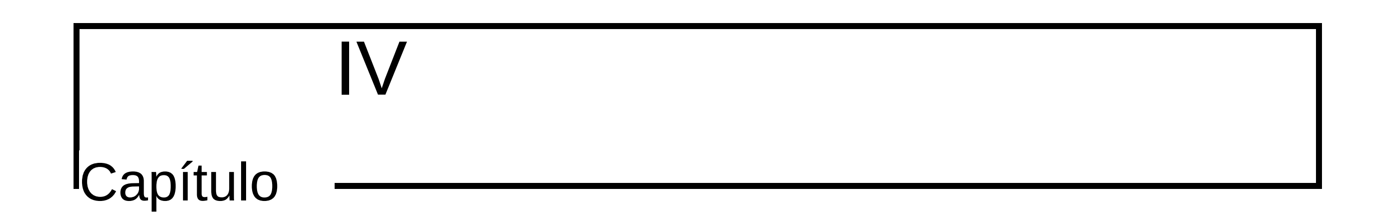
—Voy a librarme de ti para siempre… ¡impídelo si puedes!

Dio un salto en el vacío y se abrió un agujero obscuro en las aguas blancas de luna. Un ruido sordo de chapuzón dilató la mancha negra en círculos cada vez más grandes.

Las aguas luminosas se movieron luego en sentido inverso, haciendo cada

vez más pequeño el lóbrego circulo, hasta borrarlo completamente, y volvieron a quedar unidas y temblonas bajo la lluvia láctea de la luna.

Ir y venir de olas, soledad… nada.




## En el que Cereceda corre el mayor peligro de su vida

CREYÓ MARCELO que el tercer día de Carnaval y los cinco siguientes eran los mejores de toda su existencia.

Unas pocas horas de cada día se deslizaban secretamente, y tan valiosas eran para él, que su recuerdo esparcía en su interior dulce alegría, haciéndole sobrellevar con indiferencia o resignación los incidentes adversos del juego.

Frecuentaba el Casino, como antes. Alguien le había suplicado que no modificase su vida. Podían sospechar la verdad si dejaban de verle. Y en estas largas permanencias junto a las mesas verdes, iba perdiendo el dinero que le había dado Duncan, pero con caprichosos retornos de la fortuna. Ganaba varias veces, para perder a continuación, de modo que algunos curiosos se imaginaban que llevaba perdidas sumas mucho más cuantiosas.

Esta esquivez de la Suerte no atormentaba a Cereceda.

—Soy demasiado feliz—se decía—, para poder ganar. Hay que acordarse del refrán. No se puede poseer a un mismo tiempo la felicidad del amor y la del juego.

Al día siguiente de aquella noche inolvidable para él había intentado hablar por teléfono con la marquesa de Atonilco. Después de lo ocurrido entre los dos, creíase autorizado para tomar esta iniciativa, expresándose de una manera discreta, con palabras cuyo sentido disimulado sólo ellos podían entender.

Jazmina se había asustado al oírle, abandonando inmediatamente el teléfono. Era una imprudencia. Se acordaba de doña Eufrosina, de su hija y del abogadillo, imaginándose que podían espiar esta conversación. Horas después insistió Marcelo, y ella acabó hablando con él, vencida por las insinuantes palabras de Marietta, que era ahora su consejera.

A las tres de la madrugada de aquella noche del baile, cuando la marquesa, envuelta en su dominó negro, iba a abrir la puertecita de escape de su verja, protegida de lejos por las miradas de Cereceda, oculto en una esquina, había encontrado a Marietta, que la estaba esperando desde dos horas antes.

En su impaciencia, llegó a creer que su señora había vuelto a casa temprano, dejándola en la calle. Era lo único verosímil. Pero no hizo la menor alusión a este regreso inexplicablemente tardío. Ella también se hallaba en la imposibilidad de explicar cómo se había extraviado en el baile, no regresando al palacio hasta bien pasada la medianoche, ni tampoco el desarreglo de su disfraz y una expresión en su rostro de cansancio y vanidoso contento, como si las aventuras recientes hubiesen elevado su rango social.

Igualadas momentáneamente por su novelesca escapada, las dos mujeres no hablaron más de Jazmina, pero sintiéronse unidas por un secreto común.

Marietta adivinó inmediatamente quién había sido el autor de la tardanza de su señora, volviendo a emplear los consejos de su experiencia picaresca para recomendarle que no desdeñase al señor Cereceda, un hombre que le envidiaban seguramente muchísimas mujeres, y que parecía amarla como a ninguna.

Dos noches después, Marietta abrió ella misma la puerta de escape del palacio de las Esfinges, acompañando a la marquesa hasta la casa de las Adelfas. Eran las diez. A medianoche vendría a juntarse con la señora allí mismo, para volver juntas al palacio, Y la doncella mostró gran prisa en marcharse, para continuar aquellas relaciones entabladas en el baile, cuidándose mucho de no revelar su verdadera profesión, presentándose como una mujer de gran mundo que no quería, por prudencia, dar a conocer su identidad.

El mayor deseo de Marcelo era que no volviese nunca Espinosa. ¡Qué dicha vivir siempre así!… Mas procuraba no decir esto a Jazmina, la cual parecía vivir en pleno ensueño, despertando bruscamente sobresaltada cuando renacía en ella el recuerdo de su marido.

—Es preciso que huyamos—dijo en una de estas noches de amor—. Presiento que no podré sostener su mirada. Me es imposible mentir. Nunca he podido hacerlo.

Él asentía a todas sus palabras. Huirían; estaba preparando lo necesario. Y lo decía de buena fe, sabiendo al mismo tiempo que no tenía medios para realizar dicha fuga.

Todos los días disminuía su dinero. Le faltaba poco para encontrarse tan pobre como en la noche del baile, cuando pidió su préstamo a Duncan.

Pronto esta vida secreta, dulce y al mismo tiempo sin salida, pues el joven iba dejando para el día siguiente la resolución de lo que debía hacer, se vio turbada por una noticia que emocionó a todas las gentes frecuentadoras del Casino.

Unos pescadores habían descubierto el cadáver de Duncan entre las rocas de la costa. Afirmaban los médicos que su muerte debía haber ocurrido una semana antes, y la situaban en la segunda noche de Carnaval, o sea cuando tantos le habían visto ebrio y agitando sus mazos de billetes en el atrio del Casino.

Las gentes que tomaban el sol por la mañana en los bancos del jardín de las Terrazas, y las que se congregaban en la plaza del Casino en torno al macizo de verdura llamado «el queso» por su forma circular, sólo hablaban de esta muerte. Duncan llevaba más de veinte años en Monte-Carlo. ¡Quién no lo conocía!… Hasta los empleados del Casino lamentaron la muerte de este señor tan desigual en su carácter. Olvidaban sus brusquedades de jugador desgraciado para recordar solamente la alegría familiar con que los trataba en sus días favorables.

El licenciado Orosio iba de grupo en grupo interpretando a su modo este suceso, haciendo recordar a todos que el muerto vivía en la misma casa que Williams Cereceda, y en los últimos días éste había perdido mucho dinero. Y su sonrisa maligna parecía subrayar las últimas palabras.

Algunos quedaban preocupados recordando el detalle de no haberse encontrado sobre el cadáver aquella considerable suma de billetes de Banco que había exhibido en el atrio con una alegría de ebrio.

Cereceda se enteró a media tarde de este suceso, cuando vio llegar a la casa de las Adelfas la policía y los funcionarios del Juzgado de instrucción para sellar las puertas de las habitaciones del piso bajo. Tan absorbente había sido su vida en los últimos días, que ni siquiera se preocupó de la ausencia de Duncan. Tal vez había entrado y salido en horas distintas a las suyas. Como además estaba acostumbrado a los caprichos ambulatorios de su compañero de vivienda, se le ocurrió igualmente que podía haber emprendido alguno de aquellos viajes a la montaña, que parecían serenarle por algún tiempo.

Al saber que se había ahogado voluntariamente, recordó sus palabras en

aquella noche de Carnaval cuando creía ver al fantasma de las alas de oro con rostro de calavera, añadiendo fatídicamente: «*Alguien va a morir.*»

El mismo Marcelo dio la noticia por teléfono a Jazmina. Esta la conocía ya, y mostró en el temblor de su voz la impresión que lo causaba el suicidio de este hombre ligado a ella por un respeto admirativo. Comprendió el joven la negativa de Jazmina a seguir viéndose más en la casa de las Adelfas. Aunque Duncan no había muerto dentro de ella, era su vivienda, y la marquesa temía ver su espectro cortándola el paso, cuando llegase en plena noche, con las temblonas y miedosas precauciones del adulterio.

Tuvo que conformarse Marcelo con aquella negativa, encontrándola también prudente en vista de la curiosidad que había despertado tal suceso. Los periodistas rondaban la casa. ¡Quién sabe si durante la noche, al llegar ella, tropezaría con un grupo de curiosos!…

Fue llamado Cereceda al teléfono al día siguiente por un amigo suyo, Edmundo Garrel, con el que había almorzado algunas veces en casa de Espinosa. Este amigo era el juez de instrucción, y lo rogaba muy atentamente, pero con voz grave, que fuese a verle en seguida en su despacho de Mónaco para algo que le interesaba.

Al pasar en un carruaje de alquiler por la plaza del Casino y los jardines inmediatos, notó Marcelo que todas las gentes que volvían la cabeza al oír el trote de los caballos le miraban con una expresión especial, y en algunos llegó hasta la severidad. Otros que le habían saludado siempre no lo veían ahora y continuaban adelante, disimulando su distracción.

Creyó percibir un ambiente hostil que se apartaba ante su paso, queriendo ignorar su presencia; y tal fue su preocupación, que al atravesar las calles de La Condamine, junto al puerto, y al subir la cuesta inmediata que conduce a la vieja ciudad de Mónaco, se imaginó que marineros y obreros también le miraban como si fuese un enemigo.

El juez Carrel estaba instalado en el piso bajo del edificio municipal. Allí tenía su despacho, y unos sótanos de dicha construcción servían de cárcel mientras el gobierno del Principado reunía fondos para edificar un Palacio de Justicia.

Le recibió el juez con afabilidad, mas no por eso dejó de notar en él cierta tristeza. Estrechó su diestra con una mano algo blanda que Marcelo consideró ambigua, no sabiendo si la iba a retirar inmediatamente o si haría más intenso su apretón amistoso.

Habló luego con brevedad del hallazgo del cadáver de Duncan.

—Los médicos sólo pueden decir que ha muerto ahogado, pero nadie sabe aún si se suicidó o lo arrojaron al mar cuando estaba ebrio y no podía defenderse.

Como Cereceda jamás había pensado en esta última posibilidad, no pudo ocultar su sorpresa ante los ojos escrutadores del juez.

—Yo creo que se suicidó—dijo—. Tengo mis razones para ello. Usted le ha oído hablar muchas veces del fantasma de las alas de oro. La misma noche de su muerte vio al fantasma, pero como un esqueleto, y me anunció de un modo indirecto su propia muerte.

Avisado por su instinto de que era preciso hablar, no perdonando ningún detalle, contó a Carrel todo lo que Duncan y él habían hablado en el jardín de las Terrazas, mirando al mar.

—Hay además mil libras esterlinas —dijo el juez— cambiadas en billetes franceses, que todos vieron en manos de Duncan poco antes de su muerte, y que no se han encontrado sobre su cadáver. Esto, como usted comprenderá, es objeto de muchos comentarios. Hasta he recibido varias cartas anónimas. Una de ellas, escrita en mal francés, revela ser de un hombre versado en los procedimientos de justicia, y en la tal carta se afirma que usted sabe dónde están las mil libras.

Comprendió de pronto Cereceda el motivo de este llamamiento del juez y cuál era la finalidad que se pretendía dar a la desaparición de aquel dinero,

—Esas mil libras—dijo—las he tenido yo. Un préstamo que Duncan me hizo la última vez que nos vimos.

Y completó el relato de la entrevista con su difunto amigo, contando cómo éste lo había dado todo su dinero despectivamente, cuando él sólo pedía cien libras.

—¿Y ese dinero—preguntó el juez—es el que ha jugado usted en los últimos días, y que, según algunos dicen, ha perdido completamente?…

Cereceda hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Perdida completamente—contestó—. Todo dinero del pobre Duncan, pues cuando me dio sus mil libras yo había perdido el mío.

El juez, que hasta este momento le había hablado con una amabilidad de amigo, frunció las cejas, mirándole fijamente.

—¿Puede usted decirme adonde fue, luego que se separó del señor Duncan?…

Vaciló el joven un poco antes de contestar:

—Fui a mi casa, y no salí de ella hasta el día siguiente.

Hubo un largo silencio. Carrel se veía llegado al punto más difícil de su interrogatorio, y dijo con resolución:

—Necesito insistir en mis preguntas. En este momento no he de ser simplemente un amigo; soy un juez que necesita poner las cosas en claro. ¿Puede usted presentar algún testigo que pruebe cómo usted se fue a su casa y no acompañó al señor Duncan hasta el lugar de la costa donde lo han encontrado muerto?…

Marcelo hizo un gesto afirmativo, y contestó apresuradamente:

—Sí, tengo uno.

Pero en seguida pareció arrepentirse, y moviendo la cabeza negativamente, añadió:

—No tengo ninguno.

Hubo otra vez un silencio penoso. El juez mostraba en su gesto cierta resistencia a creer en la culpabilidad de aquel hombre que tenía delante. Pero recordó al mismo tiempo los anónimos que llevaba recibidos, la creciente hostilidad contra Cereceda de muchos que frecuentaban el Casino, la lógica férrea con que las mismas gentes de la policía de Mónaco explicaban el suceso de un modo simplicísimo: Cereceda acompañando a su amigo Duncan completamente ebrio, dejándose llevar por éste hasta un lugar solitario de la costa, y allí, ante sus fajos de billetes, la tentación del jugador que ha perdido. Se los quitaba y lo hacía caer al mar, cosa fácil para un hombre vigoroso, y más teniendo en cuenta la pasividad excepcional de un ebrio.

En vano Carrel hizo diversas insinuaciones para facilitar la justificación de Marcelo. Debía tener algún testigo. Si buscaba bien en su memoria, acabaría por encontrarlo seguramente. En el primer momento había dicho que contaba con uno. Podía hablar con toda confianza. Los jueces se ven obligados más de una vez a guardar la prudente discreción de los confesores… Pero Cereceda repitió con tenacidad:

—No tengo ningún testigo… Desgraciadamente, no puede presentar a nadie.

Se levantó el juez, dando por terminada la entrevista.

—Mientras no veamos más claro en este asunto —dijo—le aconsejo que vuelva a su casa inmediatamente, y no salga de ella bajo ningún pretexto. Todas las gentes no son unánimes al apreciar su conducta. Además, me veré obligado a tomar ciertas precauciones de acuerdo con la policía. Es cuanto puedo hacer por el momento en favor de usted.

Al regresar Cereceda a su casa se explicó aquella hostilidad que había creído adivinar en torno a él. Ahora las gentes se mostraban más escasas. Era la hora del almuerzo en los hoteles y las viviendas particulares, pero aun así vio desde su coche amigos que le volvían la espalda discretamente, por lo que pudiese ocurrir. Otros miraban con franca enemistad a este hombre envidiado por sus buenas fortunas amorosas, no pudiendo ocultar el gozo que les causaba su probable ruina.

Cuando llegó a su casa paseó meditabundo por aquel salón que le servía de estudio. ¿Qué había hecho él contra todas aquellas gentes que tanto parecían odiarle?… ¿Cómo había podido esparcirse la calumnia, en tan pocas horas, contra un hombre que, si no era verdaderamente rico, siempre había tenido dinero en abundancia?…

Fue instintivamente hacia el aparato telefónico, deseando hablar con Jazmina. Luego sintió vergüenza, no sabiendo cómo explicar a la joven una suposición tan afrentosa. Además, ¿quién podría saber si la policía no vigilaba ya sus comunicaciones telefónicas, sospechando, al oír sus palabras, los amores de él y la marquesa de Atonilco?…

Al mirar por una ventana vio a un hombre bigotudo, el tipo del policía o el gendarme en traje civil, el cual se paseaba ante la verja de la casa de las Adelfas. Luego miró por otra ventana que daba sobre el callejón entre jardines. También se paseaba aquí, ante su puerta de escape, otro individuo semejante. Esta pareja le guardaba discretamente para que no pudiese huir.

El viejo jardinero y su mujer, que ya estaban como atolondrados por el suicidio del «pobre señor Duncan», le miraban ahora con inquietud, no pudiendo explicarse tal vigilancia. El criado que tenía, joven español salido un mes antes de un hospital de Niza, también le miraba con inquietud y curiosidad. Un excelente amo el señor Cereceda, pero había oído contar de él muchas cosas raras o increíbles aquella mañana, al hacer sus compras en Monte-Carlo.

A la misma hora estaba Jazmina en un diván de su tocador pensando en Marcelo y en aquellas entrevistas nocturnas, que eran al mismo tiempo su gloria y su afrenta.

Sentía miedo ante lo incierto de su porvenir, no pudiendo saber qué término tendría su actual aventura; mas no por esto le atormentaba el remordimiento. Ya conocía lo que era el amor. Antes lo consideraba algo convencional y falso, inventado por gentes desequilibradas. Ahora era para ella la única razón de vivir, encontrándolo seductor y terrible a un mismo tiempo, como todo lo que es en nuestra vida verdaderamente interesante.

Oyó el timbre del teléfono, y los pasos ligeros de Marietta se fueron aproximando poco después. Quien llamaba era doña Eufrosina, la cuñada de su esposo.

—Dile que no estoy—contestó con displicencia.

Al anochecer, cuando llevaba ya leída la mayor parte de una novela, volvió a sonar el teléfono. Otra vez doña Eufrosina. Sin duda la había buscado en el Casino, y al no encontrarla repetía su llamamiento.

Deseando dar fin a tal insistencia, reemplazó a su doncella en el teléfono, reconociendo inmediatamente la voz de su enemiga. Hasta le pareció que silbaba como el aliento de un reptil.

Preguntó si su cuñado había vuelto ya del viaje, añadiendo como explicación la mentira de que algunos creían haberle visto en Monte-Carlo. Como las respuestas secas de la joven no le daban lugar a insistir en tal pretexto, dijo finalmente lo que deseaba, dando la noticia de que muchas gentes creían a Cereceda ladrón y asesino.

—No se habla de otra cosa en Monte-Carlo—siguió diciendo—. Parece que ese joven, tan buen mozo, tan distinguido, después de hablar esta mañana con el juez se ha encerrado en su casa, bajo la vigilancia de la policía. Todos creen que mató al pobre señor Duncan para quitarle el dinero. En los últimos días sufrió grandes pérdidas.

Jazmina no pude reprimir un movimiento de indignación, y colgó el receptor para no seguir escuchándola.

Quedó indecisa algún tiempo, acabando por aproximarse otra vez al aparato telefónico. Quería hablar con Marcelo. Luego se arrepintió, por ocurrírsele las mismas dudas e inquietudes que habían hecho desistir a éste de dicha comunicación.

A la hora de la comida, después de haber estado sentada a la mesa, sin tocar apenas los platos, manteniéndose en actitud meditabunda, llamó con gran prisa a Marietta.

—Busca al príncipe Briansky por todo Monte-Carlo si es preciso, y dile que venga inmediatamente.

La doncella no dudó en encontrar a este señor que conocía a todo el mundo, estaba enterado de cuanto pasaba en la ciudad y llevaba las noticias de un lado a otro, sin malicia alguna, por el orgullo de mostrarse más enterado que los demás.

Una hora después llegó «el Boyardo», no ocultando la satisfacción que sentía al ver rota la consigna que le había dejado cerca de un mes a la parte de afuera

del palacio de las Esfinges.

Adivinó inmediatamente lo que deseaba la marquesa. Quería tener noticias de Williams. Era un amigo de su marido, un convidado asiduo a sus famosos almuerzos… Y por afán de mostrarse imparcial en sus informes, repitió cuanto murmuraban las gentes, sin reparar en que algunas de sus malas noticias producían un terrible efecto en la joven marquesa.

—Lo malo para Williams—terminó diciendo—es que no puede probar que abandonó a Duncan cerca del Casino, para marcharse a su casa. El juez, gran amigo mío, que usted conoce también, pues se ha sentado muchas veces a su mesa, me dice que Marcelo ofreció al principio un testigo e inmediatamente pareció arrepentirse, asegurando que no tenía ninguno. ¡Si pudiera probar que pasó la noche en su casa!…

Al irse «el Boyardo» se encerró Jazmina en su dormitorio. Temía que los criados adivinasen su turbación. La presencia de Marietta le resultaba odiosa.

Pasó las horas nocturnas oyendo cómo sonaban en los relojes de la casa y en las torres de la ciudad, debatiéndose en vano entre las mandíbulas del insomnio, que la roían lentamente.

No podía dormir, y cuando al fin el cansancio iba cerrando sus ojos, contemplaba terribles visiones en la penumbra de su dormitorio. Vio a Marcelo en la cárcel. Luego despertó sobresaltada con un estrépito horrible que parecía conmover su palacio y el mundo entero. La cuchilla de la guillotina acababa de caer sobre su cuerpo tendido y atado, haciendo saltar su adorable cabeza… ¡Y ella conocía la verdad!… ¡Ella era la única que podía hablar!

Al amanecer abrió una ventana, contemplando la fresca belleza de su jardín. Creyó ver en las avenidas, sombreadas de azul, dos grupos de personajes irreales y misteriosos que se miraban a distancia, como enemigos irreconciliables. A los de exterior más brillante y solemne los conoció en seguida, dando a cada uno su nombre: el miedo social, la conveniencia, la reputación. Los del grupo de enfrente resultaban menos visibles. A uno lo reconoció: era el amor. Otros dos más obscuros y modestos debían ser tal vez el deber y el sacrificio.

Unos y otros le hacían señas para que bajase y viniera a ellos… ¿Qué hacer? ¿Con quiénes ir?…

Pasó nuevas horas en silenciosa meditación. Sus ojos, agrandados por el insomnio, tenían un brillo malsano, como si reflejasen la hoguera de la demencia.

Al ver en un reloj que eran las diez, avanzó resueltamente hacia su teléfono,

pidiendo hablar con el juez de instrucción en su despacho de Mónaco.

—Soy yo, señor Carrel… Sí… sé que está usted muy ocupado, pero necesito que venga cuanto antes… Es un asunto profesional… Es al juez a quien llamo, no al amigo… Indudablemente le interesara mucho lo que yo le diga… Tal vez le parezca que debí haberlo hecho antes.

Llegó media hora después Edmundo Carrel, y al entrar en el salón sonrió galantemente, besando una mano a la joven señora, que le invitaba a sentarse.

Adquirió el rostro del juez una expresión de gravedad al fijarse en la cara pálida de la marquesa y sus ojos llorosos.

Jazmina habló con lentitud,

—Le he llamado por la muerte de Duncan.

Hizo una pausa y su cuello se estremeció, reflejando el esfuerzo hecho para repeler algo que obstruía su garganta.

—Yo soy el testigo que usted desea—siguió diciendo—, el que no quiso nombrar por caballerosidad un hombre inocente… Le he llamado para que sepa toda la verdad.

Y siguió hablando, con frecuentes interrupciones: tanto era el esfuerzo y la vergüenza que le costaba su declaración.

La esperanza de salvar al hombre amado le hizo al fin marchar rectamente, sin reparar en el peligro, sin sentir miedo por las consecuencias de su franqueza.

A pesar de su juventud, la escuchaba el juez con una gravedad de viejo. Su rostro iba tomando una expresión cada vez más respetuosa y admirativa. Sus aficiones literarias le dominaban en este momento dramático. La vida real le parecía ahora más interesante que la de novelas y comedias.

Cuando Jazmina terminó el doloroso sacrificio de su revelación, Carrel dijo con cierta solemnidad, como si formulase un juramento:

—Quede tranquila, señora; yo haré justicia. El juez y el caballero le prometen que nadie sabrá lo que usted ha dicho aquí.

Aquella misma tarde, al mirar Cereceda por sus ventanas, vio que nadie vigilaba ya su casa. Antes del anochecer llegó el príncipe Briansky—todos le daban este tratamiento—, saludándole con apretones efusivos de manos y finalmente con fuertes abrazos. Como siempre, había sido el primero en enterarse de la noticia. El juez creía inocente a Cereceda, considerando la muerte de Duncan un suicidio. Quedaban deshechas todas aquellas calumnias que ciertos malvados—no sabía quiénes eran—, habían insinuado contra Cereceda.

—Esta es la ventaja de vivir en un pequeño principado, como quien dice en

familia, con una justicia paternal que puede arreglar las cosas buenamente, sin las complicaciones y enredos que crean los periódicos en las grandes ciudades.

Después se fueron presentando otros amigos. Algunos de ellos eran de los que habían hablado con Orosio en los jardines del Casino y volvían la cara al ver a Cereceda. Esto no les impidió hacer ahora iguales extremos de amistad que el siempre afable «Boyarda». Uno de ellos hasta dijo a Marcelo:

—Nadie ha creído verdaderamente en la culpabilidad de usted. Todo debe ser obra de alguna mujer que esta furiosa porque no le hizo caso.

En el Casino y otros lugares de reunión aquella misma noche hablaron todos con elogio de Cereceda. Era casi un mártir. Muchos le saludaban con gestos admirativos, como si hubiese sufrido grandes persecuciones de la justicia.

Doña Eufrosina y su hija no tardaron en enterarse de esta instantánea rehabilitación del amante de Jazmina. Sabían por Orosio toda la verdad, y esta verdad, aunque les placía en gran parte, deseaban desfigurarla en todo aquello que contradecía sus malos deseos.

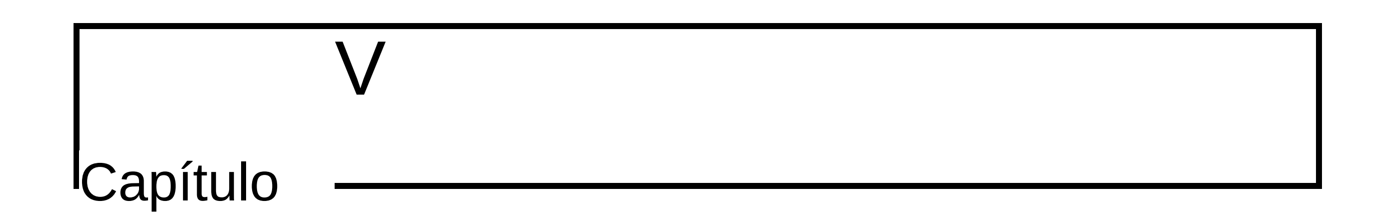
El *pierrot* de color rosa era el único que había visto cómo Duncan daba su dinero voluntariamente a su amigo Williams y éste se separaba de él. Pero había visto igualmente cómo una hora después Cereceda y Jazmina entraban en la casa de las Adelfas.

Alguien debía haber servido de testigo para probar que el joven estaba en su casa a la hora en que se suicidaba Duncan. ¿Quién?…

Esta misma pregunta se la hacía igualmente, sin ningún propósito maligno, el inquieto «Boyardo», preocupado siempre por los sucesos que no se podía explicar.

Y aunque era hombre discreto, iba diciendo de grupo en grupo, al hablar de la inocencia de Cereceda:

—Hay mujeres que son verdaderos ángeles, y una de ellas, indudablemente, ha sido la que salvó a nuestro amigo de la calumnia. No sé quién pueda ser… pero lo ha salvado.



## Capítulo V

# De qué modo la joven marquesa de Atonilco abandonó su palacio de Monte-Carlo

ESPINOSA daba ya por terminado en sus cartas el negocio de Londres, anunciando su próximo regreso.

La certeza de que iba a ver a su espose de un momento a otro alarmó a Jazmina, como si hasta entonces hubiese vivido en la absurda esperanza de que siempre estarían separados.

Sentíase sin fuerzas para arrostrar la presencia de su marido. Se dio cuenta por primera vez de la diferencia que existe entre la presencia real de una persona y el pensar en ella a través de las vaguedades creadas por la distancia. Si le había sido tolerable en los últimos días el recuerdo de Espinosa, era porque esperaba no verle más.

Ella y Marcelo iban a huir. Dejaría escrita una carta pidiendo perdón a su marido, confesando que no era digna de él, suprimiendo bruscamente el último año de su vida…

Adormecidos ella y su amante, primero por la novedad de sus entrevistas, luego por aquel episodio inesperado de la muerte de Duncan, habían dejado pasar los días en una especie de somnolencia, a la vez grata y dolorosa… Y ahora iba a presentarse de un momento a otro el marqués de Atonilco, contento del éxito de su viaje, ansioso de ver a su esposa, tal vez trayéndola costosos regalos adquiridos en Londres; y ella se estremecía al pensar en los primeros

momentos de su entrevista, como si ésta representase un sacrificio doloroso e irresistible.

—Debemos huir—se decía—. Aún tenemos tiempo… Necesito infundir mi voluntad a Marcelo.

Se encontraron un atardecer en el camino llamado de la Cornisa, que va por las cumbres de los Alpes, de Niza a Mentón. Era el lugar más seguro para no ser vistos. Los paseos inmediatos a Monte-Carlo podían ser espiados por aquel licenciado Orosio, cuya vigilancia presentían siempre en torno a ellos.

Descendió Jazmina de su automóvil en una revuelta del altísimo camino y empezó a marchar, llevando a su lado a Marietta. El Mediterráneo, contemplado desde esta altura, subía y subía en el horizonte, como un inmenso telón azul.

—Algunos días, al salir el sol—dijo la marquesa a su doncella—, he visto desde aquí las montañas de Córcega.

A sus pies, en el centro del semicírculo formado por un valle, estaba Eze, pueblo medieval, escalonado en las pendientes de una colina aislada que tenía en su cumbre las ruinas de un castillo.

Quedó invisible el automóvil al seguir las dos una curva del ancho camino. Poco después vieron delante de ellas otro auto parado y un hombre que se aproximaba, paseando lentamente, como si le interesase la contemplación del mar.

Marietta se fue quedando atrás, ocupada en recoger florecillas de los matorrales olorosos. Su señora y Cereceda, después de saludarse, salieron de la carretera de la Cornisa, siguiendo un sendero pedregoso, entre pinos atormentados y retorcidos por el viento de la montaña.

Él había tomado un brazo de ella. Luego la besó largamente, mirando a un lado y a otro para estar seguro de que nadie podía verles.

Jazmina cortó el curso de estas caricias con un ademán grave. Debían hablar serenamente y con rapidez. Aunque estaban lejos de Monte-Carlo, pasaban con frecuencia por este camino de las alturas muchos automóviles de excursionistas. Además, el tiempo les apremiaba. Era preciso huir. ¿Qué había preparado Marcelo para realizar esta fuga cuanto antes?…

Se excusó el joven, avergonzado y confuso, no sabiendo cómo expresar su falta.

Deseaba huir lo mismo que ella. ¿Qué mayor felicidad para ambos?… En los últimos días se había forjado la ilusión de que Jazmina era libre. Su marido no existía para él. Y ahora iba a llegar, perturbando el egoísmo amoroso de los dos,

que se creían solos en el mundo… Además, Marcelo iba a sufrir por la noche el tormento de los celos, unos celos inconfesables, absurdos, al imaginarse que el otro vivía íntimamente con su esposa, mientras él estaba lejos…

Dijo esto tan sinceramente, que Jazmina, a pesar de sus preocupaciones, sonrió agradeciendo tales palabras.

Luego Cereceda hizo la confesión más penosa:

—Para huir es preciso dinero… y yo no tengo en este momento el que necesitamos.

Iba a cablegrafiar pidiendo a su hermano un auxilio extraordinario. Había escrito, además, a un gran amigo suyo que estaba jugando en Cannes, para que le hiciese un préstamo; pero acababan de decirle en Monte-Carlo que había partido el día antes a París.

—Estoy seguro de que encontraré fondos—continuó, con cierta expresión de cansancio—, pero necesito tiempo, unos cuantos días, una semana nada más… ¡Y ese hombre, que va a llegar de un momento a otro!

Mostraba en sus palabras odio al dinero, sin que por esto dejase de venerar su influencia sobrehumana. Recordó al fantasma de las alas de oro que había visto tantas veces el difunto Duncan.

—¡Y pensar que todos somos esclavos de ese monstruo vestido de billetes y monedas, y que cuando intentamos prescindir de él se coloca como un obstáculo ante nuestros deseos y nuestros actos mejor preparados!…

Jazmina creía menos en el dinero.

—Yo he sido pobre la mayor parte de mi vida. Te he contado cómo viví con papa y mama, casi como unos bohemios. No me da miedo la pobreza. Vámonos mañana y tú iras arreglando todo eso de que hablas para adquirir dinero.

Era la audacia femenil que desprecia los obstáculos de la vida, muchas veces porque los ignora. Nada le inspiraba miedo yendo al lado de su amante.

Cereceda, menos osado y más conocedor de la realidad, movió su cabeza negativamente.

Amaba el dinero como algo necesario para la existencia. Nunca había sido pobre. Su niñez y su adolescencia las había pasado en la abundancia patriarcal de una propiedad cuyos límites se perdían de vista. Luego, en Europa, había sufrido algunas veces apuros momentáneos de dinero, pero vivienda siempre entre las gentes desocupadas y poderosas que poseen la riqueza. Podía concebir esfuerzos y apuros para adquirir lo que supone el lujo y el placer, pero en ningún caso la lucha por el pan. Había vivido siempre muy por encima de esta exigencia

miserable.

—No puede vivirse sin dinero—siguió diciendo—. Me aterra el pensar la vida contigo sin que pueda darte lo que tú necesitas, acostumbrada como estas a una gran riqueza.

Dejándose llevar Jazmina por la intrepidez ilógica de toda mujer, que defiende el egoísmo de su amor, dijo con sorprendente credulidad:

—Tú trabajarás… tú ganarás dinero para mí… ¡Qué hermosa vida!

La suposición de que él pudiera mantenerla en el lujo con su trabajo hizo sonreír escépticamente a Marcelo. Se conocía bien a sí mismo. Era capaz de toda clase de trabajos por deporte o por vanidad, cambiando frecuentemente sus aficiones laboriosas. Pero nunca el trabajo le había dado producto, y se consideraba incapaz de ganar dinero como los otros hombres. Era una criatura de lujo, organizada solamente para la sensualidad material. Si alguna vez pudo llegar al idealismo, fue por el camino del amor.

Jazmina se mostró impaciente ante su pasividad resignada. Presintió de un modo confuso que en este amor sus personalidades habían sido invertidas. Ella era el hombre, por la fuerza de su voluntad y la rectitud de su lógica, no vacilando ante la acción y el sacrificio. Notaba en su amante el mismo miedo a perder el bienestar y tener que amoldarse a las escaseces que había visto en otras mujeres.

—¡Y pensar—dijo Cereceda—que el lujo y el dinero nos rodean a todas horas, mientras nos falta lo necesario para realizar nuestros deseos!…

Instintivamente miró, al decir esto, el valioso collar que llevaba Jazmina, medio oculto bajo el pecho de su vestido, las sortijas y brazaletes de una de sus manos, desenguantada poco antes.

Como si temiese que esta exclamación espontanea fuese mal interpretada, se apresuró a añadir:

—Una riqueza inútil, enemiga nuestra, pues pertenece al otro. Nosotros sólo podemos huir contando con lo mío. Soy el hombre, y debo proceder como el cazador de los tiempos prehistóricos, que traía el ciervo a cuestas a la caverna para alimentar con su carne a la mujer y que se vistiese con su piel… Pero ¿cómo encontrar lo que deseo?

Hablaron aún media hora, yendo y viniendo por aquel sendero entre pinos para no alejarse mucho del camino de la Cornisa. Acabaron los dos sintiéndose animados por cierto optimismo, como siempre que pasaban algún tiempo juntos. No iban a ser tan desgraciados que el marido se presentase al día siguiente.

Hacía varias semanas que anunciaba su llegada en breve plazo. Lo mismo sería ahora.

—Solo necesito cuatro o cinco días—dijo él—. Voy a telegrafiar esta misma noche a mi amigo. Si no me contesta, mañana salgo en el *tren azul* para París. Asunto de llegar, verle y volver. Yo sé que si le veo podré disponer de cuanto necesite… Y así que vuelva, huiremos inmediatamente en dirección opuesta: a Roma, a Viena… tal vez será mejor a Constantinopla.

Se despidieron, acordando la manera de volver a verse cuando él hubiese organizado todo lo necesario para la fuga. Si partía al día siguiente a París, sólo dejarían de verse cuatro días. El secreto de sus relaciones exigía el prescindir de avises telegráficos, aunque fuesen con texto disimulado. Así que volviese, su criado buscaría a Marietta con un pretexto cualquiera, para darle la noticia.

Sintióse Jazmina tranquilizada después de esta entrevista en lo alto de los Alpes, respirando aire puro, viendo una inmensidad de mar igual a la que se domina desde un trasatlántico. Ella y su amante creían haber vivido una hora extraordinaria, superior a la de los otros mortales que caminaban allá abajo, por las arrugas de la corteza terrestre.

Al día siguiente estuvo Jazmina en el Casino por la tarde y no vio a Marcelo. Procuró hacerse la encontradiza con Briansky, que iba de un lado a otro como siempre, dando la noticia del día por insignificante que fuese.

Disimuladamente le hizo hablar de Cereceda.

—No le he visto—dijo «el Boyardo»—. Tal vez venga de un momento a otro.

Jazmina tuvo la convicción de que había salido para París. También encontró aquella tarde en las salas privadas a doña Eufrosina y a su hija, las cuales fingieron no verla. Hasta el licenciado Orosio, que siempre andaba cerca de ella y de Cereceda para escuchar sus palabras, se mantuvo alejado, con cierta indiferencia.

Creyó notar en los tres la descansada y fría pasividad de los que han llegado al término de un trabajo y no necesitan insistir en él.

Ella los miró igualmente con cierta indiferencia. ¡Qué podían importarle sus odios, cuando iba a huir de aquel palacio de las Esfinges que tanto había admirado en otros tiempos!…

En las primeras horas de la tarde siguiente, cuando Jazmina formaba en su memoria una pequeña lista de los objetos necesarios que debía llevarse en su fuga, vio venir corriendo a Marietta.

—El señor marqués—dijo—acaba de llegar. Esta abajo con su ayuda de cámara.

Como si viniese siguiendo los pasos de la doncella, apareció poco después la corpulenta figura de Espinosa, con su faz barbuda dilatada por una risa de muchacho.

Había querido sorprender a su esposa, llegando sin avisarla, y acababa de conseguirlo. Mientras celebraba con nuevas risas su jugarreta, besó y abrazó a Jazmina con tanto ímpetu que casi la levantó del suelo.

Ella no sufrió ningún desmayo, como se había imaginado tantas veces. Sólo bajó la cara, algo avergonzada al ver a su esposo.

La vida, para hacerse llevadera, nos reserva muchas serpresas. Después del primer asombro por su llegada, lo miró de frente, sin rubor alguno, sin otro signo de turbación que un ligero parpadeo de sus ojos cada vez que el gigante enamorado fijaba su mirada en ella.

Supo reir con fingido alborozo cuando el impaciente Espinosa, sin quitarse su traje de viajero, abrió un bolso y le mostró un estuche con varios brillantes que había adquirido en Londres, disputándoselos a un multimillonario coleccionista famoso de piedras preciosas.

—¿Y esto no merece nada?—dijo con una expresión de cómica protesta—. ¿No vale siquiera un beso de mi mujercita?

Tuvo ella que besarle repetidas veces, adivinando la emoción que despertaba en este hombre el contacto de su cuerpo, luego de varias semanas de ausencia.

Hablaron tranquilamente del éxito financiero del viaje. Espinosa se mostraba contento.

—Senos más ricos que antes, hija mía—dijo con vanidad—. Puedes darte gusto en todo lo que quieras. Ya sabes que me satisface verte triunfar sobre las otras mujeres. No será éste el último regalo. Te guardo otras sorpresas.

Y ella miró varias veces con ojos de disimulado odio aquel estuche, sobre cuyo terciopelo obscuro brillaban los diamantes como estrellas caídas. ¡Y pensar que con mucho menos de lo que valían estos pedruscos ella y Marcelo estarían ya lejos, envueltos en una felicidad que se imaginaba eterna!…

Durante la noche el único dichoso fue Espinosa. La novedad de la vuelta a su casa le hizo olvidar todas las prudencias que le habían exigido los médicos. Y Jazmina, con el pensamiento puesto muy lejos, completamente insensible a la realidad, se dejó amar lo mismo que una de aquellas mártires santas que recibían impasibles los ultrajes carnales con los ojos mirando al cielo…

Sin embargo, las bondades de este hombre acabaron por despertar en ella la comezón del remordimiento. No habría podido encontrar en toda la tierra nadie que la adorase de un modo tan exclusivo. El mundo para él era Jazmina, viéndolo todo a través de su persona.

Su noble confianza era para ella otro motivo de vergüenza. Fiado en la palabra que le dio una noche, no sentía celos ni sospechas. No se le podía ocurrir que faltase a lo que había prometido. Creía en la rectitud de su carácter.

Así había sido ella antes… Luego, ¡ay! llegaba el amor, con sus egoísmos que impulsan a la mentira y la vileza.

Fueron en la tarde siguiente al Casino. Espinosa quería recobrar inmediatamente sus costumbres, saludar a los amigos, volver a la antigua vida.

—¡Qué raro!—dijo a su mujer—. No vemos al amigo Cereceda por ninguna parte.

En vano preguntó por él al «Boyardo» y a otros, lamentando no poder invitarle al almuerzo que al día siguiente pensaba dar a todos ellos.

También vio de lejos a la viuda de su hermano, pero evitó encontrarse con ella.

—¿Aún no se han ido Eufrosina y su hija?—preguntó a su esposa—. Estas mujeres me dan tristeza cada vez que las veo. Me parecen de otro mundo. Yo tenía la esperanza de no verlas aquí.

En el mismo momento doña Eufrosina y su hija hablaban al licenciado Orosio, que acababa de reunirse con ellas.

—Creo mejor escribirle—dijo la viuda—. Usted, Raúl, que plumea tan bien, me dictara la carta. Sé de lo que es capaz cuando sufre un disgusto. Mi difunto, a pesar de que era su hermano, evitaba sus cóleras; y no digo nada cómo se pondrá cuando le cuente el sacrificio de su mujer… Porque, para mí, es indudable, como dice usted, que ella reveló su secreto para evitar que metiesen en la cárcel a su amante.

Transcurrió un día más, y al anochecer, cuando los marqueses de Atonilco volvieron a su casa, el ayuda de cámara de Espinosa le entregó una carta, traída horas antes por el mensajero de un hotel.

Jazmina había subido al primer pise para cambiar de vestido. Su esposo, con la carta en la mano, se metió en su despacho para leerla cuanto antes.

—Letra de mi cuñada—dijo mirando el sobre—. De seguro que contiene algo desagradable. Siempre me produce cierta impresión de miedo recibir cartas suyas.

Al enterarse de los primeros renglones, sentado ya a su mesa de escribir, hizo un gesto despectivo y estuvo tentado de interrumpir la lectura.

—¡Historias viejas!—dijo en voz baja—. Cuentos y enredos. ¿Qué deseará de mí cuando hace un exordio tan largo e intenta mostrarme tanto cariño?…

Doña Eufrosina se lamentaba de las desatenciones y olvidos que Espinosa había tenido con ella y su hija, después de la muerte de su hermano. Eran su única familia en el mundo, la verdadera, y él había querido inventar otra sólo por molestarlas, cometiendo la locura de casarse con una jovenzuela que nunca lo había amado.

Esto último hizo encogerse de hombros al marqués de Atonilco, sonriendo burlonamente… De pronto su rostro empezó a ponerse ceñudo, mientras proseguía la lectura. Por dos veces profirió en voz baja una blasfemia española. Luego empezó a repetir indefinidamente estas malas palabras, pero con voz cada vez más fuerte, hasta convertirse finalmente en una especie de alarido, que se fue extendiendo por la amplia pieza.

—¡Qué historia!—dijo interrumpiendo sus juramentos—. ¡Qué horrible invención!… A esa tía de lengua venenosa la mato yo. ¡Lástima que sea mujer! Daría cualquier cosa por que se convirtiese en hombre. Ahora mismo iba a buscarla en su hotel… De todos modos, pienso darle dos patadas a ese abogadillo que va a ser su yerno. Él debe haberle dictado este tejido de infamias.

Con la horrible curiosidad que inspira siempre el mal, siguió leyendo hasta llegar a las últimas líneas de la carta, antes de la firma:

»…y tu mujer ha sacrificado su reputación por salvar a ese Cereceda, declarando que estaba con él la noche en que se suicidó Duncan.»

Quedó Espinosa anonadado después de su primera crisis de indignación. Durante esta inmovilidad desalentada, una labor destructora se fue realizando dentro de él.

Aquella confianza firme en Jazmina se resquebrajó, viniéndose abajo instantaneamente. Se fueron amontonando en su alma las nubes de una tormenta de cólera más grande que la anterior. Otra vez rugió soeces palabras, recuerdo de las malas horas de su juventud aventurera, e hizo una bola de la carta, arrojándola al suelo.

Al levantarse de su sillón tropezó con él, y fue tal su ira, que empezó a golpearlo, dando puñetazos igualmente a la mesa y a todos los muebles que fue encontrando hasta llegar a la puerta.

—¡Jazmina!… ¡baja!—gritó con voz estridente, al pie de la monumental

escalera.

Precisamente la joven estaba ya descendiendo, sin sospechar lo que ocurría, y apareció en el primer rellano, sereno el rostro, lento el paso, con su aire de esposa siempre mimada, que ha tomado la costumbre de marchar por dentro de su casa con aires de reina.

Como si de pronto el peligro le avisase su presencia con un acre perfume que sólo ella podía percibir, palideció, vacilando un momento sobre sus piernas, abriendo desmesuradamente sus ojos.

Aquellas dos palabras imperiosas de llamamiento, que no decían nada en verdad, habían senado en sus oídos como un tañido de campana fúnebre.

Sin mirarla volvió él a su despacho, y Jazmina le siguió, cerrando con instintiva precaución la puerta detrás de ella.

Espinosa, con la barba y la cabellera alborotadas, como si la emoción las hubiese erizado, le mostró la carta que acababa de recoger del suelo, estirando el papel, oprimiéndolo entre sus manos para borrar las arrugas.

—Toma… ¡lee!…

Ella obedeció, pero sus ojos, enturbiados por la emoción, no leyeron nada.

¿Para qué?… En un momento lo había adivinado todo. Era el golpe que presentía desde algunas noches antes, sin saber de dónde podía venir ni en qué forma. Y quedó con el cuerpo rígido, intensamente pálida, entornando los ojos e inclinando la cabeza, como si esperase un mazazo mortal.

—¿Son verdad—gritó él—todas las infamias que me cuenta esa mujer?

El instinto de conservación la impulsó a defenderse, a mentir. Podía contar con la influencia inmensa que su palabra ejercía sobre este hombre. Tal vez sólo deseaba él una protesta de fingida indignación para aplacarse, volviendo toda su cólera contra los otros. Pero algo había en Jazmina que paralizaba su voluntad.

Se imaginó que acababa de romperse dentro de ella un resorte regularizador de su vida. ¿Para qué mentir? Finalmente, resultaría inútil. Además, ¡pasar toda una vida larguísima siempre en la mentira!… Inclinando aún más su cabeza, acabó por decir con voz lenta y algo sofocada:

—Es verdad.

Ante esta lacónica confesión, Espinosa quedó desconcertado un momento. Luego renació en su interior el hombre de juventud aventurera acostumbrado a solucionar sus cuestiones y a imponer su autoridad en el desierto con el revólver y el cuchillo.

Levantó un brazo amenazante, grueso y duro como una rama de árbol, con el

puño cerrado a su extremo, igual a una maza.

—¡Ah, miserable!—gritó—. ¡Ah, grandísima…!

Pero mientras rugía la palabra más ultrajante que puede oír una mujer, su brazo se mantuvo inmóvil.

Cediendo instintivamente a la emoción y al miedo, Jazmina había doblado sus piernas, cayendo de rodillas ante el esposo para recibir su golpe.

El brazo de Espinosa descendió lentamente y sin fuerza a lo largo de su cuerpo. Su rostro fue pasando del horrible crispamiento de la cólera a la melancolía de un dolor inmenso, y dijo, al fin, como si formulase una queja:

—Tú me habías prometido pedirme socorro cuando te sintieses en peligro… Ta me dijiste que viviera tranquilo, confiado en tu lealtad.

Ella acababa de levantarse y le miró con sus ojos llorosos, contestando desalentada:

—¡Prometemos de buena fe tantas cosas que la vida nos impide luego cumplir!…

Hubo un silencio de varios minutos, que a los dos les parecieron largos como horas. Jazmina hizo un esfuerzo, y pretendiendo afirmar su temblorosa voz, dijo con humildad:

—Reconozco mi vileza… No puede seguir aquí más tiempo… Debo irme.

El la miró con odio, como si la viese completamente distinta a la que había tenido siempre a su lado, y contestó rudamente:

—Es lo mejor que puedes hacer… Márchate… De seguir aquí, ¡quién sabe si acabaría matándote como matare al otro!…

Jazmina se dirigió muy despacio hacia la puerta. Antes de llegar a ella se detuvo junto a una pequeña mesa en la que se amontonaban varias revistas inglesas y americanas.

Lentamente se quitó su famoso collar de perlas y esmeraldas, depositándolo sobre los cuadernos impresos. Después fue sacando de sus dedos las sortijas, e hizo lo mismo. Finalmente se despojó de una ancha pulsera de platino, zafiros y brillantes.

—Me voy como vine—dijo con voz lacrimosa—. Nada de esto me pertenece… Sólo te pido un poco de compasión… Muchas veces somos menos culpables de lo que parecemos.

Y salió, cerrando la puerta detrás de ella.

Se mantuvo Espinosa inmóvil largo rato, con la mirada fija en esta puerta por donde habla desaparecido su mujer. De pronto lanzó un grito:

—¡Jazmina!… ¡Jazmina!

Corrió a una de las dos grandes ventanas de su despacho, llegando a tiempo para ver cómo ella atravesaba el jardín, yendo hacia la puerta de la verja, tal como se había vestido para la comida, sin sombrero, sin abrigo.

Volvió a gritar el mismo llamamiento, y Jazmina, sin volver la cabeza, hizo un gesto negativo y siguió marchando. Entonces, el esposo, con un ardor de joven, salió corriendo de su palacio y la alcanzó en el jardín. ¡Que podían importarle la curiosidad y la estupefacción de aquella servidumbre que había adivinado desde media hora antes este drama conyugal!…

La agarró como si fuese a raptarla. Sus brazos vigorosos la levantaron del suelo y volvió cargado con ella hasta el gran salón, dejándola caer en una butaca.

Jadeaba, no por el esfuerzo hecho, que representaba poca cosa para él. Era un jadeo de inquietud, casi de pavor.

—¡No te vayas!—suplicó con voz de gemido—. Al dejar de verte hace un momento, creí que me envolvía la noche para siempre, que estaba ciego. En tan pocos minutos he pensado que caían cien años sobre mí.

Permaneció ella en su asiento sin saber que decir, y el hombretón, casi llorando, continuó con humildad:

—Ta eres la juventud, la alegría de la vida, mi única razón de que yo exista, ¡Quédate! Tal vez pienses que soy cobarde, pero ¡ay! ¡quiero vivir!…

La esposa elevó hacia él unos ojos melancólicos, diciendo tristemente:

—¿Y crees posible nuestra vida, después de lo que hay entre los dos?

Espinosa dio unos paseos en silencio y contestó luego con voz sombría:

—No sé… Seguramente nuestra existencia ya no se parecerá a la de antes. Seré malo para ti, lo reconozco; seré malo aunque quiera ser bueno. Los celos, los terribles celos, fundados en la realidad, sin el consuelo siquiera de la duda… ¡Que suplicios nos guarda el porvenir!

Ella se incorporó, y abandonando el sillón, fue hacia la puerta, como si pretendiera marcharse otra vez.

Su marido se puse delante para cortarle el paso, diciendo con voz de súplica:

—Hay un remedio. Nos iremos de aquí para siempre. Venderé esta casa, que puede recordamos a todas horas el pasado.

Jazmina insistió en marcharse, dando un pequeño rodeo para evitar que su esposo le obstruyese el paso. No le convencían sus palabras.

—¿Y después?… Por lejos que huyamos, Juan, el recuerdo nos seguirá a todas partes.

Espinosa, para evitar que se marchase, la había cogido de las manos, atrayéndola hacia su pecho.

—No, no le vayas —dijo besándola en la frente—. Tengo miedo de quedarme solo otra vez. Viviremos como dos presidiarios unidos por la misma cadena; como dos cautivos agarrados al mismo remo… Pero te veré siempre.

La atrajo de nuevo sobre su pecho, dominándola con sus brazos de atleta, al mismo tiempo que besaba sus cabellos, sus ojos, sus orejas, todo lo que encontraba al alcance de su boca en aquella cabecita adorada y detestada al mismo tiempo.

Un sentimiento de cólera parecía haber agrandado aún más su amor, dándole nuevas y dolorosas sensaciones. Casi lloraba mientras iba hablando del porvenir con una franqueza cruel.

—Vamos a sufrir mucho, Jazmina. Tendré horas de odio, y tal vez en otras me verás sonreír… y hasta olvidar. Luego volveré a martirizarte con mis celos. El amor es así. Nos aguarda una vida de infierno… pero la acepto si es contigo… ¡siempre contigo!

# PARTE TERCERA

# LA CASA DE LAS ADELFAS

# Capítulo I

## Peregrinación sentimental

VAN TRANSCURRIDOS seis años. La guerra europea acaba de realizar grandes transformaciones en la vida del viejo mundo.

Williams Cereceda ha pasado la mayor parte de esto tiempo en su país. Poco después de iniciarse la guerra su padre murió, y él tuvo que trasladarse a la Argentina, creyendo que este viajo sólo iba a durar unos meses.

Luego, al verse lejos del conflicto mundial, sintióse tentado por el mismo egoísmo de los que se mantenían al margen de la gran calamidad. Las tristezas y los heroísmos de Europa le parecieron más interesantes contemplados desde el otro lado del Océano. Además, ya era propietario por la reciente herencia, y aunque dejaba todo lo suyo bajo la dirección de su hermano *el Gaucho*, podía hacerse ilusiones sobre su propia utilidad permaneciendo al lado de este.

Vio acrecentarse rápidamente su fortuna. Jamás el trigo ni la carne se habían vendido tan caros. Ya podía pasar el resto de su existencia tranquilamente, pues la guerra lo había hecho millonario. No podía compararse con otras fortunas improvisadas recientemente de un modo vertiginoso, pero de todos modos figuraba entre los ricos, aunque fuese con modestia, y no tendría ya que vivir de la pensión paternal ni de las generosidades de su hermano.

Otra razón lo mantuvo lejos de Europa, sin interés por volver a ella. No sabía con certeza en qué lugar del mundo, pueblo o ciudad, estaban los marqueses de Atonilco, pero consideraba indudable que se habían trasladado a América desde

el principio de la guerra.

Recordaba su sorpresa al volver a Monte-Carlo, después de haber pasado seis días en París, y encontrarse con que los dueños del palacio de las Esfinges se habían ido sin dejar ninguna dirección.

Briansky, que lo sabía todo, dudó al pretender darle informes. Tal vez habían tenido que salir para Londres a causa de aquel asunto importante de minas que había obligado al marqués a realizar el mismo viaje semanas antes.

Transcurrieron meses, y había ya empezado la guerra, cuando Marcelo tropezó en París, poco antes de marcharse a la Argentina, con aquella Marietta que había sido doncella de la marquesa de Atonilco.

No pudo en realidad la italiana darle noticias precisas. Se imaginaba algo terrible ocurrido entre sus señores; había adivinado de lejos aquella breve y terrible conversación de ambos, un anochecer, en su palacio de Monte-Carlo. Luego habían mostrado los dos, con ella y con la demás servidumbre, una prudencia fría, siempre vigilante, para evitar que sospechasen lo ocurrido.

El marqués trataba a su esposa con grandes miramientos, y esta le correspondía mostrando por él una deferencia respetuosa. Esto no había impedido que Espinosa, como si adivinase la complicidad de la doncella italiana, la despidiese, no alegando ningún motivo de queja, entregándole por el contrario una buena cantidad de dinero a guisa de indemnización.

—Se van a América—dijo la doncella—. Creo que han partido ya.

Fue inútil que Cereceda la interrogase para precisar adonde se habían dirigido. Marietta sólo conocía una geografía pintoresca creada por ella para su uso propio. América le parecía una nación como las demás de Europa, nombrando las más lejanas capitales de sus diversos pueblos como si fuesen ciudades inmediatas. Y Marcelo tuvo que desistir de hacerle más preguntas.

Mucho tiempo después, viviendo en la Argentina, tuvo noticias de los marqueses de Atonilco por unos españoles residentes en Buenos Aires.

Estaban en Nueva York. Espinosa, hombre activo, que sólo podía descansar trabajando y ganando dinero, había acabado por sentir la atracción de la guerra, creadora de innumerables negocios. Estos compatriotas suyos le habían visto en los Estados Unidos. A pesar de su enfermedad cardíaca, trabajaba como en los tiempos juveniles, enardecido por la actividad extraordinaria de aquella época.

Ahora construía buques para el avituallamiento de las naciones aliadas. Con la facilidad de producción característica de los Estados Unidos, había montado un gran astillero cerca de Nueva York, llegando a lanzar un nuevo barco cada

tres semanas. Algunos de ellos eran torpedeados inmediatamente por los submarinos alemanes, perdiéndose con sus cargamentos de víveres o municiones; pero Espinosa lanzaba en seguida otro al agua.

De la joven marquesa poco pudieron decirle estos informadores. No la habían visto. Vivía alejada de las fiestas sociales.

Dos años antes de que finalizase la guerra, Marcelo inventó para sí mismo un pretexto comercial que justificase su viaje a Nueva York. «El Gaucho», siempre admirador suyo, creyó en la posibilidad de que descubriese en la América del Norte mejores mercados para la carne y el trigo de la Argentina, y le impulsó a que realizase dicho viaje.

Resultó inútil para lo que Cereceda buscaba en realidad. Los marqueses de Atonilco ya no vivían en Nueva York. Por el mal estado de su salud, Espinosa había vendido su astillero a otros compatriotas, que continuaban sus buenos negocios. Era más rico que nunca. La guerra había doblado varias veces su fortuna, sin que él lo buscase, y todos creían su muerte próxima.

Lo raro del caso para Marcelo fue que nunca mencionaban a su esposa, no obstante su juventud y su belleza. Todos sabían de un modo vago que vivía junto a él, cuidándole con una abnegación silenciosa y modesta, pero nadie la había visto. Algunos, mejor enterados, le dijeron que Espinosa había vuelto a Méjico, viviendo en una de sus provincias, como si la tierra de su juventud, sobre la cual había creado su fortuna, lo atrajese en sus últimos años.

Por ser Cereceda de carácter débil y algo tornadizo, no logrando sobreponerse su voluntad a la influencia del tiempo, desistió de ir más allá en busca de Jazmina. Méjico estaba, como siempre, en revolución. Además, él amaba las grandes ciudades y sentíase sin fuerzas para despegarse de las atracciones de Nueva York. Sólo se marcharía de allí para volver a Buenos Aires o para ir a Europa, arrostrando el peligro del torpedeamiento.

Volvió a su país, y el recuerdo de Jazmina fue palideciendo en su memoria. Representaba tal vez la mejor página de su pasado, pero ya algo borrosa.

—Acaso no la veré más—se dijo algunas veces—, y yo no voy a vivir lo mismo que un solitario en el desierto, como si no existiesen otras mujeres en el mundo… Todavía soy joven.

Este egoísmo le hizo mezclarse en aventuras amorosas, cortas y frecuentes, con mujeres que las más de las veces le hacían recordar con nostalgia a su amante de Monte-Carlo.

—De todos modos, amenizan mi existencia y me ayudan a vivir—decía a

guisa de consuelo.

El primer efecto de la paz europea fue dejar libres y seguros los mares. Con el ímpetu del agua al abrirse una esclusa, todas las gentes acomodadas de América se lanzaron en viaje hacia Europa, ansiosas de resarcirse de los cinco años de abstención.

Cereceda fue de los primeros en embarcarse, para vivir en París. Luego, el invierno le hizo pensar en la Costa Azul. Sintió el melancólico deseo de volver a instalarse en Monte-Carlo, como seis años antes.

Tal número de años era poca cosa para un hombre todavía joven; más de todos modos, pensaba con nostalgia en el tiempo pasado, a causa de los recuerdos que veía erguirse en el primer término de su memoria.

Fue a Monte-Carlo arrastrado por la añoranza que todos sentimos de volver a contemplar los lugares donde transcurrieron los más gratos episodios de nuestra existencia. Con la emoción del viajero que vuelve tras largos años a su tierra natal, se lanzó a correr la ciudad al día siguiente de su llegada.

Encontró el Casino, su plaza y sus jardines lo mismo que antes de la guerra. Era una inmovilidad sonriente, que parecía desafiar al tiempo y al espacio, como las ciudades encantadas de los cuentos árabes que siguen en el mismo estilo, siglos y siglos, sin sufrir mella alguna.

Lo único que había cambiado era la muchedumbre. Resultaba más variada en su exotismo que la de seis años antes. Hasta de las islas de Oceanía llegaban viajeros para visitar los campos de batalla. Y después de satisfecha su curiosidad de lejanos espectadores de la gran matanza, un deseo de sol y de cielo azul los empujaba a la costa del Mediterráneo, viniendo finalmente a ver al dios Azar en su famosa catedral del Casino.

Estas muchedumbres nuevas hacían lo mismo que las otras de años antes. Jugaban, paseaban a las horas de sol, oían música y se divertían por la noche en restoranes y *dancings.*

—Pero son otros—seguía diciéndose el argentino—. Muchos ricos de ahora eran pobres hace seis años, y ¡quién sabe cuántos ricos de entonces han sido barridos por la miseria!…

Pasó Cereceda gran parte de la mañana circulando entre gentes desconocidas. Hasta los porteros del Casino eran distintos a los de su época.

Al dar una vuelta más en torno al jardincillo central de la plaza, tropezó con un amigo, el llamado príncipe Briansky, por otro nombre «el Boyardo». No podía ser otro.

Parecía guardar la misma inmutabilidad sonriente de los edificios de Monte-Carlo. Lo vio casi lo mismo que seis años antes. Únicamente tenía las patillas más blancas, la espalda más encorvada, y un poco menos de memoria para recordar a la gentes. Seguía mostrándose obsequioso con todo el mundo; saludaba como amigos íntimos a los que había conocido el día anterior, y mostraba ansiedad por saber el nombre y la historia de cuantos llegaban a esta ciudad universal.

Al reconocer a Cereceda lo abrazó con grandes muestras de alegría. Por uno de sus innumerables amigos estaba enterado de que ahora era muy rico, inmensamente rico. Para él, todos los que no estaban en la miseria debían ser forzosamente multimillonarios.

Luego, al hablar de la muchedumbre cosmopolita de aquella Costa Azul que apreciaba como su propia patria, acabó por ocuparse de su estado actual.

—Yo era pobre — dijo—antes de la revolución rusa. El juego de Monte-Carlo se había encargado de liquidarme socialmente, sin necesitar para esto al compañero Lenine. Pero va usted a encontrar ahora aquí muchos «nuevos pobres». Toda la Rusia aristocrática o burguesa que pudo librar su vida toma el sol en la Costa Azul para consolarse de su miseria.

Se separaron, dándose palabra de verse aquella misma tarde. «El Boyardo» tenía que abandonar a su amigo. Lo estaban esperando en el Café de París otras personas no menos amigas suyas que le habían sido presentadas la semana antes.

Continuó el joven sus paseos por la ciudad. Deseaba recordar su aventura amorosa, yendo como un peregrino sentimental a visitar los lugares donde había estado con Jazmina.

Toda lo encontraba cambiado. No veía en ninguna parte algo que evocase el recuerdo material de su adorada persona.

Pasó ante la magnífica vivienda que había sido de Espinosa. Varios niños ingleses, rubios, sonrosados, de piernas largas, corrían por el jardín bajo la vigilancia de una institutriz. Al verle inmóvil junto a la verja de la entrada, se acercaron todos ellos para mirarle. Del interior del palacio salió una pareja, un matrimonio todavía joven, rubios los dos, indudablemente los padres, que le miraron también con extrañeza a causa de su insistencia. Eran los nuevos dueños de la casa. Estaban sin duda momentos antes en el jardín de invierno, donde él había besado por primera vez a Jazmina. Hasta le pareció reconocer a través de la pared de vidrio, entre las numerosas palmeras, la que había cobijado esta primera caricia bajo el surtidor de sus ramas.

Cereceda se apresuró a alejarse. Nada quedaba ya en esta vivienda lujosa de aquel pasado que él llevaba dentro de su memoria. Los seis años equivalían a medio siglo.

Marchó con una emoción creciente hacia la casa de las Adelfas. Ni por un momento pasó por su recuerdo la imagen del pobre Duncan.

Aquí había estado ella. Era la verdadera casa de Jazmina. Se lo había dicho, en el silencio de la noche, con la franqueza brutal que sigue a los delirios de la carne. El palacio de su marido le parecía en aquel momento una cárcel. Y esperaba Cereceda que las paredes de esta vieja construcción y su jardín iban a hacerle revivir las mejores horas de su existencia.

Al llegar a la casa de las Adelfas encontró el edificio igual que seis años antes, pero había muchas cosas cambiadas en el jardín. El jardinero era otro; un hombretón de aspecto arrogante y con bigote rubio, que le miró con cierta altivez militar. Parecía disfrazado con su mandil azul de horticultor. Su traje y su calzado, aunque viejos, revelaban un origen elegante y costoso.

Plantado junto a la verja, donde no podía verle este jardinero que él llamaba «improvisado», fue Cereceda examinando su antiguo jardín.

Los altos grupos de adelfas no extendían su sombra solitariamente, como en otro tiempo. Casi parecía un jardín público por lo concurrido. Sentados en sillones de lona vio a varias damas y señores que leían periódicos y conversaban animadamente. Algunos hasta gestionaban con el enardecimiento de la discusión.

Por una ventana abierta del piso bajo vio de espaldas a una joven rubia sentada ante un piano. Reconoció la música: una romanza de Schumann. Sólo vio al principio una nuca blanca, extremadamente blanca, casi infantil, y una melena color de oro. Volvió su rostro la pianista y Cereceda distinguió por breves instantes sus ojos verdes claros, su boca de un rosa pálido, circundando como flor de invernáculo una dentadura menuda y luminosa. Inmediatamente tornó la joven a mirar el papel de música que tenía ante ella, olvidando a este desconocido curioso.

Como Cereceda sólo veía su cabeza y su busto, no pudo apreciar con exactitud su edad.

—Es tal vez una niña—se dijo—y lleva aún la falda corta… Aunque en esta época hasta las mujeres maduras empiezan a usarla así.

Creyó adivinar que la casa de las Adelfas era ahora un establecimiento de pensión, un pequeño hotel familiar, semejante a muchos de Monte-Carlo donde

se albergan los jugadores modestos.

Era imposible encontrar la imagen de Jazmina en este ambiente de vulgaridad. Se deslizó hacia la callejuela contigua, aquella callejuela entre jardines donde estaba la puerta de escape que tanto había figurado en su vida amorosa. Aquí indudablemente le saldría al encuentro el emocionante pasado.

Vio que todo estaba igual. Aún existía la puerta tal como él la había dejado. Ninguna modificación desde la última vez que los pies de Jazmina habían pisado su umbral. Tal vez iba a surgir el fantasma adorado, con toda la plasticidad de lo real.

Para complemento de su ilusión imaginativa, la puerta empezó a abrirse, y esta oportunidad despertó en él cierta emoción supersticiosa.

Una mujer apareció entre la hoja de la puerta y el quicio. ¡Jazmina!… Pero lo que vio fue una mujerona muy gorda, chata y pelirroja, indudablemente una rusa, con los brazos arremangados y el traje sucio. Tenía aspecto de cocinera.

Esta hembra vigorosa, al sorprender a Marcelo mirando la puerta, empezó a sonreír amablemente; pero el joven se alejó, queriendo evitar un motivo de conversación.

Al pasar otra vez ante la fachada de la casa tropezó junto a la verja con Briansky, que iba a entrar en ella. El ruso le saludó con la efusión de siempre, considerando necesario explicarle su presencia:

—Ahora recuerdo que usted habitaba aquí con aquel pintor ingles que se mató; ¿cómo se llamaba?… ¡Ah! sí; Duncan. Sus habitantes actuales son también grandes amigos míos: el general Kolontay y su familia. No crea que es una casa de pensión como las otras. La generala y su hija Angélica sólo admiten como huéspedes los que fueron amigos suyos en tiempos de grandeza: todas gentes empobrecidas por los bolcheviques.

Luego, con su obsequiosidad absorbente, le obligó a que entrase en el jardín.

—Le gustara conocer a los Kolontay; gente muy interesante y simpática. Yo le presentaré.

«El Boyardo» no podía hacer otra cosa. Había nacido para presentar las gentes unas a otras y dar informes.

Cereceda se vio en el jardín entre aquellos huéspedes que leían y disentían mientras se calentaban al sol. Briansky los fue presentando: todos antiguos generales, altos funcionarios de la corte rusa o diplomáticos. Algunas de las señoras habían sido damas de la difunta emperatriz.

Hombres y mujeres iban vestidos aún con cierta distinción, pero sus trajes

empezaban a envejecer. Todos tenían un aspecto de pobreza mal oculta.

Algunos sonrieron con una obsequiosidad eslava, reflejo del servilismo oriental, al saber que este joven de fresca elegancia, presentado por Briansky, era un millonario de la América del Sur.

Entrando después en el edificio, lo presentó Briansky, al pie de la escalera monumental de mármol, ahora más sucia que en otro tiempo, a la dueña de la casa.

Con anterioridad «el Boyardo» le había dado explicaciones.

—El general Kolontay—dijo—no vive aquí con su familia. Tiene, con otros militares, una granja cerca de Mentón, y trabajan de labriegos, cual si nunca hubiesen hecho otra cosa.

La generala les invitó a entrar en un pequeño salón que servía ahora de lugar de tertulia a sus huéspedes y que Cereceda había conocido como dormitorio de Duncan.

Era una señora de aspecto más joven que el correspondiente a sus años, alta, esbelta, de una distinción algo rígida, como si viviese siempre entre las ceremonias de una corte solemne. Esta tiesura de su cuerpo parecía desaparecer cuando entreabría los labios con sonrisa bondadosa, fijando en su interlocutor unos ojos de niña. La cabellera, en otro tiempo rubia, era completamente blanca, contrastando este color de senectud con su cara juvenil. Tan inverosímil era dicho contraste, que más bien parecía llevar el pelo empolvado como las damas del siglo XVIII.

No mostraba rubor ni tristeza por el nuevo cambio de su situación. Aceptaba los sucesos con un fatalismo oriental. Ya había sufrido y llorado bastante. Ahora era precise vivir.

Briansky creyó del caso alabar al ausente Kolontay y a los que trabajaban con él.

—Es una granja como todas las de esta costa, no muy grande y con viejos olivos. Lo notable en ella son los cultivadores.

Los describía a todos, grandes y forzudos, de aire marcial. Iban con los brazos arremangados, la camisa abierta sobre el pecho, y usaban pantalones y botas todavía de sus antiguos uniformes.

Él había estado una vez en la granja, viendo cómo el general Kolontay daba órdenes a sus camaradas con voz autoritaria, cual si aún mandase tropas, pero trabajando como todos los demás.

—Coronel—decía a uno de los mozos de la granja—, vamos a cargar el

carro.

Y los dos movían sus horquillas, empezando a amontonar heno en una carreta.

Una mujer los acompañaba, prefiriendo la vida del campo a la miseria disimulada de la ciudad. También la describía Briansky. Era todavía joven, muy alta, y guardaba cierto aspecto distinguido bajo su traje de campesina. La había encontrado rodeada de pollos y gansos, que eran vendidos luego a los hoteles de Mentón. Intentó besarle la mano, como en otra época.

—Besos, no—dijo—. Ahora como ajo, lo mismo que todas las de mi clase. ¡Buena comida viviendo en el campo!… Tampoco quiero dar la mano. Las tengo muy diferentes a cuando vivíamos en la corte y era yo baronesa.

Le enseñó dos manos sucias de tierra, algo duras, con las uñas negras. Su marido era un campesino que removía la tierra con una pala, limpiándose a ratos el sudor y bebiendo tragos de vino.

—Y sobre un mueble, dentro de la granja—continuó Briansky—, vi el retrato de un militar ruso, muy elegante, con muchas condecoraciones y gorro de astracán blanco. Era el hombre de la pala, desfigurado ahora por el trabajo. La mujer miró el retrato y me dijo sonriendo: «*Es de cuando mi marido era barón y coronel de la Guardia imperial. Me gusta verlo en mis horas tristes.*»

Conmovido Briansky por sus propias palabras, terminó diciendo:

—¡Que reversión de personas y cosas!… ¡Que naufragio!… Y el resto del mundo vive tranquilo, como si no se hubiese enterado de nada.

Para demostrar con un hecho inmediato todo el alcance de este trastorno social, relató cierta pelea que había ocurrido días antes en una tabernilla del puerto de Niza. Dos cargadores, llevando cada uno en su diestra una gran piedra, se habían golpeado, rompiéndose los dientes. El dueño de la tabernilla tomaba parte igualmente en la disensión y la lucha, por tratarse de ideas políticas. Al intervenir la policía resultaba que uno de los cargadores era antígeno general ruso; el otro, secretario de Embajada; y el tabernero, viejo chambelán del zar.

La generala Kolontay escuchaba impasible a su amigo, como si hablase de cosas harto sabidas, ya sin interés para ella, limitándose a decir en voz baja:

—Muy triste, pero hay que vivir; hay que sostener la antigua dignidad trabajando, como dice mi marido.

Hasta entonces habían hablado los tres acompañadas sus palabras por un piano que parecía sonar lejos, amortiguándose su música a través de paredes y cortinajes. Cuando esta música cesó, la generala fue a la puerta del salón,

gritando varias palabras en ruso. Cereceda sólo pude entender un nombre: «Angélica… Angélica».

Poco después apareció la hija del general. Tenía diez y siete años, según dijo luego su madre, pero a Marcelo le pareció aún de menos edad, a pesar de su gallardía física y su estatura de mujer ya hecha. Lo que más le gustó de ella fue su alegría natural, una sonrisa de graciosa inocencia, cierta confianza de animalillo sano, hermoso y bueno, que no puede creer en la maldad de los otros.

—La señorita Angélica, mi hija —dijo la generala presentándola ceremoniosamente a Marcelo.

Saludó la señorita Angélica con rápida genuflexión, que empequeñeció su estatura un instante. Luego volvió a erguirse con toda su frescura infantilmente audaz.

Cereceda sintióse atraído desde el primer momento por esta belleza extremadamente juvenil. Era un sentimiento dulce y paternal, como no se lo había inspirado hasta entonces ninguna mujer. Nada que se pareciese al amor.

Sintió la tentación de ponerse a jugar con ella, cual si hubiese perdido repentinamente una decena de años y esta Angélica fuese una prima suya o una hermana mucho menor.

## Capítulo II

# De cómo terminó la peregrinación sentimental

APROVECHÓ CERECEDA todas las ocasiones para volver a la casa de las Adelfas. Representaban estas visitas algo de extraordinaria amenidad dentro de la monotonía de su existencia presente. Sólo había encontrado en el Casino unas cuantas amistades de antes de la guerra. Los más de los concurrentes eran desconocidos para él.

Además, Marcelo empezaba a sentir cierta retracción en presencia de personas no vistas hasta entonces, y especialmente si las encontraba en un lugar como Monte-Carlo. No las tenía por interesantes. Todos llegaban atraídos por el juego, con la esperanza de ganar una fortuna, y no sentían interés por nada más.

—Voy haciéndome viejo —pensaba Cereceda—. Siento miedo ante las nuevas amistades; me contento con las que he tenido hasta ahora… ¡Mala señal!

Y este hombre que sólo contaba treinta y dos años insistía en lo de su vejez, con la tenacidad sonriente del que se apiada de sí mismo sabiendo que su piedad es inmotivada.

Varias veces encontró en las salas de juego a ciertas damas que le miraban tiernamente, haciendo nostálgicas alusiones al pasado. Eran amigas de antes de la guerra. Williams huía de entablar conversaciones melancólicas con ellas. Sólo habían transcurrido seis años… ¡y las encontraba tan cambiadas!

—Decididamente me hago viejo—seguía pensando—. Antes me gustaba la

mujer sin tener interés en averiguar sus años. Me bastaba su belleza más o menos autentica. Ahora muestro más exquisitez en mis afectos. Me va gustando la juventud, la extremísima juventud.

Esto le hacía recordar cierto refrán oído a varios jinetes viejos de su estancia, los cuales, por ser de un país de grandes rebaños, tomaban siempre como personajes de sus relatos a las bestias que pacían en sus praderas: «*A buey viejo, pasto tierno.*»

Luego olvidaba su fingida vejez para explicarse ciertas atracciones que empezaban a influir en su existencia.

Esta rusita de la casa de las Adelfas, que casi podía ser hija suya, parecía comunicarle con su presencia cierta alegría comparable a la de una ligera embriaguez. Otras mujeres le habían hecho feliz, pero inspirándole melancolías, celos y reconcentrados entusiasmos. Angélica le hacía simplemente reir. A su lado creía haber perdido quince o veinte años; era algo nuevo, completamente nuevo para él. Al recordar las mujeres de su pasado, perdía la cuenta; de muchas hasta había olvidado el nombre, pero todas eran iguales en edad a él o superiores, no hablando nunca de sus años, elegantemente disimulados. Jazmina aparecía en sus recuerdos como la más joven de todas; algo excepcional.

Apenas había conocido, como otros hombres, el trato honesto con señoritas jóvenes en hogares de familias amigas. A los diez y ocho años llegaba a París «hecho un gaucho», según sus propias palabras, sin otro conocimiento de la vida en una gran ciudad que sus largas francachelas nocturnas en los bajos fondos de Buenos Aires.

Tal era su rusticidad y el miedo a los imaginarios peligros de París, que durante las primeras semanas llevaba su dinero en monedas de oro dentro de un cinto puesto sobre la carne y además un revólver para defenderse. A los pocos meses se había transformado, adaptándose con rapidez a las comodidades y elegancias de su nueva existencia, viéndose atraído por mujeres que admiraban su gallardía física y sus habilidades de auténtico bailarín de tango… Y a partir de su primer éxito sólo había conocido mujeres y mujeres, unas casadas, otras viudas, las más de ellas independientes y de una situación indeterminada; pero nunca trató a una de aquellas señoritas que él llamaba «niñas casaderas». Si de tarde en tarde encontraba en casa de algún compatriota un grupo de estas, él, tan audaz en sus conversaciones femeninas, empezaba a balbucear, sentíase desorientado y acababa por retirarse.

Ahora, por el contrario, gustaba de hablar con la hija del general Kolontay. ¡Nada de amor! No se lo ocurría que esta niña, de una alegría desenfadada e

inocente, pudiese ver en él a un enamorado. Sentíanse unidos por una confraternidad semejante a la de los compañeros de juego. Muchas veces, él deseaba mentalmente que esta señorita, ahora en la pobreza, encontrase un marido que la asegurase en lo futuro una vida de lujo y abundancia.

—Los días que no voy a la casa de las Adelfas —se decía—parece que me falte algo. Esa Angélica os tan graciosa… ¡tan artista!

Cereceda había vuelto a descubrir en él una gran afición a la música, hasta poco antes olvidada. Mostróse entusiasmado por los maestros rusos que la hija de Kolontay le iba dando a conocer. Hasta escuchó en silencio, mirándola fijamente, las explicaciones que le fue dando en francés para traducir las bellezas de algunos poetas rusos. En realidad, esta adolescente podía permitirse con él cosas que no hubieran osado intentar otras mujeres.

Una tarde acogió con alegría una proposición de Briansky.

—Vamos a ver a los Kolontay—dijo «el Boyardo»—. Hoy es reunión extraordinaria. Hasta de Niza va a venir una duquesa que pertenece a la antigua familia imperial. Estos tés no pueden ser frecuentes. Cada uno tiene «ahora necesidad de ganarse el pan, pero les gusta reunirse de tarde en tarde para hacerse la ilusión de que aún viven en sus buenos tiempos y que estos van a volver.

Luego añadió, como si se excusase por el tono de superioridad con que hablaba de los concurrentes a la casa de las Adelfas:

—Soy ruso lo mismo que ellos; ¡mas hace tantos años que salí de allá!… A mí la revolución no me ha quitado nada, ni me dará nada tampoco, como les da a otros. Pero encuentro que el espectáculo no puede ser más interesante. Usted juzgara dentro de poco por sí mismo. Desde la emigración de los nobles, cuando la Revolución francesa, no se ha visto nada semejante. Y aquella revolución fue poca cosa comparada con el naufragio total del enorme Imperio ruso.

Cuando llegaron ante la verja de la casa de las Adelfas, un automóvil de alquiler se detuvo también. El chófer saltó del pescante, entrando en el jardín resueltamente. Era un hombre de aspecto marcial, con bigotes rubios algo canos. Al entrar dio la mano al jardinero que Cereceda había visto la primera vez que se aproximó a la casa. Se besaron luego a estilo ruso, y el chófer siguió adelante.

Vio Marcelo cómo al entrar en el jardín iba estrechando las manos de todos los invitados y besaba la diestra a las señoras. Briansky se adelantó para hacer la presentación de este chófer a su acompañante:

—El coronel Ipatieff. Un héroe de la guerra.

A partir de este momento creyó el joven que estaba en un baile de máscaras, el baile de la miseria, donde todos habían buscado los disfraces más humildes. En otros instantes se imaginó que era objeto de una broma preparada de antemano para deslumbrarle con las más estupendas mentiras. Pero le bastaba mirar luego las caras de aquellas gentes para convencerse de que decían verdad, dándose por primera vez cuenta exacta de todo aquel cataclismo de la Europa oriental que sólo empezaban a conocer ahora los pueblos de Occidente, como si no hubiesen oído antes sus ecos preliminares, lejanísimos y profundos.

Atravesó la verja un camarero de hotel, vestido de frac, con una servilleta al brazo. Lo único que hizo fue dejar la servilleta sobre el ramaje de una planta y entró apresuradamente, saludando a todos.

Briansky lo señaló desde lejos a su acompañante:

—Es un antiguo gobernador de provincia. Viene un momento nada más, para saludar a sus amistades y mantener de este modo su rango. Sirve en un hotel de Monte-Carlo, y procura que los viajeros no sepan quién es. Como transformación, vale la pena de ser contada.

Y fueron llegando otros invitados, igualmente chófers o que llevaban una chaqueta de color sobre la pechera blanca de su camisa, con corbata negra. De este modo esperaban disimular un poco su traje de doméstico.

Esta concurrencia que llenaba las habitaciones del piso bajo y se esparcía por el jardín hablaba en su lengua natal. Enardecíanse unos y otros al verse. Con un optimismo de ilusos olvidaban al poco rato sus miserias presentes, empezando a soñar despiertos el próximo triunfo sobre los revolucionarios y la reconstitución de la antigua sociedad.

Notó Cereceda que entre algunos de ellos empezaba la desunión y la disputa. Cada uno tenía opiniones diversas sobre el modo de echar abajo al bolcheviquismo.

Todos dejaron de hablar en ruso, saludando en buen francés a Cereceda cuando lo presentaba su acompañante. Era el único extranjero entre tantos eslavos. Le miraban al principio con inquietud, adaptando actitudes de superioridad, instintivamente, como si aún estuviesen en su época de grandeza. Luego, al saber que era «un joven sudamericano millonario», como se apresuraba a decir Briansky, hombres y mujeres le acogían con una sonrisa de obsequiosidad, a estilo oriental. Sabían mejor que antes el valor del dinero, el poderoso dinero, que se esforzaban en vano por suprimir los revolucionarlos de su país.

Pareció unificarse la reunión al recibir con respetuoso murmullo a una señora algo avejentada y de aspecto majestuoso, que iba mirando a todos a través de sus impertinentes de concha.

Cereceda la había visto llegar hasta la verja con aire modesto; pero al atravesarla pareció transformarse, avanzando por el jardín como si entrase en un salón regio. Tras ella marchaba una jovencita que tendría un año o dos más que Angélica, escurrida de formas, anémica, los labios exangües, pequeños ojos azules, y unas trenzas rubias recogidas ante las orejas, a estilo de la corte austriaca. Era la duquesa emparentada con la difunta familia imperial y su hija única.

El jardinero las había saludado a las dos con larga reverencia, besando sus manos. Al llegar donde empezaban los grupos de invitados, los hombres se inclinaron profundamente y las señoras se llevaron ambas manos a la falda encogiendo sus rodillas.

—Una gran dama—dijo Briansky—, más animosa que muchos hombres de su familia. Ahora ha puesto una pequeña tienda de sombreros en Niza y tiembla de que su negocio no marche.

La duquesa, rodeada de las mayores atenciones, se sentó a una mesita con su hija, quedando las dos solas, como si presidiesen el té. Los demás, luego que ella les dio permiso con un movimiento de cabeza, fueron ocupando las otras mesas.

Angélica se había acercado a la gran dama para besarle la diestra, después de una reverencia de corte enseñada por su madre. La duquesa le devolvió el beso en la frente, diciendo a continuación:

—Tú eres más feliz que yo y más que mi hija. Tus padres te libran de trabajar. No sabes cómo me hacen sufrir todas esas señoras que se prueban sombreros en mi tienda. Muchas acaban por no comprar ninguno. Vienen por curiosidad nada más.

Entró un joven atleta, hermoso y de tímido aspecto. Era un arcángel rubio. Briansky lo comparó con un San Miguel de los que figuraban en los iconos con la espada flamígera en alto.

—Un capitán de navío—dijo—de nuestra antigua flota del mar Negro. Ahora vive de ser bailarín en el Café de París.

Y describió con irónica compasión el avergonzamiento de este marino cuando las señoras viejas, después de bailar con él, deslizaban en su mano un billete de Banco menudamente plegado. Tal era su rubor, que volvía su silla, entre baile y baile, frente a la pared, manteniéndose de espaldas al público.

—Como sólo tenía un traje de calle, únicamente podía bailar por la tarde a la hora del té. Falto de *smoking* para «trabajar» en la noche, perdía la mitad de su jornada… Ahora, varias señoras que yo conozco le han regalado, por suscripción, un traje de *smoking* y cada una espera que le muestre su agradecimiento aparte y fuera del café. ¡Que época tan interesante!…

A Cereceda le faltaba aún ver la más inesperada de las transformaciones. El jardinero, después de examinar atentamente la concurrencia y convencerse de que ya no llegarían nuevos invitados, cerró la verja, se despojó de su delantal azul, y luego de sacudirse el polvo avanzó para confundirse con los otros rusos, saludando familiarmente a unos y a otros. Briansky estrechó su mano al pasar.

—Este amigo mío—dijo a Cereceda—esta emparentado con algunos de mi familia, y fue secretario de Embajada en varias cortés.

Como la preocupación del «Boyardo» era servir de amable intermediario en las reuniones, no tardó en presentar su acompañante a la duquesa y su hija.

La dama imperial acogió con grandes muestras de afecto a Marcelo. Su nacionalidad pareció impresionarla más aún que su importancia de millonario ensalzada por Briansky.

—Yo amo mucho a la América del Sur—dijo la gran dama, como si se refiriese a una sola nación—. Tráigame señoras de Buenos Aires, de Rio Janeiro, de Chile; en fin, de allá lejos. Todas muy elegantes. He conocido muchas en París ¡ay! en otro tiempo que era mejor. Olga le dará las señas de nuestra tienda. No me olvide.

Olga era la hija de la duquesa, y abandonó al poco rato la mesilla de té, saliendo con Marcelo al jardín. La gran preocupación de su madre era no perder el tren para volver a Niza, y preguntaba frecuentemente la hora a la generala Kolontay.

—Tenemos billete de vuelta y quiero aprovecharlo—dijo—. Hay que aprender a vivir económicamente.

Briansky aprobaba con movimientos de cabeza estas palabras de cordura, al mismo tiempo que sonreía levemente bajo su bigote blanco. Conocía las economías de la duquesa. Algunas veces, ciertas reinas y princesas de Europa, que habían sido sus compañeras de infancia, la enviaban dinero para que agrandase su nueva industria, e inmediatamente se ponía uno de sus antiguos trajes, suntuosos y algo viejos, yendo de Niza a Monte-Carlo para jugar el mencionado dinero, mientras la esperaba inútilmente, cerca del Casino, un automóvil de alquiler tomado por horas.

Algo semejante podía decir de muchas de las damas allí presentes. Era a modo de una enfermedad de origen. Apenas obtenían un poco de dinero resucitaba en ellas la imprevisión, la confiada inconsciencia, volviendo a sus lujos y derroches de antaño, como si su ruina sólo hubiese sido un ensueño fugaz. Hasta la baronesa labriega se escapaba de la granja de Mentón vestida con los restos de su antiguo ropero, para ir a jugar en Monte-Carlo apenas conseguía un poco de dinero.

—De todos modos—afirmaba «el Boyardo»—, mejor es esta gente que los miles y miles de compatriotas que pululan en París y otras ciudades, viviendo como parásitos, sin voluntad para trabajar.

El general Kolontay había venido de su granja para asistir a la fiesta. Mostrábase cohibido por el porte de unas ropas que parecía haber olvidado. Se adivinaba que prefería el despechugamiento y los brazos arremangados de su vida campestre.

Miraba a aquella señora de la familia imperial con unos ojos de perro fiel y melancólico. Dejaba que su esposa y su hija lo dirigiesen todo. Siempre había sido así en su casa. Luego de contemplar devotamente a la duquesa, movía su robusta mandíbula inferior de hombre de combate, musitando palabras entrecortadas bajo sus bigotes grises:

—Esto no durará siempre… La santa Rusia volverá a su antigua felicidad.

Y no se daba cuenta de que aquella gran señora, más interesada aún que él por la vuelta al antiguo régimen, mostrábase menos optimista. Por el momento, sólo le preocupaba el éxito industrial de su tienda de sombreros. Las otras damas de la reunión iban exponiendo sus planes para ganar dinero. Unas proyectaban establecimientos de té con música y danzas rusas; otras, exposiciones de objetos antiguos de su país. Una, con expresión desesperada, habló de que iba a entrar la semana próxima como doncella en casa de unos millonarios de los Estados Unidos instalados en la Costa Azul.

Marcelo adivinó a la baronesa que habitaba la granja de Kolontay. Era alta, casi hombruna, vestida de negro, teniendo en su voz cierto tono de mando. Repetía lo mismo que había dicho a Briansky.

—No se acerquen a mí. Ahora como ajo: alimento muy bueno cuando se vive en el campo… ¡Como yo no pensaba ya asistir a una reunión distinguida!…

Su propia conversación con Olga, hija de la duquesa, interesó a Marcelo. Angélica se había unido a ellos, y ambas jóvenes hablaron de las dificultades de su nueva existencia.

—Papa trabaja en el campo—dijo Angélica a la hija de la duquesa—y sólo de tarde en tarde viene a Monte-Carlo. Los huéspedes que tenemos nos ayudan únicamente a pagar la casa.

Olga habló tranquilamente, como una virgen fuerte que conoce las amarguras de la vida y no puede acoger ya ilusiones ni esperanzas. Su único deseo era casarse cuanto antes con un hombre bueno y laborioso, fuese quien fuese, para que la sacara de su estado actual.

—No quiero trabajar—dijo—. Me aterra el trabajo más aún que la miseria.

Necesitaba un hombre que trabajase por ella; pero ¿dónde encontrarlo?…

—El mundo ha cambiado completamente—siguió diciendo—. Las de mi clase sabemos esto mejor que las llamadas burguesas. Casi toda Europa es ahora república. Quedan pocos tronos. Hasta el Papa de los católicos, según dice mama, prohíbe que se mezcle la religión con las formas de gobierno, y se pretende unir como antes la suerte del catolicismo con la suerte de la monarquía.

Cereceda hizo mi cálculo mental al oír tales palabras. Sólo quedaban ya en Europa tres reyes más o menos católicos: los de España, Italia y Bélgica. ¡Y en el resto del mundo tantas y tantas repúblicas, pertenecientes por su pasado al catolicismo! En América había más de veinte. Decía bien esta joven de sangre imperial. El mundo se había transformado en pocos años, sin que las más de las gentes se diesen cuenta de tan enorme mutación. Hasta los Papas tenían que ser ahora republicanos, para conservar fieles a Roma los países católicos más ricos y de mayor porvenir.

Olga siguió hablando de sí misma.

—En este momento existimos en Europa unas mil doscientas señoritas de sangre real, que no sabemos dónde encontrar marido. Ya no hay apenas familias reales. Sólo en Alemania han desaparecido veinte que proveían de esposas a todas las cortés. Hasta en las contadas dinastías que aún mantienen su trono resulta un problema casar a las hijas. No hay nobles de su clase que estén disponibles. Por ese en Inglaterra y en Italia empiezan las princesas a casarse con simples particulares que son de su gusto…

Y terminó diciendo, con una desesperación que Cereceda llamó «helada»:

—Yo me casaría con un hombre que trabajase para mí, sin importarme su origen. Me gustaría que fuese americano, y de los Estados Unidos mucho mejor. Pero ¿dónde encontrarlo?… ¿Hacen caso ya los americanos de las princesas de sangre real, después de este cataclismo del viejo mundo?…

Cuando se fue disolviendo la reunión oyó Cereceda al general Kolontay unas

palabras que parecían el resumen de la situación de todos ellos.

—Esta nueva vida es dura—dijo el granjero improvisado—. Nunca creí que yo podría hacer lo que hago ahora; pero el trabajo nos mantiene, y prefiero sus fatigas a mendigar, importunando a los demás.

Después de esta fiesta de emigrados, se creyó Marcelo con nuevos derechos para volver a la casa de las Adelfas. Era ya un ruso «honorario», como él decía.

La generala Kolontay mostrábase agradecida a Marcelo porque algunas tardes invitaba a ella y Angélica a tomar él te con Briansky en los establecimientos más distinguidos de Monte-Carlo. Para la buena señora era una resurrección inesperada, una vuelta a la antigua existencia.

Kolontay había regresado a su granja, confiando tácitamente la protección de su familia al «Boyardo», que lo sabía y lo preveía todo.

Con el transcurso de los días, Cereceda se acordaba menos de Jazmina. El pasado iba agonizando en su memoria. No intentaba ya evocar la imagen de la ausente. Había subido al piso superior de la casa de las Adelfas, encontrando totalmente cambiado su antiguo alojamiento.

Si alguna vez, lejos de esta casa, en cualquier lugar de Monte-Carlo donde había visto a Jazmina en otros tiempos, la imagen de esta resurgía vagamente en su memoria, ya no le emocionaba como antes tal evocación.

—¡Quien sabe—se decía—si ella me ha olvidado hace años!… También puede ser que haya muerto y yo no lo sepa… Vivamos nuestra vida y no renunciemos por vagos fantasmas a la felicidad que puede ofrecernos la hora presente.

Mostraba cada día mayor interés por esta Angélica, ligera de carácter, con un regocijo tan juvenil. Reconocía la influencia de su gracia primaveral sobre su alma algo cansada.

Realmente era más viejo que sus años. Había paladeado en demasía los placeres y empezaba a sentirse ahíto de ellos, considerándose, en plena juventud, dentro ya de la madurez de su existencia.

Algunas tardes paseaba por el jardín de las Adelfas al lado de Angélica, mientras Briansky hablaba a la generala, siguiéndolos con miradas maliciosas.

—¡Si mi amigo se enamorase de Angélica!…

Sonreía la generala en el primer momento bajo el halago de esta hipótesis del «Boyardo». Luego entornaba los ojos y movía la cabeza para indicar la imposibilidad de que se realizase tal suposición.

Otras veces Angélica tocaba el piano, y Marcelo, de pie detrás de ella, la

escuchaba con arrobamiento. Hasta había aprendido la joven aquellos valses y romanzas compuestos por Cereceda años antes, en sus fugaces y pueriles entusiasmos de aficionado a la música.

Algunos días, la cocinera gorda vista por Marcelo en la puerta de escape la primera vez que fue a la casa de las Adelfas como peregrino sentimental —rusa fiel que había seguido a sus amos al destierro—, abandonaba sus cacerolas para asomarse unos momentos al salón, contemplando con interés a la joven pareja.

Por la noche, al hablar con su señora, decía la cocinera insistentemente:

—Se casaran. Se lo he preguntado a San Nicolás, a San Pedro, a San Pablo, que tengo en un icono, arriba junto a mi cama, y todos los santos dicen que sí.

En uno de sus paseos vespertinos, Marcelo y su regocijada amiga llegaron hasta el último rincón del jardín.

Mientras Angélica jugueteaba con unas flores, Cereceda dijo melancólicamente, extrañándose de sus propias palabras, como si saliesen de la boca de otro:

—¡Si yo fuese más joven!… Nos hemos conocido, por desgracia, demasiado tarde. Usted merece un compañero de existencia menos viejo que yo.

Inmediatamente sintióse arrepentido de lo que acababa de decir. Era otro quien hablaba por él. ¿Que fuerza misteriosa le había impulsado a decir cosas tan disparatadas?…

Angélica le miró fijamente.

—¡Pero si usted es muy joven y muy interesante!… ¡Si me pareció muy bien desde el primer momento que le vi!… Además, no me gustan los jovencitos. Los encuentro insubstanciales y presumidos. Prefiero a los hombres que conocen la vida. Saben guiar mejor a las mujeres.

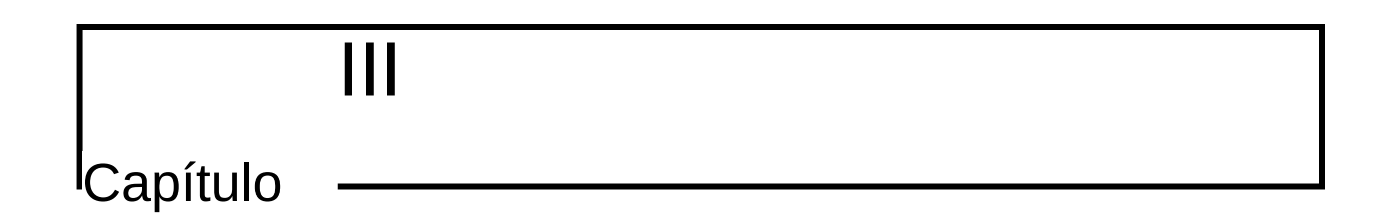
Y atrevida como un muchacho, le dio en el rostro con las flores que tenía en una mano.

Esto bastó para que aquel ser doble que Marcelo sentía en su interior uniese el disparate de la acción a la imprudencia de la palabra.

No supo en realidad quien de los dos tomó la iniciativa. ¿Fue la traviesa Angélica con sus inocentes audacias? ¿Fue él, embriagado por esta carne primaveral, semejante a la pulpa de un fruto agridulce que apenas empezaba a sazonar?

Se abrazaron… Luego se besaron.

Angélica reía, como si todo esto no fuese para ella más que un juego infantil.




## Lo que vio Cereceda al salir una noche de la Ópera de Monte-Carlo

SINTIÓ MARCELO repentino interés por todo lo referente al pasado de Angélica. Se asombraba de su curiosidad por conocer aquella Rusia en la que habían transcurrido la infancia y los primeros años de la adolescencia de ella. Meses antes era el país de Europa que menos le preocupaba, no obstante su profunda revolución.

Fue conociendo, como si acabase de verlas, varias ciudades de allá en las que había vivido el general Kolontay como gobernador militar. Sin estar nunca en Petrogrado y Moscou, las conoció igualmente, por haber pasado en ellas Angélica sus últimos años, al lado de su madre, mientras el general estaba en la guerra. También aprendió algunas palabras rusas, las que con más frecuencia oía sonar en las conversaciones de la familia. Aquella doméstica gruesa, chata y sonriente, que mostraba la confianza y la humildad de una antigua sierva, le saludaba ya como futuro amo.

Hablaban los dos jóvenes con preferencia cerca del piano, en los momentos que ella cesaba su tecleo donde fin a una romanza sin palabras o a una canción rusa entonada a media voz.

Muchas veces les estorbaba la presencia de todos aquellos rusos y rusas que vivían en la casa de las Adelfas.

—Buena gente, pero muy pegajosa—decía Cereceda.

Y como Angélica se había educado con cierta independencia de costumbres, y la mayor parte de las señoritas monegascas salían solas por la ciudad, empezaron a tener entrevistas ella y Marcelo en los paseos del viejo Mónaco y otros lugares adonde sólo llegaban raramente los habitantes de Monte- Carlo.

Estos encuentros, convenidos de antemano, le recordaron al principio la entrevista que había tenido con Jazmina en la carretera de la Cornisa, seis años antes… Ahora no necesitaba ir a buscar el amor en las cumbres de los Alpes Marítimos. Se veían buenamente en los jardines inmediatos al Musco Oceanográfico, paseando juntos por unas avenidas estrechas, pobladas de cactos y otras plantas espinosas, viendo a sus pies la llanura azulada del Mediterráneo.

Reconocía Cereceda la gran transformación operada en su carácter y sus deseos al verse a solas con Angélica. Años antes, la confianza de esta hermosa adolescente, la inocencia alegre con que se plegaba a todas sus indicaciones, le habrían sugerido tal vez algunos de los viles engaños de que se valen los mujeriegos para satisfacer sus apetitos, sin pensar en las consecuencias. Ahora ya no era el «cazador de mujeres» que había conocido su amigo Duncan.

La confianza de Angélica, en vez de animarle a la audacia, le infundía respeto. Sentía un deseo de protegerla, y la suposición de que otro hombre pudiese abusar de esta jovencita, atrevida en su confianza, inconsciente a causa de su inexperiencia, lo inspiraba una agresiva indignación.

Pasaba la mayor parte del día hablando con Angélica: en la mañana, paseo de los dos a solas por lugares poco frecuentados, con acompañamiento de besos; por la tarde, visita de él a la casa de las Adelfas, música y más besos, pero furtivamente, aprovechando fugaces momentos de soledad.

En las horas nocturnas sentía Cereceda agigantarse interiormente aquella segunda mitad de su ser que criticaba ásperamente sus actos. Estaba comprometiéndose más cada día, y lo que sólo era amistad amorosa iba a convertirse, de un momento a otro, en algo irreparable. Todo con el pretexto de que se aburría en aquel Monte-Carlo al no encontrar ningún vestigio de su pasado.

—¿Por qué no te vas inmediatamente?—preguntaba la mitad hostil de Marcelo.

Y el resto de su persona respondía con dulce pereza:

—¡Irme!… ¡Tan bien que me encuentro aquí!…

Entonces su censor invisible insistía en describir los riesgos que estaba corriendo. Angélica pertenecía a una familia honorable. Nada significaba para un

hombre de conciencia recta su pobreza actual. Sus padres inspiraban simpático respeto por la energía laboriosa con que sobrellevaban su desgracia. También era digna de ser tenida en cuenta la opinión de aquellos grandes señores rusos, actualmente en la miseria. Mantenían todos ellos la antigua dignidad de su carácter. No eran, como tantos compatriotas suyos a que aludía «el Boyardo», gente vencida moralmente por la desgracia.

Briansky le había hablado muchas veces de los rusos aglomerados en Niza, en Marsella, en París.

—Los hay tan honorables—dijo—como estos amigos míos que le he presentado en Monte-Carlo, pero los más resultan peligrosos en su trato; gentes que han tomado gusto a la profesión de pedigüeños. Otros, antes de la revolución, eran tan pobres como ahora, y agradecen en el fondo el gran trastorno social de allá, para fingir que perdieron una alta posición.

Cereceda no podía aceptar que estas gentes simpáticas y desgraciadas que le había hecho conocer Briansky pudiesen algún día creerle un seductor vulgar, por haber abusado de la alegre inocencia de Angélica, así como de la confianza con que todos ellos le habían acogido.

Aquel crítico malhumorado que llevaba en su interior respondía a tales escrúpulos:

—Sigue adelante, ya que eso te place; pero te aviso adónde vas. Te veo ya casado con Angélica,

Y el interlocutor favorable a Marcelo contestaba sonriendo:

—¿Por qué no?… La vida al lado de esta muñeca inteligente, graciosa, de ingenua malicia, resultaría un juego divertido.

En realidad, estaba cansado de los amores de su existencia anterior: unos dolorosos, con amenazas de tragedia; otros simplemente aburridos, a causa de las perpetuas disensiones y choques de caracteres.

Conocía ahora una clase de amor no sospechado: alegre y tranquillo como el murmullo de un arroyo, como la brisa a través de un jardín; puro lo mismo que el agua transparente o el aire.

De pronto, el general Kolontay recibió en su granja de Mentón una carta de Briansky. Escribía con una concisión misteriosa, pidiéndole que le esperase al día siguiente por la tarde en la casa de las Adelfas.

Tuvo que abandonar Kolontay sus ropas de campesino, enfundándose con gran molestia en uno de sus antiguos trajes civiles. Sentados en un saloncito de la casa él y la generala, que se había vestido de negro, esperaron hasta las cuatro

de la tarde la visita del «Boyardo». Se había expresado este para los dos en una forma tan ambigua y dado tal importancia misteriosa a su visita, que ambos aguardaban su presencia con mal disimulada inquietud.

Le vieron entrar acompañado de su amigo el señor Williams Cereceda. Briansky iba de levita, con las manos enguantadas, y en una de ellas un sombrero de copa de abundantes reflejos. Después de la guerra este indumento había pasado un poco de moda, pero «el Boyardo» creyó oportuna su exhumación, por considerar indispensable tales prendas para el cumplimiento de una misión importante.

Marcelo se sentó junto a una puerta, silencioso y algo cohibido. Desde allí pudo ver cómo Angélica asomaba disimuladamente su cabeza por detrás de las cortinas. Sonrió a su enamorado, le envió un beso y volvió a ocultarse, para tornar a aparecer segundos después, todo esto con aquella gracia infantil tan admirada por Cereceda.

Después de los saludos preliminares, Briansky creyó del caso abandonar su sillón para decir solemnemente:

—General… generala: tengo el honor de pedir la mano de su hija Angélica para mi amigo aquí presente.

Los padres intentaron hablar, pero **el Boyardo** los atajó con un gesto de buen príncipe, majestuoso y protector.

—Ni una palabra más—dijo, como si los otros hubiesen hablado—; mi amigo es rico y sólo piensa en el amor. Es inútil querer hablar de intereses. ¿Lo aceptan ustedes por yerno?…

Empezó a llorar la generala, cubriéndose los ojos con un pañuelo. Kolontay, que prefería la acción a la palabra, se levantó para ir hacia donde estaba Cereceda, estrechándole la mano vigorosamente. Luego se volvió de espaldas, para ocultar las dos gotas lagrimales que apuntaban en sus ojos.

Angélica, que lo estaba oyendo todo en la pieza inmediata, no espero a que la llamasen. Entró saltando como una niña, se abrazó a su futuro esposo y empezó a besarle ruidosamente.

—Ahora—dijo—ya no tendremos que escondernos para darnos besos.

Briansky la separó del joven con un enfado fingido. Tiempo les quedaba para estas caricias: toda una vida.

Necesitaba añadir algo para dar por terminadas sus funciones, y saludando solemnemente a Cereceda, dijo:

—Siempre le tuve por un perfecto *gentleman*, pero después de este acto

generoso necesito manifestarle mi admiración. Permítame que le bese también.

Y le besó en las dos mejillas. Después de esto empezaron los cinco a conversar con más tranquilidad.

—Yo me encargo de la organización de la boda —dijo Briansky con una expresión de suficiencia—. Nadie puede hacerlo mejor… Conseguiré que venga la duquesa y cuantos personajes de verdadera importancia, pertenecientes a nuestro mundo antiguo, viven en la Costa Azul.

A partir de esta tarde cambió la vida de la generala y Angélica. Considerándose ya de la familia, las llevó Cereceda a todas las fiestas y diversiones de Monte-Carlo. La generala Kolontay hubo momentos en que se creyó aún en Petrogrado cenando en los famosos restoranes de las Islas.

Iban también con frecuencia a la Ópera, y tales fueron las instancias de la madre y la hija, que el general se dejó vencer una noche, poniéndose su antiguo frac con abundantes condecoraciones en la solapa, para asistir a una gran función en el teatro del Casino: el *Parsifal*, de Wagner, cantado por un célebre tenor.

Ocuparon los cuatro otros tantos sillones que el generoso Cereceda había podido conseguir. Los dos enamorados, indiferentes al aspecto brillante que ofrecía este público de gran solemnidad, se miraban con arrobamiento, agarrándose las manos disimuladamente.

Sentíase la generala muy conmovida por la música, las decoraciones, las voces, y sobre todo por la elegancia de este público escogido. Las gentes más celebres de la Costa Azul estaban reunidas en la sala. Pensó que el matrimonio de su hija iba a suprimir aquella decadencia social que venían sufriendo, reintegrándoles a su antigua prosperidad. El general bostezaba, haciende esfuerzos por mantenerse despierto. Algunas veces se dormía, volviendo a abrir los ojos con expresión de alarma. Había perdido la costumbre de acostarse tarde. A estas horas ya llevaba dormido en su granja más de la mitad de su sueño.

Fue muy lenta la salida del teatro. Este público extraordinariamente numeroso se agolpó en el atrio del Casino, esperando la llegada de sus automóviles, que iban deslizándose ante la escalinata como lento rosario.

La familia Kolontay y Cereceda fueron abriéndose paso en esta aglomeración de hombros desnudos con brillantes collares, capas bordadas de flores, espaldas negras masculinas.

Sintió Marcelo la atracción de una mirada fija en su dorso. Al volver instintivamente la cabeza, se encontró con los ojos de una señora joven, descotado el pecho, desnudos los brazos, y un traje oscuro de discreta elegancia.

En el primer instante no la reconoció y al mismo tiempo tuvo la convicción de que la había visto mucho. Quedóse en el estado intermedio del que ve una cara no extraña a sus ojos y se siente incapaz de dar un nombre a su visión.

Esto sólo duró un momento. La dama le miraba tan fijamente, que acabó por adivinar quién era.

—¡Tú!—exclamó con un asombro espontáneo que le parecía sin límites, tan inaudito era el descubrimiento que acababa de hacer.

—Sí, yo—contestó la dama sencillamente, iniciando una sonrisa.

Cereceda no pudo disimular su alarma al reconocer a Jazmina. Fue una turbación igual a la del que ve resucitar a un muerto.

Miró con inquietud en torno a él, temiendo que los Kolontay presenciasen este encuentro; pero el lento avance del público se los había llevado en su corriente y ya no pudo verlos.

Ella le preguntó, con el gesto más que con palabras, quienes eran sus acompañantes.

—Una familia rusa—dijo fingiendo indiferencia— que vive ahora en mi antigua casa.

Jazmina le miró con apasionamiento, y al mismo tiempo su rostro era grave. Parecía emocionada, lo mismo que Marcelo, por esta rápida entrevista.

—No pensemos en el pasado—dijo—. Tiempo nos queda para hablar de él… Estos seis años han transcurrido sin que un solo día dejase de acordarme de ti. Ya soy libre… Estoy sola en el mundo. Vengo, como tú has venido, al lugar de nuestros mejores recuerdos. Estaba segura de encontrarte. No me ha engañado mi corazón.

Continuó Marcelo silencioso, perturbado por la novedad de este encuentro.

—Me explico tu emoción—continuó Jazmina—. Yo también siento aún los mismos estremecimientos que al verte entrar en el teatro, hace unas horas, con esa familia amiga tuya.

Creyó del caso dar algunos detalles explicando su presencia allí. Había llegado aquella tarde de París. Pensaba quedarse en su hotel, pero al fin habíase sentido atraída por aquella función extraordinaria. ¡Quién sabe!… Tal vez encontrase a Marcelo en el teatro, si es que estaba en Monte-Carlo, como lo venía presintiendo.

La alegría de ver cumplidos estos presentimientos esparció una sonrisa de felicidad por su rostro.

Luego, como si no quisiera derrochar sus emociones, reservándolas para una

situación de mayor calma e intimidad, dio una mano a Marcelo. Le contempló unos instantes con ojos amorosos, hizo un esfuerzo para recobrar su serenidad, y añadió:

—Tus amigos te esperan; ve a reunirte con ellos… Mañana hablaremos.

Esta noche fue una de las más agitadas en la vida de Cereceda. No la pasó, sin embargo, atormentado por el insomnio. En él las grandes emociones provocaban un sueño extraordinario, de una negrura densa y pegajosa, que parecía tirar de sus piernas, absorbiéndolo, sin dejarle remontarse a la superficie. Siempre que se había batido—y los duelos eran abundantes en su vida de amoroso—dormía la noche antes con un sueño más pesado que el de las noches ordinarias.

Durmió ahora en su cuarto de hotel profundamente, y al mismo tiempo con una conciencia vaga de que algo muy inquietante le esperaba al despertar. Al levantarse de su lecho quedó largo rato pensativo, luchando con la anemia cerebral que deja el sueño.

«¿Que me ocurrió anoche?—pensaba—. Algo muy grave me espera hoy. ¿Qué es?»

Se había acostumbrado a que sus días en Monte-Carlo fuesen iguales, dulcemente lánguidos, sin ningún episodio extraordinario. Y de pronto, como si se alzase ante sus ojos un telón de niebla, vio la imagen de la resucitada y el pasado, ya en olvido, que repentinamente volvía a él con un resplandor de apoteosis teatral.

Una hora después, cuando ya había tomado su desayuno, preparándose a salir a la calle, volvió el pasado a reclamar su atención con mayor urgencia.

Le dieron una carta. Era de ella. La noche anterior le había preguntado, antes de irse, dónde vivía.

Al examinar el sobre se enteró de que Jazmina estaba en el Hotel de París, junto al Casino.

Después de leer la carta, guardándola en uno de sus bolsillos, consultó su reloj. Las diez. Había prometido ir a esa hora, por unos momentos, a la casa de las Adelfas: una pequeña tiranía de Angélica, que necesitaba verle, aunque fuese brevemente, al empezar la mañana.

Su rusita le estaría esperando en el jardín, pues a esta hora las habitaciones de la casa «no estaban aún presentables», como ella decía.

Pasearon entre los grupos de adelfas, y Angélica, alegre como siempre y enardecida por la fiesta de la noche anterior, notó que su prometido la besaba

con menos entusiasmo que otras veces. A pesar de los esfuerzos que hizo Marcelo, ella se dio cuenta de su aire grave y preocupado.

Preguntó ansiosa si le había ocurrido alguna contrariedad, si acababa de recibir malas noticias, y Marcelo contestó negativamente, con exagerada sonrisa. No le ocurría nada importante, pero necesitaba marcharse pronto. Tenía que hablar con el gerente de un Banco de Monte-Carlo. Un asunto urgente de intereses, sin gravedad alguna.

Angélica le acompañó hasta la verja, saludándole con la mano mientras se alejaba.

Sintió Cereceda remordimiento al ver esta confianza alegre de la muchacha y pensar al mismo tiempo que le estaba ocultando la terrible verdad.

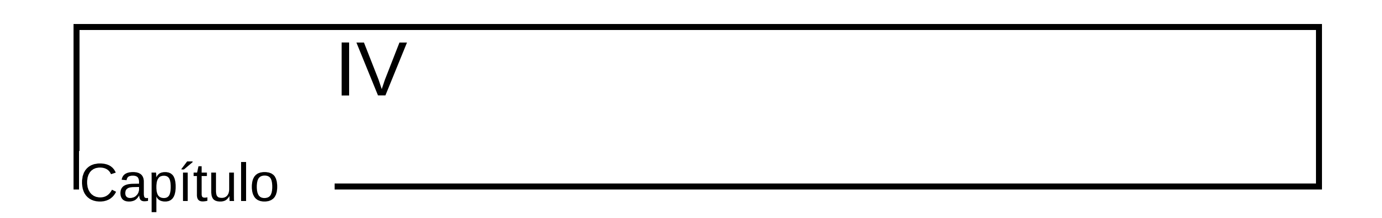
Cerca de la plaza del Casino volvió a leer la carta de Jazmina. Luego miró el gran reloj de la fachada policroma.

—Sólo me queda un cuarto de hora para ir donde ella me espera. La cita es a las once.

Llamó a uno de los cocheros que tenían sus carruajes de caballos puestos en fila en un extremo de la plaza.

También sintió remordimiento al darle la dirección. Jazmina, para hablar con él tranquilamente y sin testigos, lo había citado en los jardines de Mónaco, inmediatos al Museo oceanográfico.

El mismo sitio adonde él había ido tantas veces con Angélica.




## Entre la una y la otra

BAJÓ CERECEDA del carruaje frente a la blanca y extensa fachada del Museo Oceanográfico, que con sus estatuas e inscripciones recuerda los grandes trabajos de la ciencia del mar.

Vio en la misma plaza otro carruaje como el suyo, pero desocupado. Tal vez era de Jazmina, que lo estaba esperando. Y entró apresuradamente en el jardín contiguo, gran parte de cuya vegetación, espinosa y retorcida, semejaba una copia vegetal de las estrellas de mar, los pulpos y otras bestias marítimas alojadas en los estanques de vidrio del museo inmediato.

A los pocos pasos vio a Jazmina apoyada en el parapeto de una terraza, contemplando el choque y el fraccionamiento espumoso de las olas entre los peñascos enrojecidos por la humedad.

Se vieron y se saludaron con una apariencia tranquila, como si su encuentro en la noche anterior hubiese sido algo ordinario. Marcelo se fijó en el traje de ella, mezcla de negro y de gris, lo que la gente llama de «medio luto».

Empezaron a hablar sigílense las tortuosas avenidas de este jardín algo selvático, teniendo siempre a un lado la inmensidad del Mediterráneo.

Fue Jazmina la que se mostró más pronta para la conversación. Se adivinaba en ella un deseo vehemente de repetir lo que tal vez había estado pensando y recapitulando durante la noche anterior.

—Seis años he pensado en este momento—dijo—. ¡Cuánto he sufrido!…

Unas veces él tenía piedad de mí, sonreía y olvidaba. Luego renacían los celos, y mi existencia era un infierno… Pero todo lo soporté con gusto, pensando que era por ti.

El movió la cabeza afirmativamente, con un gesto que revelaba remordimiento, y dijo en voz baja:

—Es verdad; fue por mí.

Creyó adivinar Jazmina en su antiguo amante un deseo de conocer cual había sido su vida en tan largo espacio de tiempo, y siguió hablando:

—! Mis padres murieron poco después de nuestra marcha de aquí; mejor dicho, de nuestra huida. Yo quede sola con él, y con el terrible pasado que resurgía ante nosotros, apenas gozábamos unas horas de calma… En realidad, acabe por acostumbrarme a este tormento. Lo más horrible para mí fue el tiempo pasado en Monte-Carlo hace seis años, los crueles días que siguieron al descubrimiento de nuestros amores. Él quería matarte; necesitaba matarte, fuese como fuese. Vi un hombre violento que no había conocido hasta entonces; tal como me lo habían descrito en su aventurera juventud. Luego su cólera se rindió ante el convencimiento de que la venganza era ya inútil y sólo traería el escándalo sobre él. Además, no quiso ver a su cuñada, que lo había denunciado todo… Cuando nos fuimos, le seguí voluntariamente, ansiando que esta retirada no se retrasase un minuto. ¡Irnos, antes de que tú volvieras y los dos os encontraseis frente a frente!

El recuerdo de las angustias que había sufrido aquellos días la hizo enmudecer unos instantes. Luego siguió diciendo con dolorosa concisión:

—Vagamos por el mundo, y él, para olvidar, se entregó a los negocios. El dinero afluía a sus manos en interminables oleadas, con motivo de la guerra. Hace unos meses murió en Méjico, acordándose vengativamente de mí al disponer de sus bienes.

Cereceda, que era generoso pero respetaba el dinero como único medio de conseguir la libertad y el placer, la miró con inquietud, mientras ella seguía diciendo:

—Ya no soy tan rica como en otro tiempo, cuando tú me conociste. Su cuñada acabó por meterse en nuestra casa con su hija y aquel abogadillo intrigante que ahora es su yerno. Mi marido parecía gozarse en sus propios celos y le placía oír las maledicencias continuas de estos malvados. Al final le eran necesarios para su vida… Yo no hice ningún esfuerzo para defenderme. Me consideraba sin derecho a su riqueza. Sólo me ha concedido en su testamento lo

que por la ley no podía quitarme. Toda su inmensa fortuna la ha dejado para obras de beneficencia y de instrucción en su país y en América. También la tal doña Eufrosina y los suyos se llevan una parte considerable. Varios abogados me aconsejan que inicie un pleito, con la seguridad de ganarlo, ¿Para qué?… Con lo que me toca en dicha herencia tendría de sobra para vivir; pero piense renunciarlo. Lo pierdo con gusto. No me parece noble recibir su dinero para siempre cuando vengo en busca de otro hombre. Es un sacrificio que me aproxima más a ti.

Como él la escuchaba con una gravedad algo ceñuda, Jazmina se apresuró a añadir:

—De todos modos, no soy pobre. Recordarás aquella tía de mi madre a la que papa llamaba «la india inmortal». Algunas veces has reído oyendo las «cosas» de mi padre… La pobre señora ha muerto como los otros, y yo he heredado de ella una fortuna que no es grande, pero basta para una persona sola, y la puedo aceptar dignamente por su origen. Esto me basta. Conozco tu alma, sé que eres generoso y que me tomarías aunque llegase a ti sin otra riqueza que la de mi amor.

Estaban en una pequeña terraza del jardín avanzada sobre el mar, y sintiéndose ella enardecida por la absoluta libertad de que gozaban, dueña completamente de sus acciones, sin miedo a las vigilancias que tanto la habían cohibido años antes, dijo con exaltación:

—No me arrepiento de lo que he sufrido por ti. Siento el noble orgullo de mi sacrificio. ¡Tú mereces tanto!… Perdí la riqueza, la paz de mi casa, mi reputación. Durante seis años he vivido como en un calabozo, pero al fin llega la hora del amor franco, sin miedos ni rubores… ¡Cuántas veces soñé con este momento!

Había cogido una mano de Cereceda. Con otra suya acariciaba el cabello de su amante, por haber dejado este su sombrero en el borde de la terraza. Influenciada por la hermosura del ambiente y la soledad del lugar, Jazmina deseaba besarle. De pronto notó el gesto preocupado y algo sombrío de Marcelo.

—¿Que tienes?—dijo—. ¿Es que te entristece mi presencia?

El hizo gestos negativos.

—No sé… tal vez es miedo al porvenir, inquietud al ver cumplido tan inesperadamente lo que tanto deseamos en otro tiempo.

Y con tono de reproche, como si la hiciese responsable de aquella terrible lucha interior que estaba sufriendo, preguntó:

—¿Por qué no me escribiste en tantos años?… ¿Cómo no darme noticias tuyas para que supiera que seguías amándome?… Fui de un lado a otro de América buscándote, cuando supe casualmente que vivías en Nueva York. Hasta quise buscarte en Méjico… Ni una palabra tuya para darme ánimos en mi soledad.

Ella se justificó recordando su esclavitud de todas las horas, aquella vida continúa con su marido, amarrados ambos por la cadena de los celos.

—Imposible escribirte; me vigilaban siempre. Muchas veces pensé hacerlo y luego desistí. Nuestra primera carta hubiera sido igual a la primera copa de vino que bebe un ebrio. Luego habríamos querido escribirnos más y más… todos los días, a todas horas, acabando por ser descubierta nuestra correspondencia. Además, la guerra… con su esparcimiento de personas… con sus olvidos de la vida anterior…

Y añadió a su vez, con un tono de reproche:

—Yo creía que un amor como el nuestro no necesitaba de míseros papeles para sostenerse. «*Se acordará siempre de lo que hice por él—me decía—; no puede olvidarme aunque pasen años. Nuestro amor es más fuerte que el tiempo. Volveremos a vernos aunque seamos viejecitos.*» Y ya ves cómo Dios se ha apiadado de nosotros y hemos vuelto el uno al otro, pero libres, pudiendo unirnos para siempre… ¡para siempre!

Había dejado caer la cabeza sobre un hombro de Marcelo y le miraba amorosamente. Fue ella la que levantó un brazo para abarcar su cuello, atrayéndole, y se besaron, aprovechando la soledad del jardín en esta hora de pleno sol.

Cereceda se sintió emocionado por el contacto de este cuerpo tan precioso para él en otro tiempo.

Toda un mundo de recuerdos voluptuosos resurgió en su memoria. Adivinó a través de las ropas la desnudez de ella, igual a como la había admirado seis años antes en el misterio nocturno, mostrándose como una deidad de blancura luminosa en el silencio de su dormitorio, allá en la casa de las Adelfas.

Sintióse enloquecido por un brutal deseo que no admitía prudencia ni espera. Quiso llevarla inmediatamente hacia uno de aquellos dos carruajes que les esperaban y marchar juntos, con una precipitación de fuga, hasta el primer hotel modesto que encontrasen, convirtiendo instantaneamente la mediocre habitación alballada en paraíso de cuento oriental.

Llevaba muchas semanas de «romántica castidad», como él decía. Su amor

por la otra le había hecho mantenerse en tal estado, resignadamente. ¡Y ahora la voluptuosidad salía a su encuentro otra vez, despertando su hambre carnal con unos contactos semejantes a latigazos!…

El temor a complicar su situación le hizo ser prudente. Sucumbir en seguida a su propio deseo era renunciar a la otra. ¿Qué hacer?…

Instintivamente examinó el rostro de Jazmina, a corta distancia de sus ojos, diciéndose al mismo tiempo:

«Es hermosa… hermosa como siempre. Han pasado seis años; pero ¿qué son seis años para una juventud?»

Hizo mentalmente la cuenta de la edad de Jazmina. Esta viuda sólo debía tener veintiséis años; cuando más, veintisiete; una juventud fresca y radiante, el principio de una vida de mujer, si la comparaba con tantas y tantas beldades que Cereceda había visto admiradas en París después de sus cuarenta años.

Pero aquel demonio que llevaba dentro de él y había censurado su naciente amor en la casa de las Adelfas volvió a mostrarse ahora con una inconstancia cruel, para defender lo mismo que antes había criticado.

Él fue, sin duda, quien hizo pasar por su imaginación el rostro extremadamente juvenil y gracioso de Angélica.

«Muy joven aún—siguió pensando Marcelo, fijos sus ojos en Jazmina—. Muchos hombres pueden enamorarse de ella, realizando enormes locura por conseguirla, pero fue de su marido antes que mía… Mientras que la otra… Angélica, de la que soy el primer amor… ¡Ay, sus diez y siete años!… ¡La frescura insolente y arrolladora de su juventud en flor!…»

Jazmina no podía adivinar estos pensamientos latentes unos cuantos centímetros más allá de aquella boca pegada a la suya. En su ignorancia confiada, fue separando poco a poco sus labios de aquellos otros labios que se imaginaba suyos, y dijo con la abnegación del amor:

—Aquí tienes a tu esclava. Habla y obedeceré. ¿Que piensas hacer de mí?

Marcelo pareció dudar unos instantes, y al fin dijo con voz de noble gravedad:

—Cumpliré mi deber. Todo lo perdiste por mi causa… Nos casaremos y huiremos de esta tierra, como tú huiste en otro tiempo con tu marido.

Ella le miró con cierto asombro, dándose cuenta por primera vez de la tristeza que revelaban tales palabras. Sus ojos reflejaron la inquietud de los celos.

—¡Cualquiera pensaría—dijo—que te impones un sacrificio!… ¿Acaso amas

a otra mujer?

Cereceda quiso contestar inmediatamente; luego dudó, y al fin dijo con energía:

—Yo sólo debo amarte a ti.

Sonaron las doce en el castillo del príncipe, en la catedral y en las demás iglesias de la vieja ciudad. Del otro lado del puerto parecieron contestar las campanas de Monte-Carlo desde todas las torres y cúpulas de sus palacios y grandes hoteles.

Empezaron a pasar por el jardín gentes que volvían a sus casas en busca de la comida: empleados de las oficinas públicas, obreros que trabajaban abajo en el puerto.

Ya no pudieron besarse como antes. Pasearon todavía media hora, pero como un matrimonio tranquilo que habla de los asuntos de su hogar. Ella, con una curiosidad de enamorada, quiso saber lo que había hecho Marcelo en estos seis años, y el joven tuvo que contarle su vida, algo desfigurada, como necesita hacerlo siempre el hombre, más propenso a infidelidad sexual que la mujer.

Iban a separarse, volviendo cada uno por distinto lado a la ciudad.

Ella aceptaba estas precauciones de Cereceda por seguir sus antiguos hábitos de miedo y disimulo, porque se había propuesto, además, no contradecir ninguna de sus indicaciones. Gozaba obedeciéndole.

Habló Marcelo confusamente de ciertos negocios que le obligaban aquella tarde a ir a Niza. Tampoco podían verse por la noche. Volvería a una hora muy avanzada. Como ella insistiese queriendo acompañarle a Niza, añadió con cierta impaciencia que se trataba de asuntos de dinero entre hombres, y no creía prudente que le acompañase una mujer.

Jazmina, ansiosa de sacrificarse, como si esto representase para ella un placer, se apresuró a decir:

—Me quedare en el hotel toda la tarde, toda la noche… Yo me había imaginado de otro modo nuestra primera entrevista… No importa… Así podre ir pensando y repensando todo lo que hemos librado y lo que hemos hecho en este jardín. No quiero ver gente. Me es más dulce la soledad, pero con tu recuerdo, viéndote aunque estés lejos. Además, aprovecharé mi encierro para escribir varias cartas. Ahora que ya te he visto, recobro mi tranquilidad y pienso en cosas «materiales» que tenía olvidadas.

Calló un momento, para añadir con un anhelo que tenía algo de infantil e hizo recordar a Cereceda la fresca vehemencia de la otra:

—Di que te acordaras de mi… toda la tarde… toda la noche. ¡Dilo!

Y él tuvo que aceptar con movimientos afirmativos este compromiso de continuos recuerdos.

Lo que pensaba realmente en aquel momento era que iba a hacer cuando se viese solo o volviera al lado de la otra, no atinando el modo de resolver el conflicto. Tal era su desconcierto, que renunció a toda voluntad, confiándose a la suerte con una resignación fatalista.

Únicamente se mantenía en pie, dentro de él, una afirmación caballeresca. En vano aquella mitad de su ser, rebelde y criticona, lo daba consejos egoístas.

—Debo cumplir mi deber—se decía—, todo mi deber, por doloroso que sea.

Pasó Jazmina la tarde y la noche, como había prometido, sola en su hotel, sin otra distracción que ver a través de los cristales de su balcón la entrada y salida de las gentes en el Casino. Marcelo se había despedido con aire alegre y palabras de pasión, sin que ella pudiese sospechar lo fingido y penoso de esta jovialidad amorosa.

Habían convenido en verse a la mañana siguiente en la plaza del Casino o en las Terrazas. No era difícil encontrarse en Monte-Carlo.

A las diez salió del Hotel de París, ansiosa de ver gente y de pasear, después de su largo encierro. Al descender la escalinata casi tropezó con «el Boyardo», que iba hablando con otros dos señores alojados en el hotel. Como llevaba cuenta de todas las nuevas llegadas a Monte-Carlo, sintió interés por esta dama joven, de aspecto distinguido.

Jazmina acababa de reconocerle y quise evitar su encuentro. Lo vio casi igual que cuando visitaba el palacio de las Esfinges; sólo un poco vacilante sobre sus piernas, y algo trémulo de rostro y de manos.

Briansky quedó frente a ella, impidiéndole el paso, con el sombrero en la diestra y bajando la frente meditabunda. Empezaba a perder su gran facilidad para recordar caras y nombres, pero Jazmina no podía ser olvidada mucho tiempo.

—¡Marquesa!—exclamó al fin—. ¡Cómo imaginarme que iba a verla después de tantos años!… Tantos no, creo que seis nada más… ¡Pero han pasado tantas cosas!

Al saber que vivía en el hotel prometió visitarla. Lo frecuentaba diariamente; siempre tenía amigos alojados en él.

Como sus dos acompañantes se habían alejado, prefirió quedarse junto a la marquesa de Atonilco, dando curso a su gran verbosidad para explicar la vida

presente de Monte-Carlo.

—Casi todo gente nueva; pero yo siempre firme aquí. Necesito la sombra del Casino para seguir viviendo. Deberían enterrarme en los sótanos. Soy el decano de esta catedral; más antiguo que sus empleados más viejos; y no digo nada de los directores, que tal vez no habían nacido cuando yo ya estaba aquí. De los buenos tiempos anteriores a la guerra quedamos muy pocos… A propósito: también está aquí ahora otro amigo de la época en que era dulce vivir, Williams Cereceda.

Acogió Jazmina esta noticia con un gesto de asentimiento.

—Sí, le he visto. Lo encontré ayer en la Ópera.

«El Boyardo», que por su eterna curiosidad quería averiguar la vida que la marquesa de Atonilco había llevado en sus últimos años, olvidó momentáneamente tal deseo para decir con entusiasmo:

—Un gran corazón; un verdadero *gentleman* el amigo Williams. Ahora tiene millones y millones; ¿y sabe usted lo que ha hecho?… Va a casarse con la hija de unos compatriotas míos, Angélica Kolontay, jovencita de diez y siete años, sin dote alguna, pues su padre es un general arruinado por la revolución.

Abrió los ojos Jazmina e hizo un gesto de asombro ante esta noticia inesperada. El viejo señor ruso interpretó su asombro como una prueba más de aquella generosidad inaudita que él admiraba tanto en Cereceda.

—Parece que nuestro amigo—añadió, sonriendo con tono confidencial—anda loco por su futura mujercita. ¡Es tan joven!… Williams ya no es un muchacho, y usted sabe cómo entusiasma la belleza primaveral a los hombres que han corrido mucho y empiezan a sentirse maduros… Muestra gran prisa en casarse.

Jazmina procuraba ocultar sus emociones. Hasta sonrió, y su sonrisa fue una contracción dolorosa. De su boca pálida fueron saliendo palabras con ronco esfuerzo que procuraba disimular.

—Me habló ayer de su matrimonio—dijo—, pero sin indicarme siquiera el nombre de la joven. Querrá mantener su felicidad secreta hasta el día de la boda. Me gustaría ver, aunque fuese de lejos, a la futura señora de Williams.

Briansky hizo un amplio ademan para demostrar que a él le era todo fácil.

—Si usted quiere—añadió—, pasearemos un poco hacia la antigua casa de las Adelfas. Allí es donde vive Angélica. Hace dos días que Williams no viene por el Casino, a pesar de que me consta que está en Monte-Carlo. Pasa el tiempo al lado de su novia.

Marcharon los dos lentamente, por las calles en cuesta, hacia la casa de las Adelfas.

«El Boyardo» aprovechó este paseo para ir haciendo preguntas a la que él llamaba siempre marquesa de Atonilco. ¡Lo que le importaba a Jazmina el tal título, que se proponía no usar nunca y sonaba en sus oídos de un modo ridículo en este momento de mortal sorpresa!…

Como Briansky lo sabía todo, estaba enterado por los periódicos de América de la muerte de Espinosa. ¡Pobre grande hombre!… Hablaba con respeto de la fortuna enorme que había dejado a su muerte, mirando con no menos veneración a esta rica heredera que caminaba al lado suyo.

La consoló de su viudez hablando halagadoramente del porvenir. Debía comprar el mejor palacio de la Costa Azul, dar fiestas que resultasen famosas en el mundo entero, procurar el renacimiento de aquella vida elegante anterior a la guerra. Y mientras iban penetrando por uno de sus oídos estas palabras del viejo, sin que hiciesen en su pensamiento mella alguna, veía otras frases grande en su cerebro como ruedas de fuego: «*La casa de las Adelfas… los rusos que había visto en el teatro… la niña que iba delante de sus padres…*» ¡Y Jazmina ni se había fijado en ella, ocupada en mirar al otro!… ¡Ah, traidor! ¿Era posible que ocurriesen estas infamias?…

No se había equivocado «el Boyardo». Mientras él y su admirada marquesa iban subiendo hacia lo alto de Monte-Celio, paseaba Marcelo con Angélica por el jardín de la casa de las Adelfas.

La joven hacia cálculos alegremente sobre la proximidad de su matrimonio. Sólo faltaban tres semanas. Era la duquesa de sangre imperial la que había indicado la fecha para poder venir de Niza.

De pronto quedó mirando fijamente a su prometido, mientras le acariciaba la frente, desordenando sus cabellos.

—Pero ¿qué cara es esa?—preguntó—. ¿Otra vez preocupado?

Se habían detenido en sus paseos cerca de una parte de la verja enteramente cubierta de plantas trepaderas.

Precisamente, al otro lado de dicha verja era donde había venido a colocarse Briansky, como buen conocedor de la casa. Separó un poco las hojas con su bastón, y dijo en voz muy queda:

—Ya sabía yo que estarían aquí. Mire usted, marquesa, nuestros tortolitos.

Y Jazmina miró, encorvándose un poco, mientras se reflejaban en su rostro las terribles emociones que le hacía sufrir este descubrimiento.

No podía escuchar desde allí lo que hablaban los dos enamorados, pero ella era mujer como la otra, y fue adivinando por sus gestos el significado de sus palabras.

La rusita, preocupada por el rostro sombrío de su novio, había empezado a enfadarse, con una cólera de niña caprichosa, acabando por lloriquear un poco.

—Sospecho que ya no me quieres. Desde ayer eres otro hombre… ¿Estas arrepentido de nuestro matrimonio?

El, impresionado por la tristeza de Angélica, la aproximó a su pecho, diciendo;

—Sólo te amo a ti, y si te perdiese, viviría en una noche eterna.

Aunque la otra no podía oír tales palabras, adivinó que estaba diciendo algo que ella había escuchado otras veces de su propia boca, y también de su marido, que tanto la había adorado y atormentado.

Angélica se dejó convencer, volviendo a sonreír. Luego palmoteo para mostrar su entusiasmo, y saltó al cuello de su novio, ofreciéndole su boca.

Presenció Jazmina el beso desde el otro lado de la verja, irguiéndose inmediatamente para buscar con su vista a Briansky. Este, algunos pasos más allá, miraba a un lado y a otro, por si alguien se acercaba.

—Príncipe, vámonos—dijo la pobre Jazmina—. Me siento mal.

En su turbación, le dio el título principesco, que era un motivo de risa para Briansky. Ofreció éste su brazo, y mientras se alejaban, el viejo, que no podía permanecer callado, habló para explicar tal accidente.

—Debe ser culpa del sol. Acaba usted de llegar, y hay que acostumbrarse a la luz y el calor de la Costa Azul.

De pronto tuvo la sospecha de que acababa de hacer un disparate, convenciéndose una vez más de su decadencia. En aquella memoria, atiborrada de tantas caras y tantos apellidos, ya no existía el orden de antes.

Recordó, algo tarde, que aquel Williams había sido gran amigo de los marqueses de Atonilco. Después que éstos se fueron de Monte-Carlo, hasta habían pretendido algunos ligar dicha marcha precipitada con una supuesta historia amorosa de la marquesa y Williams.

Luego dudó, mientras seguía hablando con Jazmina. ¡La gente inventa a veces historias tan inverosímiles!…




## A la hora en que muere el día

OTRA vez se vio Jazmina paseando por los jardines del viejo Mónaco, contiguos al Museo Oceanográfico.

En la mañana del día anterior, durante su entrevista con Marcelo, el sol estaba alto, y sus rayos, pasando a través de los árboles, cubrían el suelo de inquietos redondeles de oro y manchas de sombra azulada. Ahora, el sol empezaba a ocultarse detrás de un promontorio.

Se extendía por todo el jardín y sobre la superficie del mar la melancolía del ocaso. El horizonte marítimo empezaba a teñirse de rosa, reflejando la desaparición del sol detrás de las cumbres de los Alpes.

Paseó Jazmina, sola, por los senderos del jardín. Varias veces se detuvo para escuchar el ruido de los carruajes en la próxima avenida. Al fin una de estas carrozas de alquiler trajo a Cereceda, presentándose este con apresuramiento después de ordenar al cochero que le aguardase.

Saludó a Jazmina sonriendo y estrechó sus dos manos a la vez, con una alegría que ella consideró falsa. Luego sacó de uno de sus bolsillos una carta, que había enviado la viuda horas antes a su hotel.

—He tardado un poco—dijo—porque estaba fuera cuando llegó tu aviso. ¿Qué ocurre?… Debo decirte que esta mañana te busque a las once en las Terrazas, como habíamos convenido. Luego, inquieto por tu ausencia, fui al Hotel de París. Me dijeron que te hallabas en tu habitación, pero algo

indispuesta, y que no querías recibir a nadie… Y ahora, de pronto, esta carta tan apremiante, pidiéndome que venga aquí sin perder un momento. ¿Qué pasa?

Maquinalmente empezaron a pasear por el jardín como el día antes, pero más lentamente. Ella parecía marchar con dificultad, deteniéndose a cada paso.

Intentó Marcelo darle el brazo, y al verse repelido quiso cogerla dulcemente del talle, siendo rechazado otra vez. El silencio de ella le parecía de mal augurio. La intranquilidad de su conciencia borró aquella sonrisa falsa que mostraba al llegar.

Al fin Jazmina hizo un esfuerzo que agitó su cuello como si tragase algo doloroso, y dijo con voz monótona:

—Conozco a la señorita Angélica Kolontay. Te he visto con ella esta mañana. Sé que vais a casaros.

Y después de esto sintióse tan desalentada, que se dejó caer en un banco.

Quedó Marcelo de pie ante ella, con la cabeza baja, como abrumado por tal revelación. Calló largo rato, y al fin dijo, moviendo la cabeza negativamente y con voz humilde:

—Casarme, no. Jamás he vacilado ante el cumplimiento de mi deber. Sería un miserable si te abandonase.

Ella repuse con desesperación:

—¡El deber!… ¿Qué me importa el deber? Lo que yo quiero es el amor,.. ¿Ya no me amas? ¿Te soy indiferente, después que durante seis años tu recuerdo ha sido mi única razón de vivir?

Marcelo contestó lacónicamente, conservando su voz el mismo tono de tristeza y humildad:

—Te amo.

Jazmina se incorporó en el banco. Luego se puse de pie rápidamente, con la excitación de la alegría.

En tal caso, todo lo que ella había pensado con desesperación durante varias horas en su cuarto del hotel, luego que la dejó Briansky, era infundado. Marcelo seguía amándola.

En un arrebato de gozo, cogió las manos del joven.

—Repítelo—dijo—. Afirma otra vez que me amas.

El hombre continuó con voz melancólica:

—Sí, te amo. Tu suerte me interesa más que la mía. Necesito dedicar toda mi existencia a hacerte feliz. Así compensaré lo mucho que sufriste por mí.

Suspendiendo ella la expansión de su alegría, le miró fijamente. Luego, con

timidez, casi con miedo, balbuceó una pregunta:

—Entonces… ¿me amas más que a la otra?…

El bajó la cabeza, y tras larga pausa dijo mirando al suelo:

—¡Oh, la otra!… No sé… es algo distinto… ¡Que desdichado me siento!

Ahora fue Cereceda quien se mostró desalentado, y repeliendo suavemente a Jazmina, se dejó caer en el banco sobre el mismo lugar que ocupaba ella poco antes. Finalmente se llevó una mano a los ojos, como si presintiese la llegada de sus lágrimas y quisiera evitarse la vergüenza de que su amante las viese.

Jazmina estaba entonces de pie ante él, mirándole con extrañeza.

—¡Lloras!—dijo—. ¡Lloras por la otra!…

Apartando Marcelo la mano de sus ojos, con el rostro contraído por la emoción, contestó:

—Lloro por ella, lloro por ti, lloro por mí mismo. La vida teje con crueldad sus historias. ¿Por qué hizo que nos conociéramos, para separarnos poco después?… ¿Porque, cuando yo tenía bastante con mi recuerdo, colocó ante mi paso la seducción de una primera juventud?…

Quedaron en largo silencio. Él se incorporó de pronto con una resolución varonil. Procuró serenarse, y dijo enérgicamente, aunque su voz era aún temblorosa:

—Tengamos valor; olvida lo que has visto y pensemos en nuestras dos vidas nada más. Recuerdo lo que me dijiste tantas veces en otro tiempo: «*Nada de mentiras que deshonren nuestra pasión.*» Yo te amo; pero aunque no te amase, mi deber de caballero me obligaría a sacrificarme por ti.

Jazmina hizo un gesto doloroso. ¡Ay, el sacrificio!… ¡Cuantos se habían sacrificado por ella, empezando por sus padres, y sin embargo siempre era la que llevaba la peor parte; siempre la sacrificada en último termino!

—No, sacrificio no—dijo con tono de protesta—. 0 amor o abandono.

Marcelo, firme en su primera idea, seguía hablando:

—Tú sacrificaste por mi tu reputación y ahora tu riqueza. Yo sacrificare por ti mi honor, faltando a la palabra que di a esas buenas gentes. Nos escaparemos mañana, tal vez hoy mismo. Cuanto antes mejor.

Le miró Jazmina con expresión irónica, añadiendo tristemente después de larga pausa:

—Dices bien; los sacrificios dolorosos, cuanto antes mejor.

Otra vez quedaron en silencio. Marcelo, después de tales promesas, había recobrado su energía, una energía desesperada, y volvió a insistir en los detalles

de la inmediata fuga.

Quería marcharse de Monte-Carlo en seguida, con una precipitación hija del miedo. Temía ver a la amante primaveral que lo embrujaba con sus gracias de muchachuelo travieso. Sentíase sin fuerzas para este juego de balanza entre la una y la otra.

—Si quieres, nos iremos esta misma noche sin que nadie lo sepa. Que cada uno arregle su equipaje en su hotel. A las ocho, en la estación. Podemos irnos a Marsella o a Genova: da lo mismo, ¡Huyamos!

Con gran sorpresa de Marcelo, ella hizo un gesto negativo.

—Márchate, déjame sola. ¡Hemos hablado de cosas tan penosas!… Necesito reflexionar. Yo te escribiré. Mañana decidiremos nuestro viaje.

Como empezaba el crepúsculo, él quise acompañarla hasta Monte-Carlo; pero la joven insistió en sus deseos de quedar sola.

—Vuelve a ver a esa señorita—dijo irónicamente en medio de su desesperación—. Tal vez tengas valor para decirle que me amas y me prefieres.

Ingenuamente, a impulsos de su inquietud, se apresuró Marcelo a contestar:

—No pienso hacer esa visita. Me fingiré enfermo si es preciso para no verla más. Por nuestro amor te lo pido: vámonos mañana, ya que no quieres que nos escapemos hoy mismo.

Y obedeciendo a los ruegos insistentes de ella, Marcelo acabó por alejarse.

—Hasta mañana. Avísame la hora para encontrarnos en la estación. Lo repito: cuanto antes mejor.

Al marcharse, cabizbajo, protestaba mentalmente contra la complejidad de sus sentimientos. No sabía a cuál de las dos amaba más. Tal vez a las dos a un mismo tiempo. Renacía en su interior la rebelión de la naturaleza, instintiva y ciega, contra las leyes sociales hedías por los hombres. Sentía el despertar de la vida prehistórica de sus remotísimos ascendientes, cuando el macho humano era polígamo, a semejanza de los demás anímales no domados aún por él.

Este sufrimiento complejo era una fatalidad impuesta al hombre por su misión física de sembrador de vidas. La mujer, símbolo pasivo del surco que recibe la simiente, podía mantenerse sin ningún esfuerzo monógama y fiel.

Consideraba un suplicio tener que decidirse entre la una y la otra.

Al quedar Jazmina completamente sola, se dejó caer en el banco, y luego de convencerse, mirando a un lado y a otro, de que nadie podía verla, rompió a llorar.

¡Ya era hora! Fue un gran consuelo para ella librarse del ahogo de sus

lágrimas. Al serenarse un poco con esta dolorosa explosión, se vio rodeada por la noche, una noche de luna que le hizo recordar aquella otra de seis años antes, cuando con el antifaz en una mano y vistiendo un dominó había ido por las desiertas calles, en compañía de Marcelo, hasta la casa de las Adelfas.

Estos jardines casi marítimos parecían más grandes y misteriosos bajo la luz nocturna, blanca y azulada. La vida tomaba un aspecto irreal, como si se desarrollase en otro planeta.

Pasó una pareja de enamorados, de buen aspecto, marchando lentamente, cogidos de la cintura. Creyéndose solos, se besaron repetidas veces. No veían a Jazmina hundida en la obscuridad del banco, bajo la masa de sombra de un dosel de laureles.

Fueron pasando otras parejas, pertenecientes a diversas clases sociales, a juzgar por sus trajes: empleados y costureras de Monte-Carlo, un marinero de la francesa que estaba sin duda con licencia y había venido a ver a su novia, trabajadores y muchachas del viejo Mónaco, dos viajeros elegantes que hablaban inglés. Y todos iban cogidos del talle o del brazo. Influenciados por la dulzura de la noche y el brillo de plata viva del Mediterráneo bajo la luna, se hablaban de muy cerca, con las bocas casi juntas, interrumpiendo el susurro de sus voces para besarse.

Jazmina consideró un suplicio permanecer más tiempo en la obscuridad de su banco. Se puse de pie, irritada por esta abundancia de parejas amorosas.

—¡Ah, el amor!—se dijo, apretando los puños—. ¡La eterna mentira, para hacernos soportar con paciencia una vida de tristezas y decepciones!…

Abandonó su oscuro refugio, llegando a la plaza del Museo Oceanográfico, donde le esperaba su carruaje. Pagó y despidió al cochero, para ir a pie hasta su hotel, y empezó a bajar sola la cuesta del viejo Mónaco.

Enfrente se iluminaba Monte-Carlo con un esplendor de ciudad encantada: luces blancas con centelleo irisado de diamante, luces verdes y rojas como esmeraldas y granates, y otras de colores indefinibles, que la hicieron pensar en un inmenso escaparate de joyería. También recordó de pronto a la Quimera volante tantas veces vista por Duncan: el fantasma de las alas de oro, vestido ahora de piedras preciosas.

En este momento admiró la vida falsa e imaginativa de aquel ebrio digno de compasión. El juego era indudablemente menos falaz que el amor. ¡Felices los que podían olvidar jugando!

Poco después se vio en terreno llano, siguiendo la curva de un puerto.

Algunos paseantes, atraídos por su gallarda silueta, se acercaban, pretendiendo seguirla, con toses y ligeras insinuaciones. Les seducía la novedad de ver a estas horas y en un lugar relativamente desierto a una mujer que olía a señora del gran mundo. Pero tales fueron las miradas iracundas de la dama, que todos sus seguidores empezaron a alejarse.

Quedó dudando ante la otra cuesta que conduce a Monte-Carlo. Le parecía demasiado pronto para subir a la ciudad. Y siguió por el lado izquierdo del puerto, hasta ir más allá de su boca, llegando a los peñascos de la costa y al mar libre.

Apoyando sus manos en un pequeño parapeto, contempló a sus pies el Mediterráneo, de un negro azulado, partido por la ancha faja del reflejo lunar.

De pronto se sorprendió a sí misma oyendo su voz.

—Aquí debió matarse el pobre Duncan—dijo con tono sombrío.

Habituada ya a hablar en voz alta, como si le animase a ello el incesante murmullo de las olas, añadió:

—¡Es tan fácil morir!… Un salto, un agujero negro en el agua temblorosa de luz… Luego, nada.

Siguió hablando, pero ahora interiormente. Su pensamiento había adquirido voz.

—Y si muero, acabara conmigo esta pasión que llenó mi vida entera. Moriré dos veces, al morir con mi amor. Nadie sabrá que existió. Tal vez hasta lo olvide él algún día…

Inmediatamente añadió con nueva convicción:

—No, Marcelo no lo olvidara. Mi muerte sería para él un remordimiento que tal vez le separase de la otra.

Esta última consideración la hizo apoyarse con más fuerza sobre aquel parapeto bajo y fácil de saltar. Jazmina, aunque de aspecto delicado, era vigorosa y ágil. No tenía más que hacer un esfuerzo de voluntad, y todo terminado. Pero en seguida su pensamiento volvió a hablar dentro de ella.

—Debo vivir para que él sea feliz. Basta con que uno solo se sacrifique. Me alejaré para siempre. Procuraré consolarme con el recuerdo, dejando a la otra la realidad.

Se había separado ya del parapeto, marchando otra vez hacia Monte-Carlo por el camino seguido poco antes.

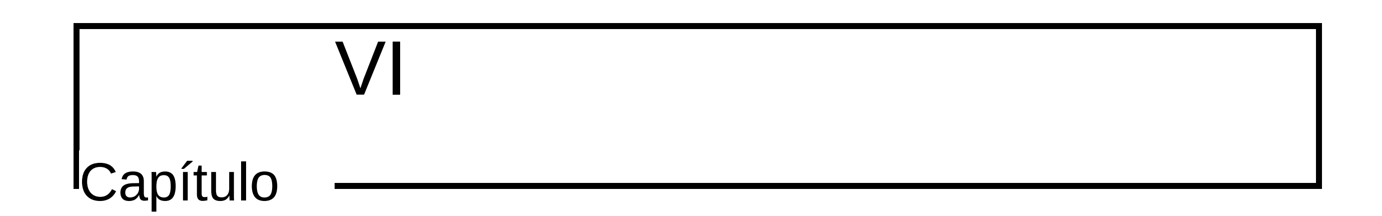
De pronto detuvo el paso, se irguió con arrogancia varonil y cerró los puños.

Ahora volvió a hablar en voz alta, como si pusiera por testigos a la noche y

al mar.

—¿Por qué he de ser yo la que se sacrifique siempre?… ¿Por qué pasar mi vida cediendo el paso a los demás? Soy la primera. Tengo más derecho que la otra… ¡Quiero lo que me pertenece!

Y al reanudar la marcha, su paso fue tan vivo que parecía faltarle el tiempo para subir la cuesta, llegando a la ciudad iluminada, a la ciudad de la ilusión, al seno de aquella Quimera con manto de joyas deslumbrantes, posada en medio de la noche, sobre un promontorio del Mediterráneo.




# «Yo he perdido siempre»

A LAS nueve de la mañana entró Jazmina en la estación de Monte-Carlo.

Un empleado del hotel se había encargado de facturar su equipaje, e iba seguida de su doncella, Lupe, joven mejicana, producto del cruzamiento de tres razas; blanca, negra e india.

Tenía diez y ocho años, y parecía mucho más joven, casi una adolescente. Bajo las cejas oblicuas, sus parpados estirados y muy juntos dejaban filtrar el fuego de unas pupilas de expresión maligna. Jazmina la apodaba a veces «la Diablesa», a causa de estos ojos y de su tez de un moreno rojizo. Al hablar, su voz dulce y cantarina contrastaba con este rostro diabólico, no exento de atractivo.

Lupe parecía aturdida y desorientada por los repentinos saltos de humor de su señora.

Habían hecho el viaje desde América hasta Monte-Carlo plácidamente. La marquesa tenía con ella regocijos y confianzas casi de compañera.

El primer día pasado en esta ciudad aún había sido más grato para la mestiza. Oyó canturrear a su señora en la habitación del hotel. Hacia planes en voz alta sobre el porvenir. Sin motivo alguno prometió regalos inmediatos a la mejicana y otros aún más grandes cuando se casase. Lupe debía casarse algún día. Era el final de todas las mujeres. ¡Infeliz la que no envenenara un hombre que la ame!…

Y el día anterior todo había cambiado fulminantemente, como si un cataclismo invisible acabase de caer sobre las dos. Durante una gran parte de la noche había oído los agitados pasos de la señora por su habitación. Unas veces hablaba a solas; luego gimoteaba sordamente, como si llorase. Y al amanecer caía sobre Lupe la orden inesperada de partir. Luego eran los preparativos atropellados, la gente del hotel ayudándola a cerrar el equipaje abierto el día anterior, y la rápida marcha a la estación para meterse en el primer tren que saliese para Italia.

—¡Siéntate ahí!—ordenó secamente Jazmina a la mestiza.

Lupe ocupó un banco de la estación, colocando junto a ella el saco de mano de la marquesa, dentro del cual estaban guardadas algunas joyas de la época de su difunto marido.

Empezó Jazmina a pasear de un extremo a otro del andén. Necesitaba este movimiento, imaginándose que con él iba a alejar ciertas ideas tenaces y abrumadoras.

En toda la noche no había dormido. Dentro de su cráneo parecía zumbar aún el eco de una tempestad ya lejana.

Pasó entre los viajeros que esperaban el tren, sin enterarse de su presencia, evitando por instinto el choque con ellos. Algunos la miraron con irónica compasión.

—Una más—dijeron—que ha perdido y se va loca de pena.

Ella, mientras tanto, recapitulaba toda una noche de dudas, lamentos y desesperadas resoluciones.

No se arrepentía de marcharse. Era lo mejor que podía hacer. Había entrado en su hotel la noche anterior, enérgica y batalladora, dispuesta a defender lo que ella llamaba sus derechos. Sentíase dominada por el acometido egoísmo del que se considera primer ocupante.

La soledad reflexiva, el dialogo mudo con ella misma, habían ido minando la alta torre de su vanidad personal y su egoísmo amoroso. ¿Qué es lo que iba a defender?… ¿Con quién iba a pelear?…

Marcelo no oponía resistencia. Aguardaba la orden para irse con ella y ser su esposo. Era un caballero, dispuesto a cumplir fríamente su deber. Pero su corazón no le acompañaba en esta fuga. Tal vez iba a quedarse para siempre en Monte-Carlo.

Le dio miedo el porvenir. Había vivido seis años al lado de otro hombre que tampoco lograba nunca olvidar, acordándose, por más esfuerzos que hiciese, de

una infidelidad que sólo había durado breves días. Ahora iba a vivir con este segundo marido un número mayor de años—una existencia entera—, y se acordaría, lo mismo que el otro, del pasado. Cada vez que viese una juventud primaveral, una mujer casi niña, iba a resucitar en su memoria el recuerdo de la rusita de Monte-Carlo. ¡Y ella no podría creer nunca en la sinceridad de sus palabras ni de sus ojos! Todo falso. Y a través de las demostraciones de amor conseguiría leer la verdad en el corazón de Marcelo, encontrando siempre la imagen de la otra.

De nuevo una vida de presidiarios, lo mismo que con Espinosa, unidos ambos por una cadena cortísima, cuando sus pensamientos estarían tan distantes, no llegando nunca a entenderse.

Volvió a recordar lo que había pensado en el paseo, a la hora del anochecer. ¿Para qué ser infelices los dos, y por toda una vida?… Era preferible que uno solo se sacrificase.

—He llegado tarde—se dijo—, y soy yo la que debe irse. Para mí, el recuerdo; para la otra, la realidad.

Se convenció de que los más grandes dolores no son los que impulsan al suicidio, sino los que imponen la pena de seguir viviendo. Ella habla visto muertes por amor en las novelas, y de tarde en tarde en los periódicos. Ahora se persuadía de que esto sólo representaba un caso excepcional. Únicamente en momentos de desesperación se comprende toda la fuerza misteriosa e irresistible de la voluntad de vivir, que nos obliga a continuar existiendo.

Hasta le pareció absurda aquella tentación que había pasado por su cerebro como una ráfaga, cuando estaba fuera del puerto, viendo el mar impregnado de luna, junto a las rocas donde tal vez había muerto Duncan.

Viviría. Necesitaba someterse, como todos los humanos, a los estrechos moldes que nos impone la vida. Iba a sufrir muchísimo en su adaptación a este troquel. Una parte de su existencia quedaría desmenuzada e inútil, como las rebabas de metal que deja la medalla al acuñarse.

Haría esfuerzos por extraer toda la felicidad posible de esta vida monótona que iba a empezar para ella. Sería la viuda joven y casi rica que vaga por Europa, viviendo en los hoteles más elegantes, dejándose ver en todas las playas de moda.

Como renunciaba a un amor que había empezado por el adulterio, creíase ya libre de los anteriores escrúpulos de su conciencia. Aceptaría el legado de su espose. Con esto y la fortuna heredada de su madre podría vivir como si fuese

rica.

Llevaría una existencia egoísta, distinguidamente «material», pensando únicamente en ella, sintiéndose vivir. Aborrecía a los hombres. ¡Nada de amor! Si le salía otra vez al paso, le daría con el pie… Y luego, cuando dejase de ser joven, tal vez encontraría a un hombre de aspecto decorativo y costumbres tranquilas, casándose con él; ¿quién sabe si embajador, artista célebre ó antiguo gobernante?…

Podría ser también una coqueta, divirtiéndose en hacer daño a los que se enamorasen de ella. Aún no tenía veintisiete años. Era la edad en que muchas se casan y otras empiezan a vivir.

De pronto cortó el curso de su carrera imaginativa, volviendo a verse en su actual situación. ¡Que dolor tan intolerable!… ¡Que escozor en sus ojos!…

También volvió a la realidad al ver que alguien se colocaba delante de ella quitándose el sombrero y tendiéndole una mano.

—Marquesa, ¿usted aquí y vestida de viaje?…

Era Briansky, que había entrado en la estación de prisa, examinando las gentes a un lado y a otro, saludando a la mayoría de ellas.

Como esta hora matinal se hallaba al margen de su existencia ordinaria, creyó oportuno dar explicaciones:

—He venido para despedir a unos amigos que se van a Roma. ¿Y usted, adónde va?…

Dudó Jazmina antes de contestar. Se marchaba de Monte-Carlo como una persona que se mata, destruyendo antes todos sus documentos, las marcas de su ropa, cuanto pueda indicar su origen o servir de rastro. Ni siquiera había querido dejar dos líneas a Marcelo despidiéndose. Su deseo era que no supiese más de ella… Como si se hubiese caído en el mar, borrándose instantaneamente los círculos de su inmersión.

Este Briansky, que siempre pretendía saberlo todo, iba a contar a Cereceda su encuentro en la estación.

—No sé con certeza adonde iré—dijo serenamente—. Cuando llegue a Milán, tal vez siga a Venecia y al Tirol. También puede ser que suba desde allí a Suiza.

—Pero usted volverá pronto—dijo el viejo, insistiendo en su curiosidad.

—Indudablemente —contestó la otra, siempre mintiendo—. ¡Quien no vuelve aquí!…

«El Boyardo», después de una pausa, dijo galantemente, como si lamentase

esta marcha inesperada:

—Se va usted cuando apenas acaba de llegar. Como nadie la ha visto en el Casino, creo que este viaje no será por perdidas en el juego.

Ella le miró con sus grandes ojos melancólicos y dijo en voz baja:

—Yo he perdido siempre.

Entraron en el andén los amigos que esperaba Briansky, y éste se despidió de Jazmina para correr hacia ellos.

Al quedar sola, reanudó la joven su paseo de un extremo a otro del andén, acabando por salir fuera de la techumbre.

Por un lado se extendía ante sus ojos el mar, que tenía a estas horas un color de violeta. Sobre su luminosa superficie brillaban como vidrios rotos las aristas de las pequeñas ondulaciones, heridas por el sol.

Pensó en el fantasma de las alas de oro. A Duncan le habría sido imposible verlo en estas horas matinales, luminosas y claras. Era al iniciarse el crepúsculo cuando salía del Casino, para volar sobre la tierra entera…

Y otra vez formuló en su pensamiento la misma desesperada invocación de la noche antes: «¡Felices aquellos a quienes basta el juego y no conocen el amor!»

Al otro lado vio las cumbres rosadas de los Alpes, la ciudad de Monte-Carlo extendiéndose ladera arriba, las «villas» de sus alrededores, con sus jardines enviando el oleaje verde oscuro de sus arboledas hasta el Cap Martin y las montañas de Mentón.

Buscó y buscó con la mirada, entre los centenares de casas que parecían derrumbarse monte abajo, como una cascada blanca y roja. Sin darse cuenta de lo que hacía, señaló con uno de sus dedos, diciendo en voz baja:

—Es allí.

Vio la casa de las Adelfas, pero con su imaginación. El deseo se la hizo presentir entre el apretado caserío.

—Allí está ella—continuó, apartando inmediatamente sus ojos.

Luego fue buscando más abajo, siéndole difícil encontrar el hotel en que vivía Marcelo, situado en la parte baja de la ciudad.

Creyó distinguir una de sus cupulillas por encima de los edificios cercanos a la estación.

—Y allí está él—volvió a decir—. Tal vez duerme aún. No adivina que va a verse libre al despertar.

Se enterneció al decir esto en voz queda; llevándose su pañuelo a los ojos.

Inmediatamente se repuso. Alguien había gritado dentro de ella con energía:

«¡Valor; vagabunda! Emprende con serenidad tu viaje sin objeto; lejos… ¡muy lejos!»

La despertó el estrépito del tren que llegaba. El empleado de su hotel la hizo señas desde la portezuela de un vagón. Presenció cómo dicho empleado y un mozo colocaban su pequeño equipaje sobre las rejillas del compartimiento.

Mientras tanto, los otros viajeros eran despedidos por sus amigos. Ella se iba ignorada de todos. Hasta evitó que la viese Briansky.

Al moverse el vagón ordenó imperiosamente a su doncella que se colocase lejos de las ventanillas, en la parte del compartimiento inmediata al pasillo. Así podía hacerse la ilusión de que estaba sola.

Partió el tren. Fuera de la estación se fue extendiendo, durante unos minutos, la vista en declive de la ciudad de Monte-Carlo.

La mestiza, apelotonada y silenciosa en un rincón, contempló con asombro a su señora, creyéndola perturbada mentalmente.

Había bajado el vidrio de una de las ventanillas y agitaba su pañuelo.

Otros viajeros hacían lo mismo, mirando por última vez a sus amigos que se quedaban en el andén, empequeñeciéndose por momentos a causa de la creciente distancia.

Ella no saludaba a nadie. Sus ojos estaban fijos en la ciudad que iba pasando.

—Adiós… ¡Adiós para siempre!

No pudo decir más. La ahogaron los sollozos.

Se dejó caer en un asiento y empezó a llorar como su acompañante no la había visto llorar nunca.

Fontana Rosa

Mentón (Alpes Marítimos)